Las Bellas Historias de la Biblia

ARTHUR S. MAXWELL

Las Bellas Historias de la Biblia

El Maravilloso Jesús

(Desde Belén hasta el comienzo de su ministerio)

TOMO VII

Las Bellas Historias de la Biblia

El Maravilloso Jesús ✦ Tomo Siete

Por Arthuro S. Maxwell
Autor de *Mis historias favoritas*

Los pasajes bíblicos de esta obra han sido tomados literalmente de la Nueva Versión Internacional, que contiene un lenguaje claro y fresco que los niños de hoy comprenderán fácilmente.

Más de 400 historias en diez tomos que abarcan la Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis

Mission Publications

Translation copyright, 2009, by Mission Publications.
Illustrations copyright, 1994, by the Review and Herald Publishing Association.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de su contenido literario o pictórico debe ser reproducido sin permiso de los editores.

OFFSET IN KOREA

El carácter perfecto de Jesús se manifestó muy temprano en su vida, mediante su disposición alegre, su inalterable paciencia y sus manos siempre dispuestas a ayudar a los demás.

ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

ÍNDICE

Primera Parte: Historias de Jesús Como Bebé

Mateo 1:1 a 2:21; Lucas 1:1 a 2:40

1. El bebé que todos esperaban 9
2. Grandes noticias del cielo 13
3. Dos madres felices 18
4. El nombre maravilloso 23
5. ¡Justo a tiempo! 27
6. No hay lugar 31
7. La noche más espectacular 35
8. ¡Este es! 43
9. Extranjeros del Oriente 47
10. Se salvaron por poco 53

Segunda Parte: Historias de la Niñez de Jesús

Lucas 2:41-52

1. El viaje a Egipto 59
2. Días felices en Nazaret 63
3. La primera gran festividad 69
4. Enseñando a los maestros 74
5. Encuentran al niño perdido 80
6. El Hijo del carpintero 85

Tercera Parte: Historias del Ministerio de Jesús

Mateo 3:1 a 4:22; Marcos 1:1-20; Lucas 3:1 a 4:13; Juan 1:1 a 4:42

1. Noticias apasionantes 93
2. La luz resplandeciente 97
3. Una voz del cielo 100
4. El Cordero de Dios 105
5. La batalla en el desierto 109
6. Tres tentaciones tremendas 113
7. Los primeros discípulos 119
8. Jesús comienza a predicar 126
9. La sorpresa en la boda 129
10. La purificación del templo 134
11. Visita a medianoche 139
12. Una cosecha inesperada 145

Cuarta Parte: Historias de los Milagros de Jesús

Mateo 4:23-25; 8:5-34; Marcos 1:21 a 2:12; 4:35 a 5:20;
Lucas 4:14 a 5:11; 7:1-17; 8:22-40; Juan 4:43-54

1. La oración de papá contestada 153
2. ¡Un loco en la iglesia! 157
3. La marea de amor 160
4. El muchacho regresa a la aldea 165
5. El Maestro pescador 169
6. El hombre con cinco amigos 174
7. El siervo del centurión 177
8. El funeral interrumpido 180
9. El Señor del viento y de la mar 184
10. Los endemoniados son sanados 189

PRIMERA PARTE

Historias de

Jesús como Bebé

(Mateo 1:1 a 2:21; Lucas 1:1 a 2:40)

El bebé que todos esperaban

¿ALGUNA vez quisiste que un hermanito o una hermanita llegara a tu hogar? Si es así, lo habrás esperado con ansiedad y te habrás sentido muy feliz por su llegada. Y lo amabas porque era tuyo, era para ti.

Sin embargo, hubo un bebé al que todos esperaban. Durante centenares de años, por todo el mundo, padres y madres, hermanos y hermanas, esperaron que este bebé especial llegara a su propio hogar.

Durante mucho tiempo nadie sabía cuándo o dónde nacería, de manera que los padres de todos lados seguían preguntándose: ¿Vendrá este niño a nuestro hogar? Y toda niñita tenía la esperanza de algún día llegar a ser la madre de este bebé.

Este niñito era parte de una promesa hecha por Dios en el Jardín del Edén, después que Adán y Eva cometieron su triste error. Luego que Dios les dijera que debían abandonar su hermoso hogar, les habló así a la serpiente que había causado todo el problema: "Pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y la de ella; su simiente te aplastará la cabeza, pero tú le

ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Mientras observaba a su hermoso bebé y meditaba en la admirable profecía de Simeón, María se llenó de alegría al comprender que por fin había llegado a este mundo el Libertador.

Génesis 3:15

morderás el talón".[1]

Esto significaba que, algún día, un hijo de Eva o un nieto o bisnieto suyo heriría o aplastaría la cabeza de la malvada serpiente, deshaciendo todo el mal que ella había hecho. Algún día nacería un bebé maravilloso que quebrantaría el poder de Satanás y volvería a conquistar todo lo que el hombre había perdido a causa del pecado.

Eva pensó que ella sería la madre de este bebé. Cuando Caín nació, ella dijo: "¡Con la ayuda del Señor, he tenido un hijo varón!"[2] Pero Caín no era el bebé prometido. Se convirtió en un asesino, pues mató a su hermano Abel.

Después de la muerte de Abel, Eva tuvo otro niñito y lo llamó Set, que significa "concedido". Pero de nuevo estuvo equivocada. No se trataba del bebé señalado por Dios.

Por supuesto que Eva también tuvo hijitas. Y sin duda les contó a ellas también la promesa de Dios. De manera que cuando cada niña crecía y se casaba, esperaba llegara ser la madre del Niño maravilloso que realizaría todas las cosas gloriosas de las que Dios había hablado. Pero todas estaban equivocadas.

Sin embargo, ellas transmitieron la promesa a sus hijitas, que las volvieron a contar a sus propias hijas, y así sucesivamente a lo largo de los años. De esta manera, la esperanza de un Salvador y Libertador se mantuvo viva de siglo en siglo.

Sabemos con seguridad que Moisés conocía la promesa. Él les dijo a los hijos de Israel: "El Señor tu Dios levantará de entre tus hermanos un profeta como yo. A él sí lo escucharás".[3]

Deuteronomio 18:15

Números 24:17

Balán también la conocía, porque en lugar de maldecir a Israel, como el rey Balac quiso que hiciera, dijo: "Una estrella saldrá de Jacob; un rey surgirá en Israel".[4] Con esto quería dar a entender que vendría uno que sería al mismo tiempo una luz y un rey; y la gente se preguntaba aún con mayor interés cuándo llegaría el Niño prometido.

Isaías 7:14

El profeta Isaías fue más definido. Él escribió: "La joven concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamará Emanuel".[5] Y de nuevo. "Porque nos ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo; la soberanía reposará sobre sus hombros".[6]

Después de esto, muchos que habían perdido la esperanza volvieron a abrazarla. Más de una madre, mirando su precioso bebé, debió haberse preguntado: ¿Será este el prometido? ¿Llegará mi muchacho a ser el gran dirigente que Dios ha prometido enviar?

Entonces, el profeta Miqueas reveló el lugar preciso donde el Niño debía nacer. La noticia se esparció como fuego de hogar en hogar, y especialmente de una madre a otra: "Pero de ti, Belén Efrata, pequeña entre los clanes de Judá, saldrá el que gobernará a Israel".[7]

Miqueas 5:2

Todos los ojos se volvieron a Belén. Durante un tiempo, toda madre y todo niño de la ciudad o de sus alrededores llegaron a ser importantes. Pero nada ocurrió. Y a medida que transcurrían los años, la profecía de Miqueas fue siendo olvidada. Los pocos que la recordaban pensaron que el profeta debió haberse equivocado.

Luego, después que los judíos fueron tomados cautivos, y cuando todos estaban desanimados, otro profeta trajo noticias

Daniel 9:25

emocionantes acerca del Niño. Daniel explicó que el ángel Gabriel le había indicado el tiempo exacto en que había de aparecer el gran Libertador.

Gabriel, dijo él, le había dicho que "desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas".[8]

Esta era la instrucción más definida recibida hasta este momento. Desde el tiempo en que el rey de Persia ordenara la reedificación de Jerusalén hasta la venida del "Príncipe", habría sesenta y nueve semanas (siete, más sesenta y dos).

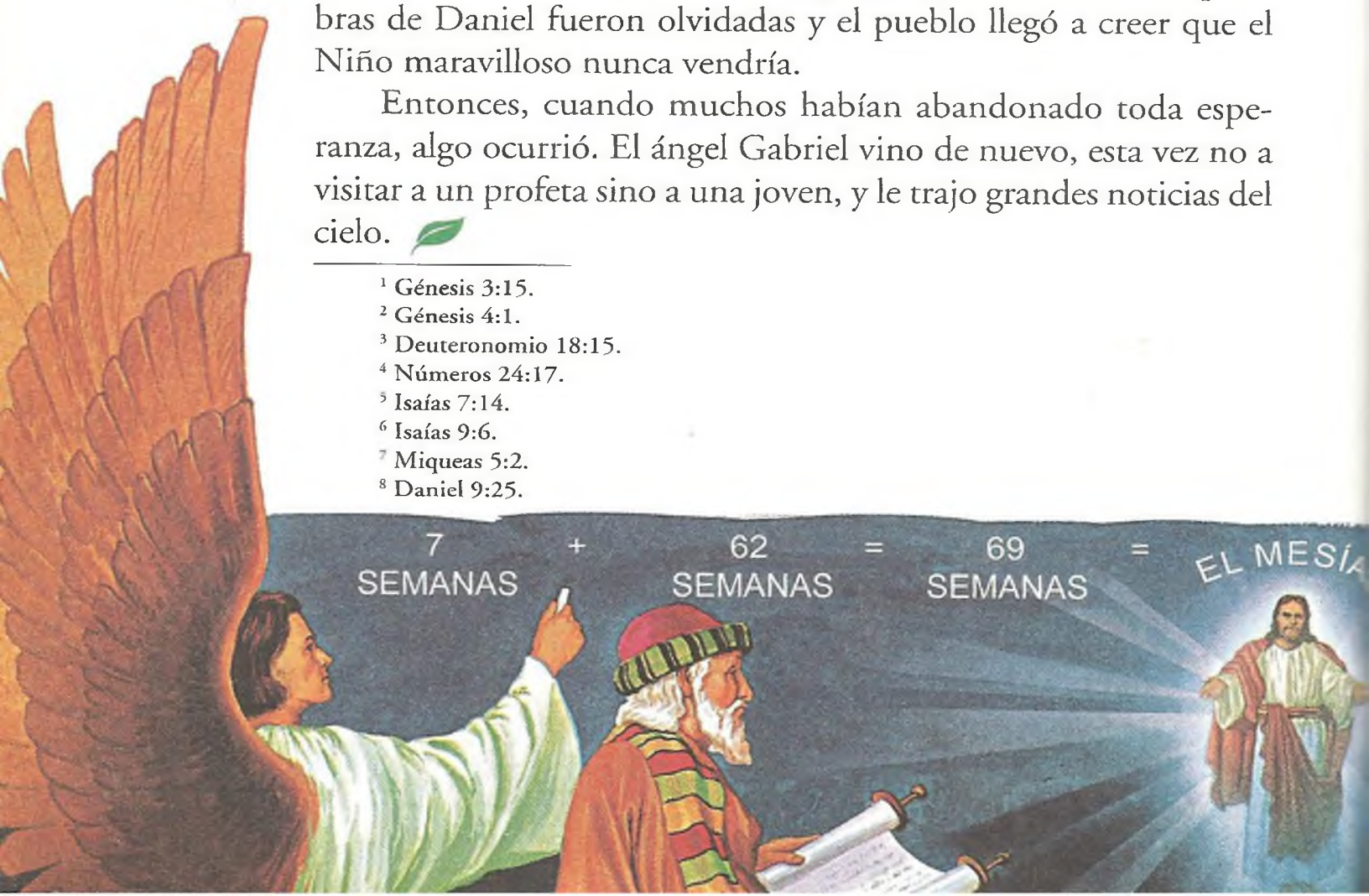
¡Sesenta y nueve semanas! Esto es poco tiempo, dijo la gente. ¡Llegará en menos de dos años! Pero otros declararon que las semanas debían ser "semanas proféticas", en las que cada día vale un año. Estos tenían razón. Y ello significaba que el mundo debía esperar casi otros quinientos años.

Era un tiempo largo, muy largo, y al pasar los años, las palabras de Daniel fueron olvidadas y el pueblo llegó a creer que el Niño maravilloso nunca vendría.

Entonces, cuando muchos habían abandonado toda esperanza, algo ocurrió. El ángel Gabriel vino de nuevo, esta vez no a visitar a un profeta sino a una joven, y le trajo grandes noticias del cielo.

---

[1] Génesis 3:15.
[2] Génesis 4:1.
[3] Deuteronomio 18:15.
[4] Números 24:17.
[5] Isaías 7:14.
[6] Isaías 9:6.
[7] Miqueas 5:2.
[8] Daniel 9:25.



Grandes noticias del cielo

(Lucas 1:26-38)

A MEDIDA que se acercaba el tiempo del nacimiento de Jesús, debió haber habido una gran excitación entre los ángeles en el cielo. Ellos lo consideraban el acontecimiento más importante de los siglos.

El Señor, a quien adoraban, estaba por abandonar el reino de gloria para ir a vivir en uno de los mundos más pequeños que él había creado. A fin de mostrar cuánto amaba a todas sus criaturas –aun a las que se habían rebelado contra él–, iba a encarnarse como un pequeño bebé y vivir como hombre entre los hombres.

No sabemos cuánto comprendían los ángeles acerca del milagro que estaba por ocurrir, pero les debe haber parecido la prueba más sublime del amor de Dios. Tan emocionados se hallaban por este acto lleno de gracia, que querían contarle a todo el mundo esas maravillosas noticias. ¡Cómo deben haberse maravillado de que la gente que habitaba la tierra –excepto unos pocos– ni siquiera pensara en la venida del Señor! Nadie estaba preparado para darle la bienvenida.

Con impaciencia aguardaban el momento en que finalizarían los 483 años de la profecía de Daniel. Entonces, con exactitud y en el tiempo preciso –ni un momento antes, ni un momento después– Dios llamó a Gabriel para que volara con rapidez a la tierra y encontrara a una joven llamada María.

La Biblia no dice cuál fue la razón por la que Dios escogió a María, pero nosotros sabemos que "el Señor recorre con su mirada toda la tierra, y está listo para ayudar a quienes le son fieles".* Sin duda, María era la mejor niña que él podía encontrar entonces en todo el mundo. La había estado observando durante toda su vida, y sabía que su corazón era "fiel". El Señor estaba seguro de que podía confiarle este altísimo honor.

Por supuesto que él sabía exactamente dónde vivía María: la ciudad, la calle, la casa, la habitación de la casa. De manera que cuando Gabriel se acercó a Nazaret no cometió ningún error. Un momento más tarde se hallaba junto a ella.

–"¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! –le dijo de una manera bondadosa y tierna–. El Señor está contigo".

María se preguntaba quién sería su visitante y qué quería decir con esas extrañas palabras. ¡Cómo podía recibir "el favor de Dios"; ella, una joven desconocida que habitaba en una aldea apartada como Nazaret!

Al ver cuán asustada estaba, Gabriel le habló aún con mayor bondad.

–"No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor –le dijo el ángel–. Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y rei-

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

El ángel Gabriel transmitió su sorprendente mensaje: –"No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor... Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús".

nará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin".

A María esto le parecía imposible. ¡Que su hijo llegaría a ser rey! ¡Que se sentaría sobre el trono de David! ¡Que reinaría para siempre! ¡Oh, no! Debía estar soñando. De todas formas, eso no podía pasar, porque ella no estaba casada. Era solo la prometida de José, y eso era todo. Se lo dijo a Gabriel, por si él no estaba enterado.

Por supuesto que Gabriel lo sabía, y estaba listo con su contestación. Si María estaba dispuesta, según le dijo, algo muy maravilloso le ocurriría. En las palabras tal vez más hermosas que podamos encontrar en toda la Biblia, le declaró:

–"El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios".

Viendo que María todavía dudaba, le contó un secreto que debió haberla sorprendido mucho:

–"Tu parienta Elisabet va a tener un hijo en su vejez; de hecho, la que decían que era estéril ya está en el sexto mes de embarazo".

Puedo oír a María susurrando:

–¿Elisabet? ¿Y cómo sabe este extraño que será un varón?

Gabriel sonrió:

–"Para Dios no hay nada imposible" –declaró.

María inclinó la cabeza y dijo:

–"Aquí tienes a la sierva del Señor –contestó María–. Que él haga conmigo como me has dicho".

Un momento más tarde, Gabriel desapareció, y María se encontró sola, preguntándose qué significaba todo aquello y qué le ocurriría.

Así como más de una niña temerosa de Dios en Israel, ella había pensado cuán honrada sería si pudiera ser la madre del Niño maravilloso a quien habían estado esperando tantas madres por centenares y centenares de años, pero nunca había osado tener la esperanza de que ocurriera. Y ahora alguien –debía haber sido un ángel– le dio que este Niño sería de ella, ¡de ella! Sí, ella iba a ser la madre del Mesías. Su hijo sería el gran Libertador del pueblo, del que los patriarcas y los profetas habían hablado desde la aurora de los tiempos. ¡Sí!, y sería llamado "Hijo del Altísimo" y también "Hijo de Dios".

Era demasiado maravilloso para ser real, demasiado bueno para ser verdad. Sin embargo era cierto, era la verdad. El bebé maravilloso ya estaba en camino.

* 2 Crónicas 16:9.

Dos madres felices

(Lucas 1:5-20, 39-79)

—¡ELISABET!

—¡María!

Este saludo tan efusivo evidenciaba su sorpresa y su felicidad. Aunque eran parientas cercanas, no se habían visto por algún tiempo. No era fácil viajar en aquellos días. No había automóviles, por supuesto. Había que viajar de un lugar a otro a lomo de burro, a pie... o sencillamente no viajar.

María estaba tan ansiosa por descubrir si aquel extraño y misterioso personaje le había dicho la verdad acerca de Elisabet, que decidió viajar "de prisa a un pueblo en la región montañosa de Judea", hacia la casa de ella. Cuando encontró a Elisabet y a su esposo Zacarías, se dio cuenta al momento de que Gabriel no había cometido ningún error.

¡Qué historia tenía Elisabet para contar! Durante mucho tiempo ella y su esposo habían estado orando para poder tener un bebé, pero no había llegado ninguno. Entonces un día, unos seis meses atrás, cuando Zacarías estaba ocupado en el

templo –porque él era sacerdote– un ángel se le había aparecido y le había dicho:

–"No tengas miedo, Zacarías, pues ha sido escuchada tu oración. Tu esposa Elisabet te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan".

–Y no te imaginas qué más dijo acerca del niño –continuó Elisabet–. El ángel explicó a mi esposo que nuestro hijo "será un gran hombre delante del Señor. Jamás tomará vino ni licor, y será lleno del Espíritu Santo aun desde su nacimiento. Hará que muchos israelitas se vuelvan al Señor su Dios. Él irá primero, delante del Señor, con el espíritu y el poder de Elías, para reconciliar a los padres con los hijos y guiar a los desobedientes a la sabiduría de los justos. De este modo preparará un pueblo bien dispuesto para recibir al Señor".

–Mi esposo –continuó Elisabet– le dijo al ángel que no veía cómo eso pudiera suceder, ya que somos algo ancianos. Pero el ángel contestó: "Yo soy Gabriel y estoy a las órdenes de Dios.

He sido enviado para... darte estas buenas noticias". Entonces dijo que mi esposo se volvería mudo y no podría hablar hasta que el bebé naciera. Y todavía está mudo.

María a su vez contó lo que le había ocurrido, segura de que era Gabriel quien se le había aparecido. Elisabet la escuchó con creciente interés. En el momento captó el significado completo del mensaje de Gabriel.

–"¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el hijo que darás a luz! Pero, ¿cómo es esto, que la madre de mi Señor venga a verme?"

Entonces el Espíritu Santo descendió sobre María, quien pronunció estas hermosas palabras de alabanza hacia Aquel que la había honrado tan altamente:

–"Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque se ha dignado fijarse en su humilde sierva. Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí. ¡Santo es su nombre! De generación en generación se extiende su misericordia a los que le temen. Hizo proezas con su brazo; desbarató las intrigas de los soberbios. De sus tronos derrocó a los poderosos, mientras que ha exaltado a los humildes. A los hambrientos los colmó de bienes, y a los ricos los despidió con las manos vacías. Acudió en ayuda de su siervo Israel y, cumpliendo su promesa a nuestros padres, mostró su misericordia a Abraham y a su descendencia para siempre".

María quedó en el hogar de Zacarías durante tres meses, hasta que llegó el tiempo en que debía nacer el bebé de Elisabet.

En ese momento hubo allí una gran agitación acerca del

nombre que le pondrían al recién nacido. Elisabet dijo que debía llamarse Juan, pero los vecinos insistieron en que su nombre debía ser Zacarías, igual al de su padre. Cuando preguntaron a Zacarías, él todavía no podía hablar, pero hizo señas para indicar que quería decir algo. Le trajeron material para escribir, y esto es lo que escribió: "Su nombre es Juan".

De inmediato su mudez desapareció, "y comenzó a alabar a Dios". Entonces les contó a los vecinos todo lo que había ocurrido desde el día en que Gabriel le habló en el templo. Estos estaban maravillados y se decían el uno al otro: "¿Qué llegará a ser este niño?"

Zacarías, lleno ahora del Espíritu Santo, siguió diciendo:

"Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha venido a redimir a su pueblo. Nos envió un poderoso salvador en la casa de David su siervo (como lo prometió en el pasado por medio de sus santos profetas), para librarnos de nuestros enemigos y del poder de todos los que nos aborrecen; para mostrar misericordia a nuestros padres al acordarse de su santo pacto. Así lo juró a Abraham nuestro padre: nos concedió que fuéramos libres del temor, al rescatarnos del poder de nuestros enemigos,

para que le sirviéramos con santidad y justicia, viviendo en su presencia todos nuestros días.

"Y tú, hijito mío, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para prepararle el camino. Darás a conocer a su pueblo la salvación mediante el perdón de sus pecados, gracias a la entrañable misericordia de nuestro Dios. Así nos visitará desde el cielo el sol naciente, para dar luz a los que viven en tinieblas, en la más terrible oscuridad, para guiar nuestros pasos por la senda de la paz".

Puedo sentir el silencio en que quedó el grupo de personas que estaban reunidas en torno al pequeño Juan, el bebé, mientras escuchaban a Zacarías. Pienso que en ese instante todos tenían la convicción de que un gran momento en la historia había llegado.

Y así era, en efecto. El cielo se estaba acercando mucho a la tierra. Dios necesitaba dos niñitos. Uno había nacido, el otro estaba en camino. Uno había de ser el "profeta del Altísimo" y el otro el "Hijo del Altísimo". ¡Qué extraordinaria impacto producirían ellos dos cuando crecieran!

El nombre maravilloso

(Mateo 1:21)

DESPUÉS que Juan nació, María regresó a Nazaret, donde José la esperaba ansiosamente.

¡Qué historia tenía para contarle! Tantas cosas: la visita de Gabriel a Zacarías, la sorpresa de Elisabet de tener un hijo, cómo le pusieron el nombre al recién nacido, y finalmente la extraña visita del ángel Gabriel y el emocionante mensaje que le trajo a ella.

Cuando José escuchó esta parte de su historia, se sintió muy preocupado. No sabía qué hacer. Todo aquello era tan raro que difícilmente podía creerlo. ¿Estaba diciendo María la verdad? ¿Había visto en realidad a un ángel? ¿Sería su bebé el Hijo de Dios y el rey de Israel? ¡Qué extraño!

Pero Dios conocía sus pensamientos, y esa misma noche envió a Gabriel para que le hablara en un sueño. Gabriel le dijo que no tenía necesidad de afligirse. Lo que le había ocurrido a María estaba de acuerdo con el plan de Dios. Y lo que es más, le dijo, ella "dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados".

Cuando José despertó por la mañana, estoy seguro que le contó a María su sueño. Casi puedo oírlo diciendo:

–Gabriel me habló a mí también. Me dijo que lo que tú me contaste es verdad, y quiere que llame al niño Jesús.

–Él me dijo lo mismo –bien puede haberle respondido María.

–Sin embargo, no hay nadie en nuestra familia que tenga ese nombre.

–Lo sé. Y con toda seguridad debe tener algún significado sumamente especial.

–¡Lo tiene! Significa "el

Señor salva". Este niño, me dijo el ángel Gabriel, salvará a su pueblo de sus pecados.

Estoy seguro de que ni José ni María comprendieron plenamente lo que Gabriel quería decir. Así como el resto del pueblo de Israel, ellos esperaban que alguien viniera a salvarlos de los romanos, de la crueldad de sus soldados y de la vileza de sus recolectores de impuestos. Pero nunca habían pensado que esta persona los salvara de sus pecados. ¿Cómo podría suceder esto? Pero Dios sabía que si tal cosa ocurriría, todos los demás problemas de Israel terminarían también.

En estas maravillosas palabras Gabriel trató de explicarles a José y a María el más precioso secreto que alguna vez se haya contado. Quería que ellos fueran los primeros en saber que este niñito varón, que iba a llegar a su hogar, era el mismo que, como Dios lo había prometido, quebrantaría el poder de Satanás. Este precioso niño crecería para llegar a ser el Salvador del mundo. Ayudaría al pueblo a dejar de hacer lo malo. Haría a los hombres buenos, veraces y nobles. Y algún día los llevaría de regreso al Edén perdido hacía mucho tiempo, y restauraría todas las cosas que Satanás se había llevado.

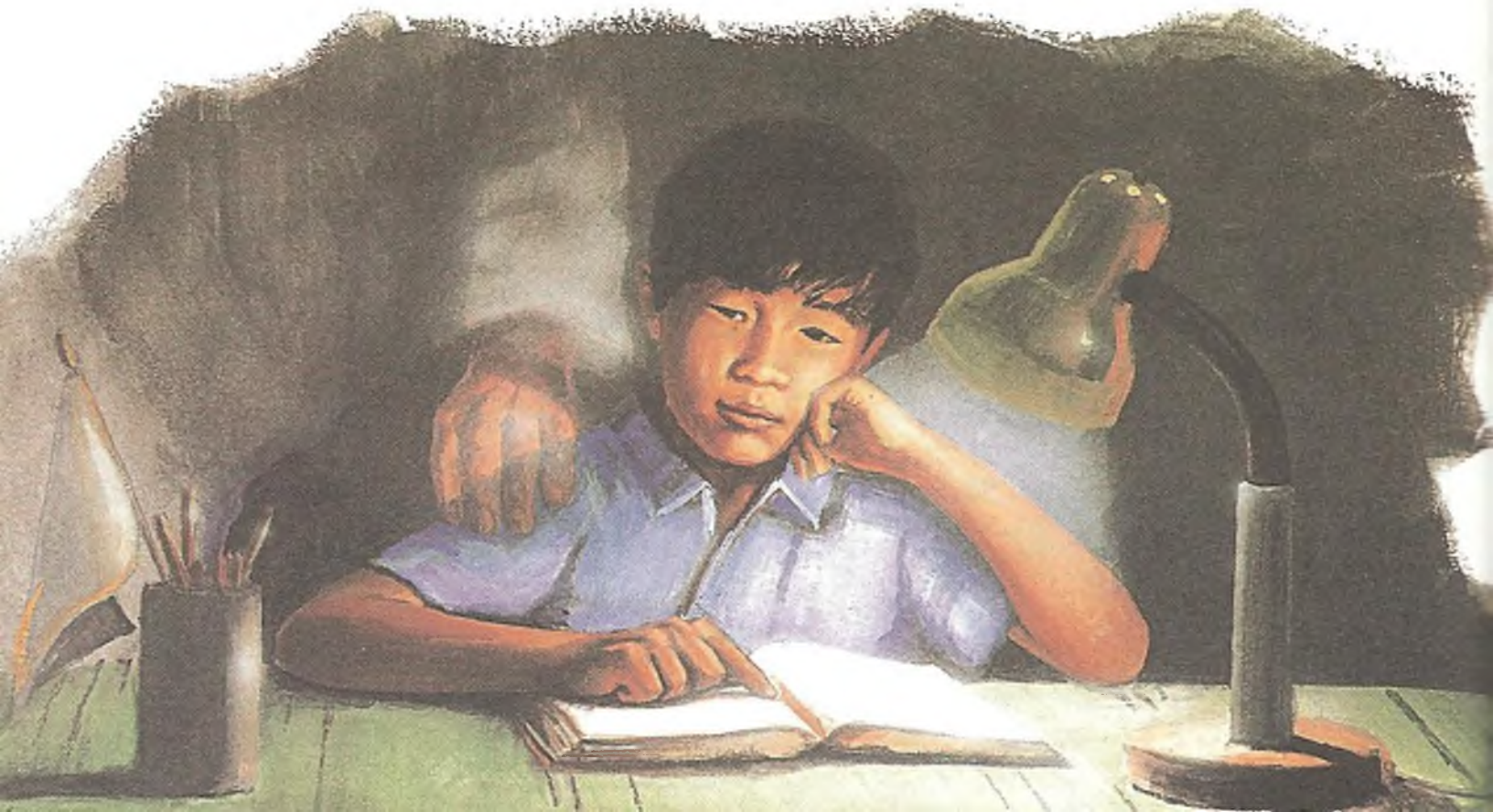
–"Le pondrás por nombre Jesús" –dijo Gabriel, de manera que cada vez que alguien lo llame por este nombre, piense en él como su Salvador y recuerde que tiene el poder y la voluntad para salvarlo de los peores pecados.

Le "pondrás por nombre Jesús", para que pueda venir la esperanza a los desamparados y el gozo a los tristes hasta los extremos de la tierra y hasta el fin de los tiempos.

No es de admirar que el profeta Isaías dijera que se le daría este nombre: "Consejero admirable". Sí, es maravilloso; el más maravilloso nombre que se haya dado jamás a alguien.

"Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados".

Dos mil años han pasado desde que el ángel Gabriel le dijo estas palabras a José, pero hoy significan tanto o más que entonces. Y su glorioso mensaje es para ti, para mí, para cada uno de nosotros. Él puede salvarnos y nos salvará si se lo permitimos. Nos salvará de todos nuestros pecados.



¡Justo a tiempo!

(Lucas 2:1-5)

LAS semanas pasaron con lentitud a medida que María esperaba el día en que su maravilloso bebé nacería. Estoy seguro de que ella oró muchas veces pidiendo a Dios que la convirtiera en la mejor madre que hubiera existido jamás. Tenía muchos deseos de merecer el gran honor que el Señor le había otorgado.

Una mañana se produjo un gran alboroto en la tranquila aldea de Nazaret. Soldados romanos venían galopando hasta el mercado. Dijeron que tenían órdenes del emperador de Roma.

Pronto, todo el mundo corría hacia ellos, ansioso de escuchar las noticias. Los muchachos y las niñas trataban de avanzar por entre la multitud para observar mejor los vistosos uniformes que usaban los soldados.

–Este es un decreto de César Augusto –proclamó un oficial, desenvolviendo un rollo, que empezó a leer–. Todo ciudadano ha de concurrir de inmediato a la ciudad correspondiente a su tribu para ser empadronado.

Mientras la gente escuchaba, sentía una profunda depresión. Calculaba que esto era parte de un nuevo plan para exigirle más tributo. Pero nada podían hacer. Tenían que obedecer.

José estaba muy afligido. Debido a que era "descendiente del rey David", tenía que ir al pueblo de Belén, que distaba unos 130 kilómetros de allí. Lo último que él quería hacer, precisamente ahora, era llevar a María por ese largo camino. En cualquier momento podía nacer el bebé, y José temía que algo malo ocurriera.

Claro, hoy se puede viajar en automóvil desde Nazaret hasta Belén en dos horas, pero en aquella época significaba un viaje largo y cansador a lomo de burro, ascendiendo senderos ásperos y difíciles por montañas empinadas. Cinco kilómetros por hora era la máxima velocidad que podía esperarse, y significaba por lo menos un viaje de cuatro días, sin tener hermosas posadas ni hoteles para pasar la noche.

José y María tienen que haber hablado muy seriamente sobre este asunto. ¿Debían quedarse en Nazaret y correr el peligro de tener problemas con los romanos, o irían a Belén a tiempo, confiando en que Dios los cuidaría por el camino?

Decidieron ir a Belén. María fue cuidadosamente colocada

sobre el burro y emprendieron la marcha. Era un camino difícil, y sin duda más de una vez José le preguntaba: "¿Te sientes bien, María? ¿Estás segura?"

Debe haber deseado que el burro se moviera más rápido. Parecía que nunca había ido tan despacio como ahora. Y nunca había habido tanto tránsito. Muchas personas viajaban para registrarse, obedeciendo la orden de los romanos.

Pero si José estaba afligido, su preocupación era pequeña en comparación con la de los ángeles guardianes. Mejor que cualquier persona en la tierra, ellos sabían que el Niño maravilloso debía nacer en Belén, no en Nazaret, ni en Jerusalén, o en alguna otra parte entre ambas ciudades. Dios lo había dicho por medio del profeta Miqueas. Y seguramente debía cumplirse, de alguna manera. Pero aquí estaba María sobre el lomo de un burro a muchos kilómetros de distancia de Belén, y el tiempo corría rápidamente. ¿Llegaría ella a tiempo?

¡Oh, ese burro! ¡Por qué no irá más rápido! ¡Deben haber de-

seado ir detrás para empujarlo!

Los cansados viajeros recorrían kilómetro tras kilómetro. De noche descansaban como podían, continuando al amanecer del día siguiente.

Pasaron dos días.

Tres días.

–¿Te sientes bien, María?

–Creo que sí; espero que sí. ¿Todavía falta mucho?

–No mucho más. No tardaremos en llegar.

De nuevo se acercaba la noche, mientras pasaban lentamente por Jerusalén, cuando el tránsito era peor que nunca. Les quedaban solamente unos 10 kilómetros por recorrer.

Pasó otra hora. La noche se estaba acercando. Pronto podían verse lucecitas que se prendían a la distancia.

–¡Belén! –exclamó José.

–¡Gracias a Dios! –murmuró María–. ¡Belén!

Lo habían logrado; justo a tiempo.

No hay lugar

(Lucas 2:5-7)

ALGUNA vez estuviste buscando hospedaje en un hotel, luego de haber viajado todo el día, solo para descubrir que no hay lugar en ninguno? Si es así, sabes cuán cansador es esto.

Es demasiado no tener lugar para descansar ni a dónde ir, ¿verdad?

Imagínate cómo se sintieron el pobre José y la pobre María cuando llegaron a la única posada de la aldea y la encontraron llena, desbordante de huéspedes. "No había lugar para ellos en la posada".

El dueño no tenía la culpa. Él no podía hacer otra cosa. Es probable que haya estado como loco, tratando de encontrar alimento y de preparar piezas para todas las personas que atestaban la ciudad en respuesta al decreto de César Augusto.

Cuando vio a María, y se dio cuenta del problema, estoy seguro de que lo lamentó mucho. ¿Quién no lo hubiera lamentado? Pero ¿qué podía hacer él?

Por cierto que si el dueño hubiera sabido todo lo que María sabía –que el propio Mesías era quien nacería aquella noche– le ha-

bría encontrado un lugar para ella aun cuando eso significara darle su propia habitación. Pero no lo hizo, y así perdió una gran bendición. ¡Qué historia habría tenido para relatar por el resto de su vida! ¡Cuán famoso hubiera llegado a ser su hotel! La gente hubiera hablado acerca de su buena suerte hasta el fin del tiempo.

Al dejar de hacer lo mejor que podía por una joven pobre y necesitada, perdió una gran oportunidad. Jesús bien puede decirle algún día a él: "Les aseguro que todo lo que no hicieron por el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron por mí".[1] ¡Cuán cuidadosos debemos ser cuando alguien viene a buscarnos para satisfacer una necesidad!

Pero en la urgencia del momento, el dueño del hotel no pensó en todo aquello. En cambio, ofreció su establo.

–¡El establo! –dijo José–. ¿Es eso todo lo que tiene para ofrecernos?

–Al menos es un lugar resguardado, y es mejor que nada.

¡El establo!

Cuando María escuchó estas palabras, su corazón se desanimó. ¡Todo el día había estado anhelando un lugar cómodo para descansar! ¡Y ahora no había otra cosa más que un establo! Tal vez lloró. Y estoy seguro de que pensó en lo que Gabriel le había dicho: "Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin".

¿Me habré equivocado?, se preguntaba. Si lo que el ángel Gabriel había dicho era verdad, ¿por qué no había nada listo para su bebé? ¡Por cierto que el "Hijo del Altísimo" no debía nacer en un viejo pesebre maloliente!

Una puerta chilló en la oscuridad. José entró con una lámpara. Una vaca mugió. Un caballo relinchó. Un gallo cantó.

–Ven por este lado –dijo José–. Hay un poco de paja limpia aquí.

Mirando en la penumbra, María vio un pesebre que estaba medio lleno de heno para que las vacas comieran.

–Aquí podré acomodar al bebé –dijo ella.

¡Un pesebre! Sí, allí podría acomodarlo. Pero qué lugar extraño para colocar al "Hijo del Altísimo". El Señor no podría haber elegido un lugar más humilde para su venida al mundo. Tal vez porque quería que los más humildes y los más pobres supieran que él los amaba y que estaba dispuesto a compartir su suerte.

No se desplegó ninguna alfombra roja cuando vino del cielo a la tierra. Había solamente un poco de paja en el piso embarrado.

No pusieron alguna sábana delicada ni una colcha suave en su

cama; solo el heno fragante.

No se hicieron sonar trompetas para darle la bienvenida. No había otro sonido que el mugido de las vacas, el relincho de los caballos, el rebuzno de los asnos y el ladrido de los perros... Estas criaturas suyas que no podían hablar se esforzaron para decirle: "Estamos contentos de que hayas venido a visitarnos".

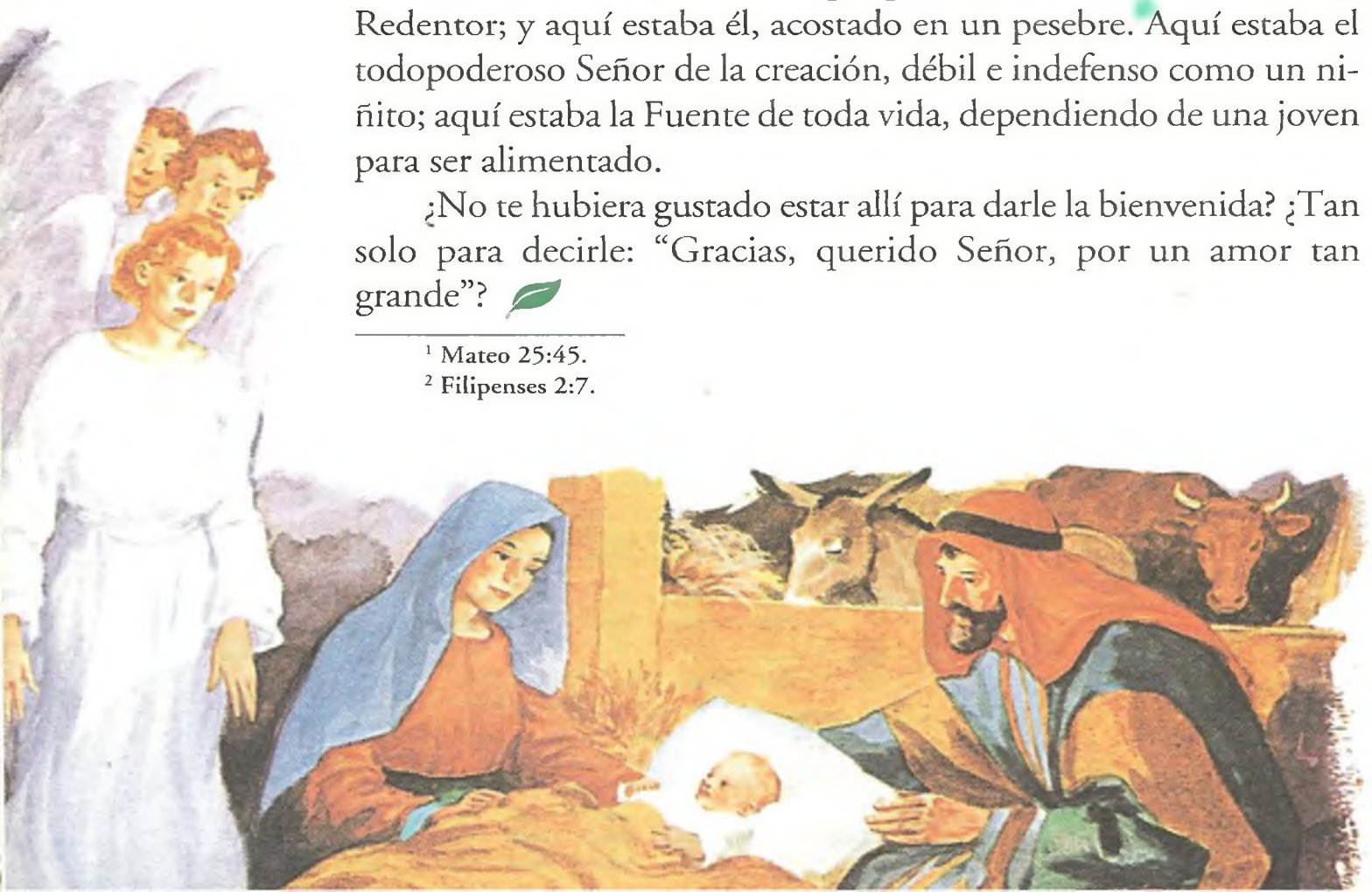
Y entonces sucedió. El bebé maravilloso había nacido. Y lo llamaron Jesús.

Nadie estaba allí, salvo José, María y los ángeles. Y sin embargo era el acontecimiento más maravilloso de la historia. Los cielos habían esperado miles de años la llegada de este momento. Los patriarcas y profetas lo habían anhelado desde el alborear del tiempo. Sin embargo nadie se hallaba allí. Nadie lo sabía. A nadie le importaba.

En su infinito amor, el Hijo de Dios había bajado del cielo a la tierra "tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos",[2] a fin de que pudiera ser nuestro Salvador y Redentor; y aquí estaba él, acostado en un pesebre. Aquí estaba el todopoderoso Señor de la creación, débil e indefenso como un niñito; aquí estaba la Fuente de toda vida, dependiendo de una joven para ser alimentado.

¿No te hubiera gustado estar allí para darle la bienvenida? ¿Tan solo para decirle: "Gracias, querido Señor, por un amor tan grande"?

[1] Mateo 25:45.
[2] Filipenses 2:7.



La noche más espectacular

(Lucas 2:8-20)

IMAGÍNATE que hubieras estado viviendo en Belén la noche en que Jesús nació. ¿Qué habrías visto y oído?

Estás allí, quizá con tu hermano. Es una noche calurosa, de manera que estás acostado en tu cama al aire libre, en el segundo piso de la casa. El resto de la familia está dormida, pero tú estás despierto, mirando al cielo, tratando de contar las estrellas. Tu hermano tampoco duerme.

–Nunca he visto tanta gente en nuestra ciudad –dices.

–Me pregunto cuánto tiempo se quedarán aquí –responde tu hermano.

–Supongo que hasta que termine el empadronamiento.

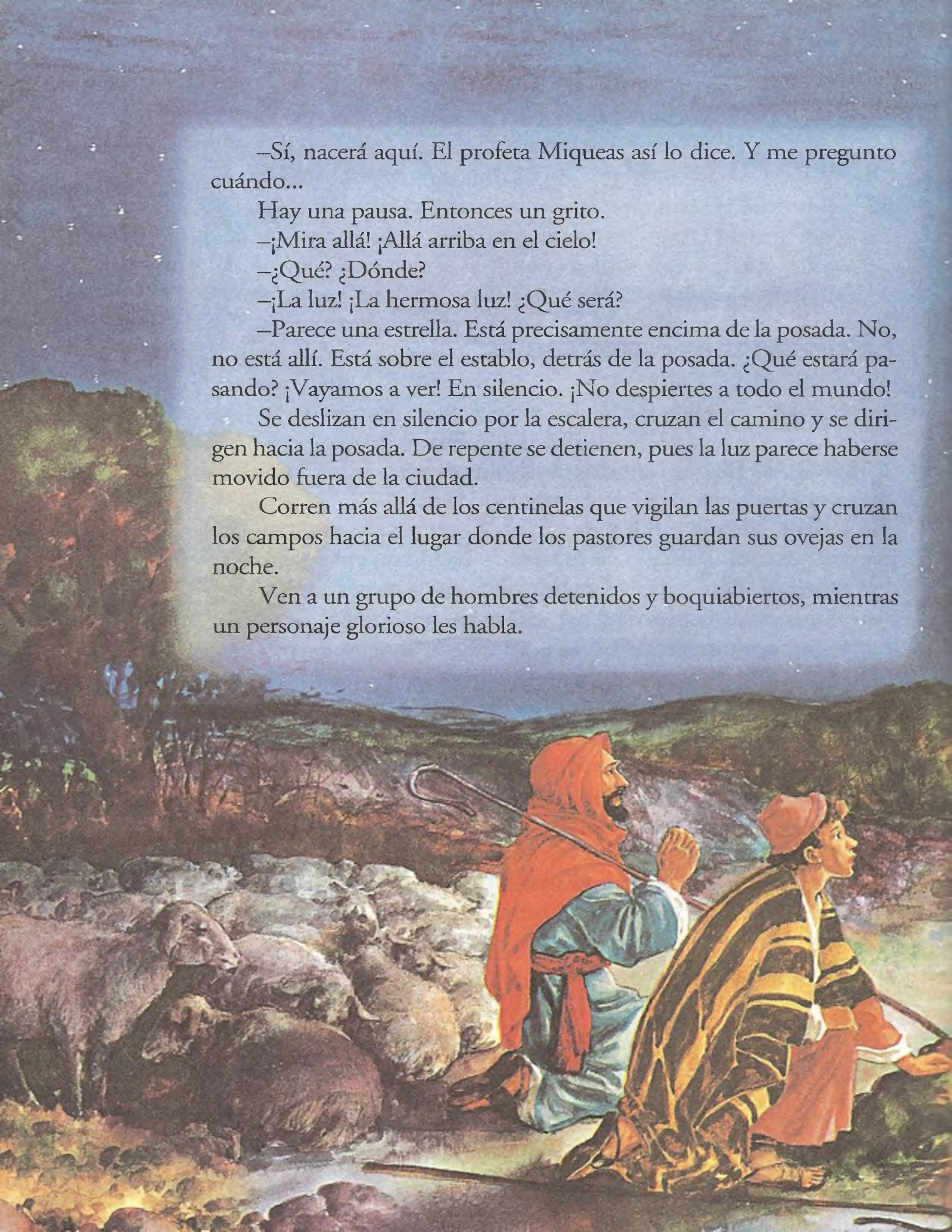
Hay silencio por un momento.

–Me he estado haciendo algunas preguntas –dices tú.

–¿Acerca de qué?

–Acerca de lo que papá nos ha estado contando últimamente: la venida del Mesías. Él dice que ha llegado el tiempo en que deben cumplirse las antiguas profecías.

–¿Es cierto que vendrá a Belén?



–Sí, nacerá aquí. El profeta Miqueas así lo dice. Y me pregunto cuándo...

Hay una pausa. Entonces un grito.

–¡Mira allá! ¡Allá arriba en el cielo!

–¿Qué? ¿Dónde?

–¡La luz! ¡La hermosa luz! ¿Qué será?

–Parece una estrella. Está precisamente encima de la posada. No, no está allí. Está sobre el establo, detrás de la posada. ¿Qué estará pasando? ¡Vayamos a ver! En silencio. ¡No despiertes a todo el mundo!

Se deslizan en silencio por la escalera, cruzan el camino y se dirigen hacia la posada. De repente se detienen, pues la luz parece haberse movido fuera de la ciudad.

Corren más allá de los centinelas que vigilan las puertas y cruzan los campos hacia el lugar donde los pastores guardan sus ovejas en la noche.

Ven a un grupo de hombres detenidos y boquiabiertos, mientras un personaje glorioso les habla.

¿Será este el Mesías?, te preguntas. Seguramente que no. ¡Entonces debe ser un ángel!

Le oyes decir:

–"No tengan miedo. Miren que les traigo buenas noticias que serán motivo de mucha alegría para todo el pueblo. Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor".

–¿Escuchaste? –preguntas–. ¡Él dice que el Mesías está aquí, que acaba de nacer!

–¡Sh!... Escucha. El ángel está hablando de nuevo.

–"Esto les servirá de señal: Encontrarán a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre".

De repente ves un espectáculo maravilloso. Ante tus propios ojos aparece una multitud de ángeles –¡miles y miles de ellos!– todos cantan a la vez: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad".

El cielo entero está inundado de luz. Parece que es de día, un día brillante. Puedes ver las montañas de alrededor, los pastores asombrados, las ovejas temblorosas y cada edificio de Belén. Oh, sí, y los ángeles. Tantos ángeles, todos cantando en acordes tan perfectos y gloriosos como si hubieran estado esperando siglos y siglos para entonar este himno.

¡"Gloria a Dios en las alturas"! La música majestuosa parece cir-

cundar el mundo entero y remontarse a las estrellas: ¡"Gloria a Dios en las alturas"!

Luego, en forma más suave: "Y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad". ¡Con cuánta ternura y esperanza entonan estas palabras finales de su magnífico himno de alabanza! Es como si anhelaran ver a los hombres de todo el mundo dar la bienvenida a su Salvador con los brazos abiertos, haciéndolo el Señor de su vida.

Tan repentinamente como llegaron, los ángeles desaparecieron. Las tinieblas cubren de nuevo los campos y las colinas. Observas a los pastores para ver qué harán. Los oyes decir:

–Vamos a Belén para ver lo que se nos ha anunciado.

–¡Vayamos de inmediato! –claman todos, y los ves apresurarse hacia las puertas de la ciudad, tropezando con las piedras y las zarzas en su precipitación, pero levantándose para seguir con rapidez su camino, ávidos de contar a alguien las grandes noticias que han oído.

Corres detrás de ellos para ver adónde irán. Pasan junto a un hombre soñoliento que se halla cerca de la posada.

–¿Ha nacido algún bebé por aquí esta noche? –pregunta un pastor.

–Sí, allí en el establo.

Corren hacia allí. Todavía está oscuro, y sin embargo el amanecer está por llegar. Una débil luz se puede ser a través de las hendijas de la puerta.

¿Y qué es esto? ¡El llanto de un bebé! Este debe ser el lugar. Empujan la puerta, la abren y se asoman. Tú estás precisamente detrás de ellos.

En la parte más interna del establo, un hombre está de pie. A su lado hay una joven descansando sobre un montón de paja. Junto a ella, en un pesebre, hay un bebé, envuelto en pañales.

Seguramente este debe ser el bebé del cual habló el ángel. Y si es así, ¡él debe ser el Salvador prometido, Cristo el Señor!

Con reverencia, los pastores entran en el establo. José y María miran asombrados, preguntándose qué estarán haciendo estos hombres extraños y toscos a esas horas de la noche. ¿Habrán venido a sacarlos de allí?

¡En realidad, no! Han venido a ver al bebé.

Uno de los pastores comienza a explicar. Estaban en el campo, dice, cuidando sus rebaños, cuando repentinamente vieron a un ángel, que les contó que esa misma noche nacería el Mesías y que lo hallarían acostado en un pesebre.

Los ojos de María resplandecen. Ella entiende. Y está contenta. Ahora está segura de que Dios no la ha olvidado. Él sabe dónde está el bebé, aunque esté acostado en un pesebre.

Una y otra vez los pastores cuentan su historia, interrumpiéndose a veces el uno al otro para añadir algún nuevo detalle acerca de lo ocurrido esa noche. Y durante todo el tiempo, siguen observando al

bebé y admirándose de cuán encantador es.

Y cuando comprenden plenamente que el recién nacido es, sin duda, el Mesías prometido hace tanto tiempo, el Hijo del Dios viviente, se arrodillan junto al pesebre y lo adoran: son los primeros en todo el mundo en hacerlo.

Luego se despiden de José y María para volver a sus tareas. Al salir del establo, el sol se está elevando sobre las montañas. Un nuevo día amanece para Belén y para el mundo.

La gente acaba de levantarse para desayunar. Algunas personas están ensillando sus animales y miran a los pastores con asombro. Con su rostro resplandeciente, estos hombres de vestimenta sencilla están "glorificando y alabando a Dios" en la propia calle principal. Ávidamente detienen a los que pasan y les cuentan las maravillas que han visto y oído esa noche.

–¿Quiere decir que vio ángeles? –alguien le dice a uno de ellos–. ¿Ángeles en Belén?

–¡Sí, estoy seguro! Una multitud de las huestes celestiales alabando a Dios y diciendo...

–¡Imposible!

–Pero los vimos. Ellos nos dijeron que el Mesías había nacido.

–¿Que el Mesías nació aquí anoche? ¡No puede ser!

–¡Sí, es cierto! Está en el establo, allí detrás de la posada.

"Cuantos lo oyeron se asombraron de lo que los pastores decían". Algunos creyeron su historia; otros no. Algunos fueron al establo a ver al niño Jesús. Otros ni se molestaron en hacerlo. Dejaron que el mayor acontecimiento de los siglos pasara para ellos sin detenerse a pensar.

Se concentraron otra vez en sus trabajos cotidianos –lavar platos, limpiar la casa, alimentar a los animales, ganar dinero– mientras que precisamente Aquel a quien tanto anhelaban estaba en medio de ellos. ¡Cuán cuidadosos debemos ser, no sea que estemos tan ocupados que no nos demos cuenta cuando Jesús se halle cerca de nosotros!

De los que fueron al establo esa mañana, algunos vieron solamente a un hermoso bebé, pero otros vieron a Dios. Esto ha estado ocurriendo desde entonces. Sigue siendo así ahora. Mientras lo miras hoy a él, ¿a quién ves?

¡Este es!

(Lucas 2:22-38)

SI hubieras estado en el templo de Jerusalén unas seis semanas después que Jesús nació, habrías visto a un hombre anciano. Observaba con anhelo a los bebés que las madres y los padres traían para que los sacerdotes los dedicaran a Dios.

Su nombre era Simeón, y había estado interesado en los niños que llegaban al templo desde hacía mucho tiempo. A las madres les gustaba la manera en que miraba a sus niños, pues lo hacía como si realmente tuviera interés en ellos. Creían que era un anciano muy bondadoso, y en verdad lo era.

Pero Simeón era más que un abuelito amable. Era un hombre muy estudioso de las Escrituras, y las conocía a la perfección, desde el Génesis hasta Malaquías. Durante años y años había estado esperando la llegada de "la redención de Israel". Había estado estudiando todas las profecías relacionadas con el Mesías, y estaba seguro de que había llegado el tiempo en que Jesús aparecería. Y lo más maravilloso era que el Señor mismo le había dicho que no moriría antes de ver al Hijo de la promesa.

Esta es la razón por la que observaba con tanta atención a

todo bebé traído al templo. Por supuesto, los padres no sabían lo que pasaba por su mente, pero él seguía preguntándose todo el tiempo: ¿Podrá ser este? ¿O este? ¿O este?

Todos los días llegaban madres y padres con sus niños recién nacidos para dedicarlos a Dios y ofrecer acciones de gracia, y Simeón nunca se cansaba de hablar con ellos ni de mirar sus niños. Día tras días buscaba a Aquel a quien anhelaba ver.

Un día, al entrar en el templo, notó a dos personas pobremente vestidas que habían venido a dedicar a su hijito. Se veía que eran galileos por sus vestimentas. Era obvio que eran pobres, por el hecho de que traían dos pájaros en una jaula como ofrenda. Solo "un par de tórtolas o dos pichones de paloma" era la ofrenda que se esperaba de los más pobres.

Simeón nunca antes había visto a estas personas, pero había algo en ellas que le llamó mucho la atención, particularmente la joven de cara dulce y amable. Sin duda, pensó él, aquí hay alguien que ama al Señor.

Y al detenerse a observar al niño, de repente su corazón le dio un salto. De alguna manera, fue dominado por una convicción repentina. Como si la voz de Dios le estaría diciendo: "¡Este es el Mesías! ¡Este es Aquel a quien has estado buscando durante tanto tiempo!"

Lágrimas de felicidad rodaron por las mejillas del anciano mientras, tomando al precioso bebé y teniéndolo con ternura entre sus brazos, decía: "Según tu palabra, Soberano Señor, ya puedes despedir a tu siervo en paz. Porque han visto mis ojos tu salvación, que has preparado a la vista de todos los pueblos: luz que ilumina a las naciones y gloria de tu pueblo Israel".

José y María se miraron atónitos. La Biblia dice que se maravillaron de las cosas que Simeón dijo acerca de su hijo. Y María bien puede haberse preguntado: "¿Cómo sabe? ¿Se lo contó Gabriel también a él?"

Entonces, el anciano se volvió a José y María y los bendijo. Mirando el rostro anhelante y dulce de María, le habló directamente a ella, diciendo: "Este niño está destinado a causar la caída

y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición, a fin de que se manifiesten las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma".

María se preguntaba qué quería decir. ¿Qué extraño destino aguardaba a su precioso y pequeño bebé? ¿Cómo podría él hacer que las personas cayeran y se levantaran? ¿Y qué era eso de que una espada atravesaría su alma? ¿Acaso su hijo no había de llegar a ser el rey de Israel? ¿Cómo podía entonces haber sufrimiento alguno? Algún día ella lo entendería, pero no ahora.

Apenas había tenido tiempo de pensar en las extrañas palabras de Simeón cuando una anciana mujer se apresuró hacia ellos. Su nombre era Ana. Tenía 84 años de edad, y era profetisa. Muy conmovida, observó a María y a su bebé, y comenzó a dar gracias a Dios en alta voz porque al fin él había enviado al Mesías. La gente que la rodeaba la escuchó y vino a ver lo que ocurría. Ansiosamente, Ana contó su historia y "comenzó a hablar del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén".

Algunos la creyeron, otros dudaron; pero casi todos ellos exclamaron: "¡Qué hermoso bebé!" y continuaron su camino sin pensar más en el asunto.

Sin embargo, para María las palabras de Simeón y de Ana significaban mucho. Ahora estaba más segura que nunca de que su hijito era con seguridad el Mesías, el Niño de la promesa y de la profecía.

Extranjeros del Oriente

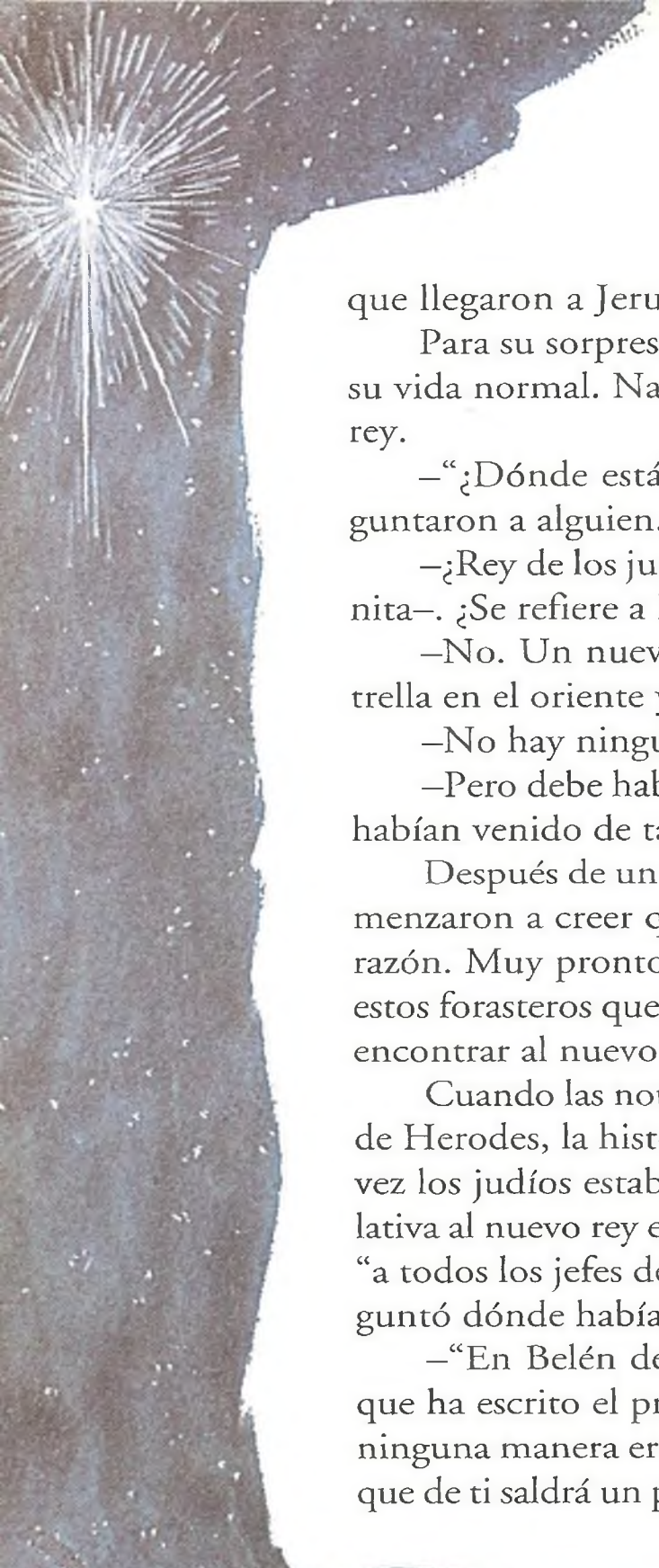
(Mateo 2:1-12)

NO se podrá saber jamás cuántas personas vieron la estupenda luz en el cielo cuando los ángeles vinieron a Belén para regocijarse por el nacimiento de Jesús. Pero sabemos que fue vista a miles de kilómetros de distancia.

Lejos, hacia el oriente de Palestina, posiblemente en Arabia, o en Persia, un grupito de hombres no solo vio la luz, sino que se convenció de que esta tenía un significado especial. Eran instruidos y sabios, y conocían muy bien las Escrituras hebreas, porque tenían la certeza de que había llegado el momento en que aparecería el rey de Israel.

Deben haber estudiado las profecías de Daniel, Moisés, Isaías y otros profetas. Habían investigado la profecía de las 70 semanas mejor que los dirigentes de Israel. Y cuando leyeron la promesa: "Una estrella saldrá de Jacob", no solo buscaron un rey, sino también una estrella.

Cuando vieron la extraña luz, se dijeron: "Esto debe ser lo que hemos estado esperando". Y se dedicaron entonces a la tarea de descubrir su significado. Viajaron varios días hasta



que llegaron a Jerusalén.

Para su sorpresa, descubrieron que las personas seguían con su vida normal. Nadie hablaba acerca de la venida de un nuevo rey.

–"¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos?" –preguntaron a alguien.

–¿Rey de los judíos? –replicó el hombre con una mirada atónita–. ¿Se refiere a Herodes?

–No. Un nuevo rey. El rey de ustedes. Hemos visto su estrella en el oriente y hemos venido a adorarlo.

–No hay ningún nuevo rey aquí –dijo el hombre.

–Pero debe haber –dijo el mago, mientras explicaba por qué habían venido de tan lejos.

Después de un tiempo, unas pocas personas de Jerusalén comenzaron a creer que esos extranjeros del Oriente debían tener razón. Muy pronto, la ciudad entera estaba hablando acerca de estos forasteros que habían viajado centenares de kilómetros para encontrar al nuevo rey de los judíos.

Cuando las noticias de los sabios del Oriente llegaron a oídos de Herodes, la historia le sonó a traición. Se sintió perplejo. Tal vez los judíos estaban por rebelarse de nuevo, y esta historia relativa al nuevo rey era parte de un complot. De manera que llamó "a todos los jefes de los sacerdotes y maestros de la ley, y les preguntó dónde había de nacer el Cristo.

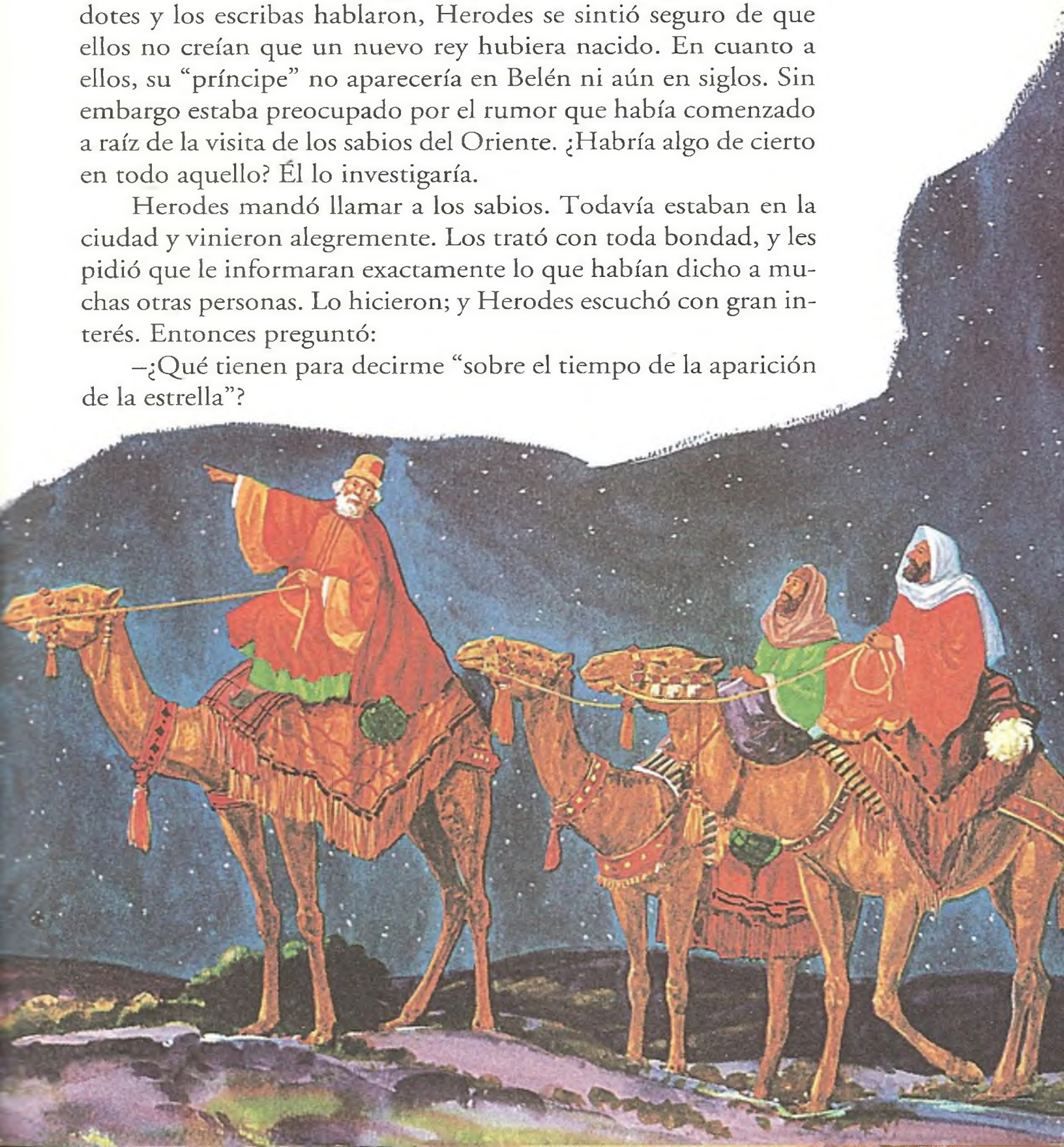
–"En Belén de Judea –le respondieron–, porque esto es lo que ha escrito el profeta: Pero tú, Belén, en la tierra de Judá, de ninguna manera eres la menor entre los principales de Judá; porque de ti saldrá un príncipe que será el pastor de mi pueblo Israel".

Extranjeros Del Oriente

De todas maneras, juzgando por la forma en que los sacerdotes y los escribas hablaron, Herodes se sintió seguro de que ellos no creían que un nuevo rey hubiera nacido. En cuanto a ellos, su "príncipe" no aparecería en Belén ni aún en siglos. Sin embargo estaba preocupado por el rumor que había comenzado a raíz de la visita de los sabios del Oriente. ¿Habría algo de cierto en todo aquello? Él lo investigaría.

Herodes mandó llamar a los sabios. Todavía estaban en la ciudad y vinieron alegremente. Los trató con toda bondad, y les pidió que le informaran exactamente lo que habían dicho a muchas otras personas. Lo hicieron; y Herodes escuchó con gran interés. Entonces preguntó:

–¿Qué tienen para decirme "sobre el tiempo de la aparición de la estrella"?



Le respondieron.

–¿Y cuánto tiempo han estado viajando?

También le contestaron.

–¿Piensan que este nuevo rey ha de nacer en Belén?

–Seguramente.

–¿Y creen que ya ha nacido?

–Las profecías así lo sugieren.

–Hum... Les diré algo –dijo Herodes–: "Vayan e infórmense bien de ese niño y, tan pronto como lo encuentren, avísenme para que yo también vaya y lo adore".

Los sabios agradecieron al rey y salieron. Esto era lo mejor que les había pasado desde que llegaron a Jerusalén. ¡El gran rey Herodes ahora estaba por ayudarlos en su búsqueda!

Ya con mayor tranquilidad, salieron rumbo a Belén. Entonces, observaron algo que los llenó de inmenso gozo. Allá, en el cielo, sobre la pequeña población, vieron de nuevo la estrella, la misma estrella que habían visto en el Oriente semanas antes. Casi los puedo oír decirse el uno al otro:

HERBERT
RUDEEN

–¡Mira! ¡Está allí otra vez!

Ahora apuraban sus camellos con nuevo interés, seguros de que la búsqueda casi llegaba a su fin. Mientras entraban ruidosamente por las puertas de la ciudad de David, la gente los miraba y se preguntaba quiénes serían estos extranjeros que parecían tener tanto dinero. Pero el empadronamiento había traído a tantas personas a la ciudad, tanto ricos como pobres, que en realidad no llamaron especialmente la atención.

Por fin los hombres sabios llegaron a la casa donde residían ahora José y María. Al entrar, "vieron al niño con María, su madre; y postrándose lo adoraron".

¡Qué espectáculo debe haber sido ver a estos sabios, ataviados con sus ricas vestiduras, inclinarse en presencia del niño Jesús!

¡Imagínate lo que María debe haber pensado! ¿Puedes verla abrir grandes sus ojos con desconcierto, mientras los extranjeros abrían sus bolsas y sus cofres y sacaban tesoros que ellos nunca antes habían visto? ¡Oro, incienso y mirra eran presentes adecuados para un rey, y aquí estaban, siendo desplegados ante su hijito! Creo que María debe haber llorado de gozo y gratitud.

–¡Gracias! ¡Gracias! –puedo oírla decir–. ¡Cuán bondadosos son al venir hasta aquí a darnos tanto!

Luego, los sabios salieron y se desvanecieron en la historia. Nadie sabe lo que les ocurrió. Pero el respeto y el amor que mostraron hacia su Rey serán recordados para siempre.

Se salvaron por poco

(Mateo 2:12-18)

EL rey Herodes se cansó de esperar y esperar a que los sabios regresaran. Pero nunca volvieron.

Habían planeado volver a su tierra por Jerusalén, porque pensaban que el rey quería realmente encontrar al niño para adorarlo, como lo había dicho. Pero la misma noche después que visitaron a José y María, Dios les advirtió en un sueño que no volvieran a ver a Herodes. Así que "regresaron a su tierra por otro camino".

Durante un tiempo, Herodes no se preocupó. Él no había creído su historia con respecto a la aparición de una estrella extraña en el cielo, y se reía entre dientes al recordar cómo los había enviado a Belén a encontrar a un niño que debía ser el rey de los judíos. ¡Esa era una búsqueda inútil! No era posible que existiera un niño así.

Pero después de pasar varios días sin recibir noticia alguna de los extranjeros, decidió averiguar qué estaban haciendo. De manera que envió mensajeros a Belén para buscarlos. Entonces, supo que habían abandonado en secreto la ciudad hacía tiempo

y habían regresado a su tierra sin decir una palabra a nadie.

Herodes se enojó. ¿Cómo se habían atrevido a salir así? ¿Por qué no le habían comunicado el resultado de su búsqueda, como le habían prometido? Empezó a sospechar. Tal vez habían encontrado al niño a quien buscaban y decidido aguardar el secreto. ¡Sí! ¡Así era! ¡Debían ser parte de un complot para establecer un nuevo rey en Israel!

–¡Muy bien! –dijo el cruel monarca–. Yo arreglaré este asunto. Ningún nuevo rey saldrá de Belén si yo tengo algo que hacer en el asunto.

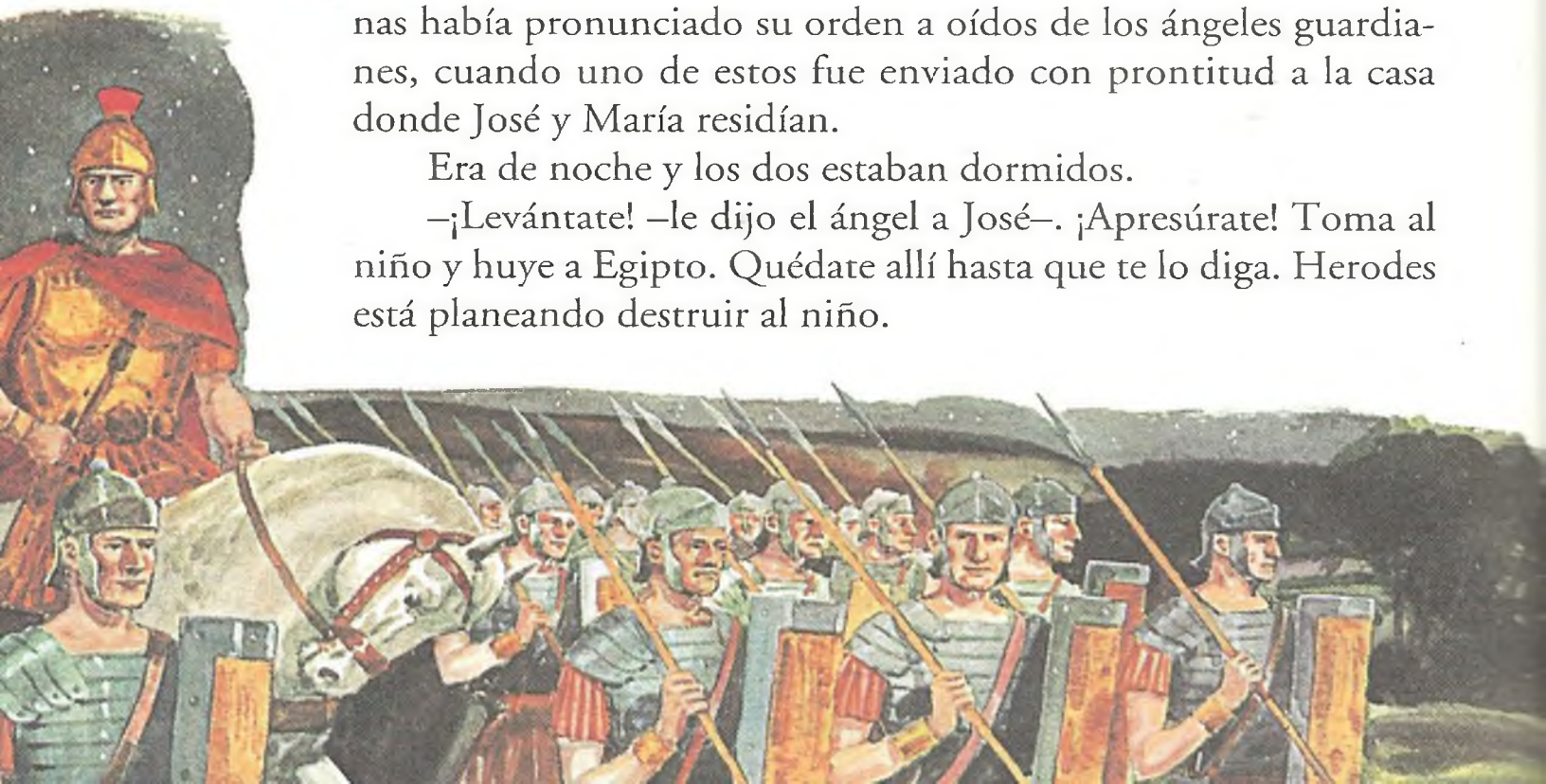
En su ira, ordenó a una compañía de soldados que fuera a Belén y matara todo niño de dos años para abajo. Debían hacer un trabajo minucioso. No debían perdonarle la vida a ningún bebé.

Era algo terrible y malvado, y aun a los violentos soldados debe haberles parecido sumamente cruel. Sin embargo, ¿qué podían hacer ellos sino obedecer? Con el corazón apenado, pero con las espadas afiladas, se marcharon a la ciudad condenada.

Pero mientras salían ruidosamente por las puertas de Jerusalén, todo el cielo se puso en acción para salvar al niño Jesús. Herodes no había contado con el servicio secreto de Dios. Apenas había pronunciado su orden a oídos de los ángeles guardianes, cuando uno de estos fue enviado con prontitud a la casa donde José y María residían.

Era de noche y los dos estaban dormidos.

–¡Levántate! –le dijo el ángel a José–. ¡Apresúrate! Toma al niño y huye a Egipto. Quédate allí hasta que te lo diga. Herodes está planeando destruir al niño.



José despertó, sintiendo que el peligro estaba cerca.

–¡María! –gritó–. ¡Levántate!

María se agitó en su cama.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–¡Debemos salir en seguida!

–¿Por qué?

–Herodes quiere matar al niño. Un ángel me lo dijo.

–Pero ¿por qué?

–No lo sé.

María se puso en pie con la ansiedad pintada en su rostro.

–¿Pero a dónde podemos ir?

–A Egipto. El ángel me dijo que estaríamos seguros allí.

Rápidamente se vistieron y empaquetaron sus cosas, ocul-

tando con cuidado los tesoros que los sabios les habían dado. Pronto su cabalgadura estaba cargada y se hallaban en camino.

Se salvaron por poco. No habían ido muy lejos, cuando los soldados de Herodes llegaron y comenzaron a entrar en las casas de la gente. Despiadadamente, arrebataban a los niños de los brazos de sus madres y los mataron.

Se cumplió entonces la profecía de Jeremías: "Se oye un grito en Ramá, llanto y gran lamentación; es Raquel, que llora por sus hijos y no quiere ser consolada; ¡sus hijos ya no existen!"

¡Qué noche terrible fue aquella! ¡Tantos niños asesinados, tantos hogares desolados!

Tal vez a los oídos del niño Jesús –que ahora se hallaba en camino a un lugar seguro– llegaron los clamores de las madres y de los niños de Belén. Él no podía ayudarlos por ahora, pero algún día llegaría a ser el Consolador de Israel y el Libertador de todo el que confiara en él.

SEGUNDA PARTE

Historias de

la Niñez de Jesús

(Lucas 2:41-52)

El viaje a Egipto

(Mateo 2:15, 19, 20)

MUY lentamente, José y María recorrieron el camino hacia el sur con su precioso bebé. Era un viaje largo y cansador, porque en gran parte de su trayecto atravesaba un desierto árido y arenoso, donde no había lugares cómodos para descansar. No había más de 160 kilómetros desde Belén hasta la frontera con Egipto, y hoy en día se podría cubrir esa distancia en dos horas; pero entonces requería varios días de ardua travesía.

¡Pobre María! Se debe haber preguntado por qué todas estas cosas tenían que ocurrirle a ella. ¿Por qué Herodes quería matar al bebé? Y si el pequeño Jesús era en verdad el Hijo del Altísimo, como Gabriel se lo había dicho, ¿por qué no podía ella tener un hogar en el que cuidarlo? ¿Por qué debía peregrinar de un lugar a otro de esta manera, sin poseer ninguna otra cosa en el mundo que los pocos objetos atados al lomo de un burro?

Por fin cruzaron la frontera y entraron en Egipto. No había mucha diferencia en el paisaje –solo un poco más de arena, más desierto– pero ¡qué alivio saber que por fin estaban a salvo de los soldados de Herodes!

ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Un ángel le avisó a José que debía huir a Egipto con María y Jesús para escapar de la ferocidad del rey Herodes. Cargando los regalos de los magos, los tres se marcharon de noche.

La Biblia no nos dice cuán lejos se introdujeron en Egipto, pero podemos estar seguros de que pasaron las pirámides que Abraham había visto cuando vino por este camino. Y deben haber caminado junto al Nilo, donde Moisés fue colocado entre los juncos cuando era niño.

Tampoco nadie sabe el lugar exacto donde vivieron en Egipto, o por cuánto tiempo estuvieron allí. Quizá José consiguió trabajo como carpintero para ayudar a pagar los gastos, mientras María se quedaba en su humilde hogar y atendía tiernamente al niño.

Una noche, cuando Jesús era todavía muy niño, el ángel del Señor vino de nuevo a José, esta vez con una buena noticia. Le dijo que el rey Herodes había muerto y que ahora era seguro para ellos regresar a Palestina.

–"Levántate –le dijo el ángel–, toma al niño y a su madre, y vete a la tierra de Israel, que ya murieron los que amenazaban

con quitarle la vida al niño".

Cuando José le dijo a María lo que el ángel había dicho, puedo imaginar que ella lloró de gozo ante el pensamiento de volver a su tierra. En verdad, Dios había sido bueno con ellos en Egipto. Con el dinero que José había podido ganar, y el oro que los sabios les habían dado, habían vivido cómodamente: pero siempre habían sentido que eran extranjeros en tierra extraña. Ni un solo día había pasado sin que sintieran la nostalgia de su patria.

Ahora podían regresar y ver a sus amigos y a sus amados. ¡Aquello era demasiado bueno para ser cierto!

Empacando nuevamente sus pertenencias, se prepararon para dejar el país que les había dado protección en tiempos de necesidad. Una mañana brillante, se pusieron en camino hacia el norte, siguiendo –por lo menos en parte– un buen trecho de la ruta que los israelitas recorrieron cuando Moisés los guió de Egipto a Canaán.

¿Te preguntaste alguna vez lo que Jesús habrá pensado acerca de todo esto? Él había venido a Egipto en brazos de su madre, pero salió ahora usando sus propias y fornidas piernecitas. Desde luego, era demasiado chico para caminar muy lejos, y con seguridad José lo habrá tenido que ubicar en el lomo de la cabalgadura junto a María de vez en cuando para darle descanso; pero como cualquier otro niñito sano, él estaba ansioso de portarse como una persona adulta tanto como fuera posible.

A la vez estaba comenzando a hablar, y probablemente había hecho una interminable serie de preguntas. Casi puedo oírlo decir:

–¿Qué animal es ese, mamá? ¿Ese que tiene la joroba grande en el lomo?

–Es un dromedario, querido.

–¿Y ese que tiene las cosas puntiagudas en su cabeza?

–Es un buey; y las cosas puntiagudas son los cuernos.

–¿Y qué es esa casa extraña que se ve allá?

–No es una casa, querido. Es un lugar donde los egipcios enterraron a uno de sus reyes, hace mucho, mucho tiempo. La llaman pirámide.

–¿Y quién es esa señora sentada frente a la pirámide? Parece que me está sonriendo.

–Oh, es una estatua muy vieja labrada en la roca. Se llama esfinge.

Así conversaba él, haciendo preguntas y más preguntas acerca de todo lo que veía. María, con toda paciencia, contestaba cada una de ellas lo mejor que podía.

De vez en cuando trataba de relatarle un poco de historia, adaptando su narración para que pudiera entenderla. Le hablaba acerca de cómo Dios había protegido a su pueblo en ese mismo lugar, y cómo había conducido a sus hijos de la esclavitud a la libertad en la tierra muy feliz adonde ahora regresaban.

Días felices en Nazaret

(Mateo 2:21-23; Lucas 2:40)

JOSÉ y María recorrían kilómetro tras kilómetro del camino por el que habían venido escapando de Herodes. De alguna manera no parecía tan largo ahora, porque regresaban a su hogar, ¡al hogar!

En cada parada que hacían, José les preguntaba a otros viajeros si tenían noticias, porque no había periódicos en aquellos días. Había estado lejos por tanto tiempo, que quería ponerse al día sobre todas las cosas. ¿Cuál era el precio del trigo en Jerusalén? ¿Cuánto ganaban los carpinteros en ese tiempo? ¿Qué habían estado haciendo los romanos últimamente?

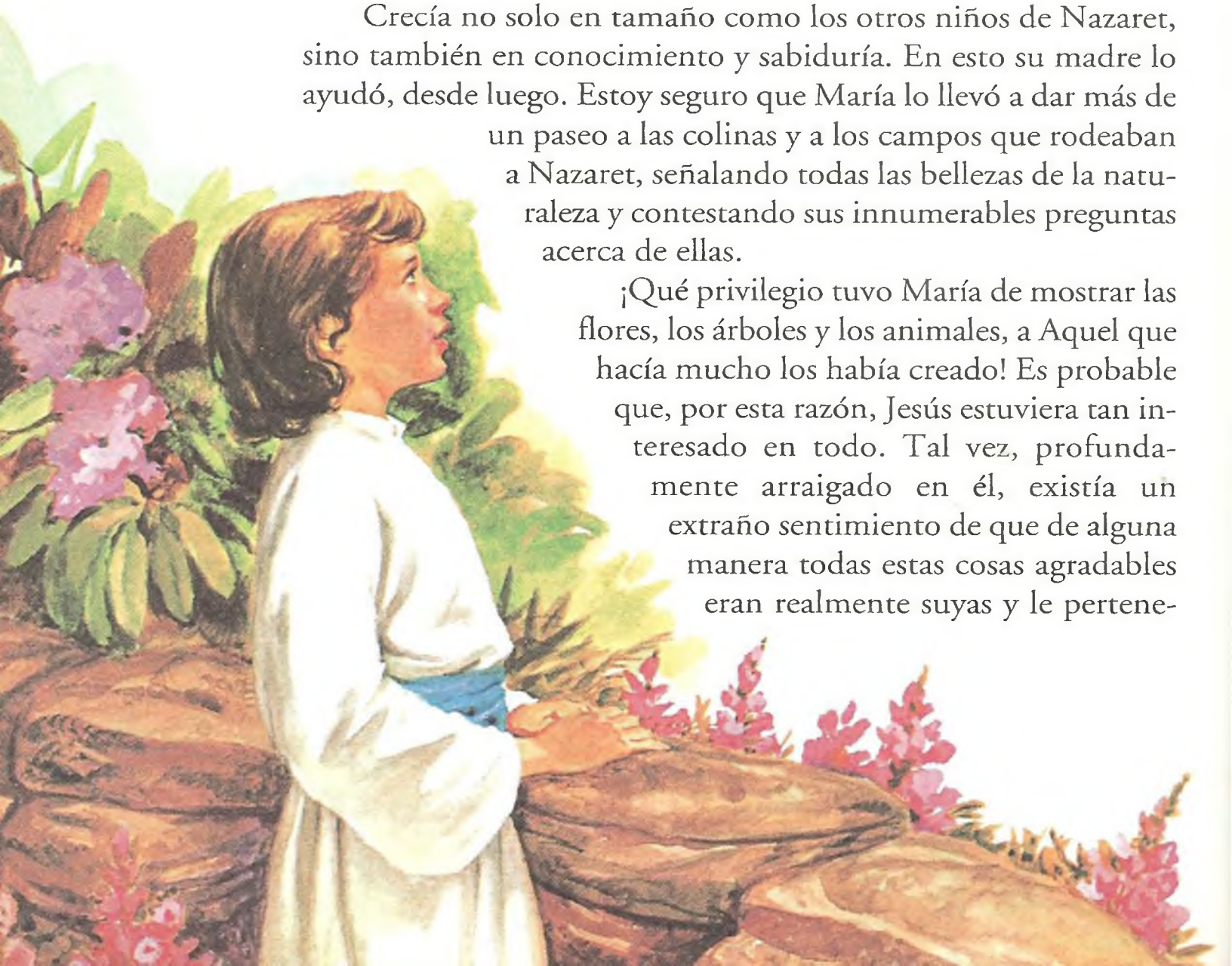
Una noticia lo preocupó. Herodes había sido sucedido por su hijo Arquelao que, según los informes, era tan cruel como su padre. Tal vez él también estaba buscando al niño que había escapado de Belén.

José y María habían planeado ir a vivir al pueblecito donde había nacido su precioso Jesús; pero ahora era imposible. De manera que decidieron seguir hacia Nazaret, de donde habían salido en la época del censo hecho por César Augusto.

Algunos días más tarde, llegaron a su vieja población natal, y empezaron una nueva vida. José abrió su taller de carpintería de nuevo, y María comenzó sus trabajos para atender la casa. En cuanto a Jesús, la Biblia dice que "el niño crecía y se fortalecía; progresaba en sabiduría, y la gracia de Dios lo acompañaba".

¡Qué hermoso niño debe haber sido! ¡Tan fuerte, sano y de buen aspecto! Con su cuerpecito perfecto, estoy seguro de que él podía correr más rápido y saltar más alto que cualquier otro niño o niña del pueblo. Con su vista y su oído maravillosos veía y oía todo cuanto ocurría a su alrededor. No se perdía nada, y almacenaba toda clase de recuerdos inapreciables para usarlos en los días futuros.

Crecía no solo en tamaño como los otros niños de Nazaret, sino también en conocimiento y sabiduría. En esto su madre lo ayudó, desde luego. Estoy seguro que María lo llevó a dar más de un paseo a las colinas y a los campos que rodeaban a Nazaret, señalando todas las bellezas de la naturaleza y contestando sus innumerables preguntas acerca de ellas.



¡Qué privilegio tuvo María de mostrar las flores, los árboles y los animales, a Aquel que hacía mucho los había creado! Es probable que, por esta razón, Jesús estuviera tan interesado en todo. Tal vez, profundamente arraigado en él, existía un extraño sentimiento de que de alguna manera todas estas cosas agradables eran realmente suyas y le pertene-

cían a él más que a cualquiera otra persona en todo el mundo.

Con ternura acostumbraba a cortar lirios del campo y maravillarse de la belleza de sus colores y de lo delicado de sus pétalos. Escúchalo decir a su madre:

–¿Quién hizo todas estas cosas hermosas?

Al observar a un gorrión revolotear de un árbol a otro, o al contar los huevos manchados en el nido de un zorzal, le hablaba a María de la admiración que llenaba su corazón.

–¿Cómo salen los pajaritos de los huevos, mamá? –solía preguntar–. ¿Y cómo saben volar?

Ojalá hubiera podido estar allí para escuchar las respuestas de María. ¿No te hubiera gustado a ti también? Pero estoy seguro de que ella siempre le habló con gran paciencia, induciéndolo a honrar y reverenciar a su Padre celestial.

¡Qué relatos maravillosos debe haberle contado María antes de ir a dormir cada noche! Estoy seguro de que ella hizo lo mejor que pudo para explicarle todo lo que sabía o había leído acerca del plan de salvación de Dios en favor del mundo perdido. Comenzando con la historia del Jardín del Edén, y con la forma en que Adán y Eva perdieron su amable hogar debido al engaño de Satanás y a su propio y triste error, proseguía explicándole cómo

Dios planeó hacer buenas otra vez todas las cosas.

–Los hombres no perderán el Edén para siempre, querido –puedo oírla decir–. Oh, no. Porque Dios prometió enviar a un niñito algún día que crecería hasta llegar a ser grande y fuerte y bueno, para arrebatarlo de manos de Satanás, y darlo de vuelta a los que aman y obedecen al Señor.

Y tal vez Jesús dijo, extendiendo su mirada hacia el futuro:

–Me gustaría ser ese niñito, mamá. Realmente, yo quisiera serlo.

María entonces le contaba acerca de Noé y el arca, el diluvio y el arco iris: todas esas historias bellas y dulces que las madres han contado a sus niños durante miles de años. Y por supuesto que le contó acerca de Abraham, Isaac y Jacob, y acerca de José y sus hermanos.

Además, estaban las historias con respecto a Moisés y cómo él guió a Israel para sacarlos de Egipto a través del mar Rojo por el Sinaí, donde Dios dio a su pueblo los Diez Mandamientos; y acerca de Josué y la conquista de Canaán; y acerca de David y Salomón, de Daniel y Nehemías.

Con avidez, Jesús bebía cada palabra. Y cuando María se detenía para decir: "Ahora es tiempo de que te vayas a dormir, querido", él respondía, como cualquier otro niño de su edad: "¡Solo un relato más, por favor, mamá! ¡Solo uno más!"

Yo supongo que había algunas historias que le gustaban más que otras, tal como la de los hebreos en el horno de fuego, o la de Abraham ofreciendo a Isaac sobre el monte Moria, cuando vio un carnero atrapado entre la maleza.

De vez en cuando, esa extraña mirada volvía a su rostro

ansioso, y decía:

–A veces, me parece, mamá, que yo estaba allí. Puedo verlo todo tan claramente...

Día tras día, María le leía las Escrituras, especialmente los capítulos del Antiguo Testamento donde los profetas escribieron acerca de la venida del Mesías. Jesús los oía tan a menudo, que pronto llegó a saberlos de memoria, y los podía encontrar fácilmente.

Cada viernes de tarde, la pequeña familia se reunía y todos se postraban juntos en oración para dar la bienvenida al santo sábado. A la mañana siguiente, iban a la sinagoga para el culto. Era una costumbre para ellos. Nunca dejaron de hacerlo. El predicador estaba seguro de que José, María y ese niñito maravilloso estarían en su lugar en la casa de Dios.

¡Cuán satisfecho debió haberse sentido el ministro de tener un muchacho como aquel enfrente de él: tan interesado, tan atento, mirando con ojos grandes e inteligentes!

Así fue como Jesús "se fortalecía" y "progresaba en sabiduría".

El conocimiento de la Palabra de Dios lo hizo fuerte y sabio y, como resultado, "la gracia de Dios lo acompañaba".

Su comportamiento era agradable tanto en el hogar como cuando jugaba con los otros niños. Era bondadoso y abnegado, y siempre hacía lo posible para ayudar a los demás. Estoy seguro de que María nunca tuvo que repetirle dos veces que lavara los platos, y que nunca rezongó cuando José lo enviaba a hacer un mandado.

Seguramente que era víctima de bromas por parte de otros niños, porque siempre estaba del lado de lo correcto y verdadero. Pero nada que hicieran o dijeran lograba que él dijera o hiciera alguna cosa mala. Otros podían mentir, o contar historias inconvenientes, pero nunca Jesús. Y ellos siempre sabían que nunca dejaba de cumplir su palabra.

¿No te gustaría haberlo conocido? A mí sí. ¿Y no sería maravilloso que pudieras ser tan bueno y amable, tan veraz y cortés como él? Puedes serlo, si lo quieres. Este mismo Jesús, que ahora es Señor de gloria, te ayudará, si se lo pides. Él comprende todos tus problemas también, porque, como tú sabes, una vez hace tiempo, él también fue un muchacho.

La primera gran festividad

(Lucas 2:41, 42)

UNO tras otro fueron pasando los años felices de la niñez. Llegó el día en que Jesús cumplió cinco años, luego seis, más tarde siete, ocho. Y con cada año que pasaba, aumentaba el gozo y la admiración del corazón de su madre. Nunca había existido un niñito tan bueno, tan bondadoso, tan amigable, tan considerado hacia las necesidades de los demás.

A medida que iba cumpliendo años: nueve, diez, once, debe haber sido una ayuda maravillosa y un consuelo para los padres. Siempre buscaba la manera de hacerles la vida más fácil, remendando esto, arreglando aquello y corriendo con rapidez para cumplir sus pedidos. Y todo el tiempo su voz amable llenaba la casa con la melodía de himnos sagrados.

De noche, después que caía dormido, puedo ver a María sentada al lado de su cama, maravillándose de la dulzura de su carácter al pensar en todas la cosas bondadosas que había dicho y hecho aquel día.

Entonces, ella pensaba de nuevo en Gabriel, y en lo que le

había dicho: "Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo".

–¡No me sorprende que él sea tan amable, tan bueno, tan hermoso! –puedo oírla diciéndose a sí misma–. Seguramente un niño tan lleno de amor, tan completamente abnegado, debe ser el Hijo de Dios.

A estos tiernos años, Jesús aprendía más y más acerca de las Sagradas Escrituras. Después que María le enseño a leer, empezó a estudiar por sí mismo, y muchas eran las preguntas que le hacía a su madre acerca del significado de textos que todavía no le resultaban claros.

Gracias a todo lo que María le había dicho desde el tiempo en que era un bebé, estaba especialmente interesado en todo lo que los profetas habían declarado con respecto a la venida de

un niño que crecería para ser el Libertador de Israel y el Restaurador de todo lo que Adán y Eva habían perdido en Edén. Gradualmente, comenzó a entender el maravilloso plan de salvación de Dios. También de a poco, comenzó a nacer en su espíritu la verdad de que él debía ser ese niño del destino. No sabemos el momento exacto en que llegó a esta idea, pero cuando la tuvo, estoy bien seguro de que llegó a tomar con seriedad el asunto: lo que todo esto significaba para él, y la clase de vida que tendría que llevar.

Cuando llegó a tener 12 años de edad, María y José comenzaron a hablar con él acerca de un viaje a Jerusalén para celebrar la Pascua.

Había tres fiestas anuales a las que se esperaba que asistieran todos los hombres de Israel: la Pascua, el Pentecostés y la de los Tabernáculos. La primera caía temprano en la primavera, la segunda siete semanas más tarde, y la tercera era en otoño, después de la cosecha. No todos podían ir a todas ellas, por supuesto, pero la mayor parte de la gente hacía lo que podía para asistir a la Pascua.

Como Jesús era ahora un joven –los 12 años eran en aquellos días la línea divisoria entre la niñez y la juventud– María y José creyeron que debía acompañarlos ese año; y puedes imaginarte cuán feliz estaba Jesús cuando le dijeron esto. Hace 19 siglos, un viaje a Jerusalén debe haberle parecido algo muy maravilloso al hijo de un carpintero de Nazaret.

Hasta puedo escuchar a Jesús decir: "Mamá, ¿en verdad puedo ir? ¿Es cierto?"

Entonces, deben haber hablado acerca de todas las cosas

que verían en Jerusalén: el templo, el palacio de Herodes, todos los viejos negocios y las casas. Habría sacerdotes ofreciendo sacrificios y soldados romanos marchando de aquí para allá por las calles para mantener el orden. Y habría toda clase de personas, de lejos y de cerca, atestando todo rincón y esquina de la ciudad.

Los siguientes fueron días ocupados. Mientras José trataba de terminar su trabajo de carpintería, María disponía los alimentos para el viaje y Jesús preparaba el asno y hacía cualquier otra cosa que podía para ayudar a preparar todas las cosas. Entonces, se pusieron en marcha.

Para Jesús, era su primer gran festividad, y disfrutó cada minuto de él. Cuando llegaron al camino principal que conducía a Jerusalén, lo encontraron lleno de viajeros, y todos iban en la misma dirección. Jesús los observaba con profundo interés, preguntándose si acaso todos entendían por qué iban allí.

Él lo comprendía, por supuesto. Una y otra vez había ha-

blado acerca de la Pascua con su madre. Ahora, mientras viajaba hacia la capital, pensaba en la última noche de la cautividad en Egipto, precisamente antes que Moisés sacara a Israel a salvo de aquel país, cuando Dios amonestó a sus hijos a colocar la sangre de un cordero sobre el dintel y los marcos de las puertas de los hogares, diciendo: "La sangre servirá para señalar las casas donde ustedes se encuentren, pues al verla pasaré de largo".

Para Jesús la Pascua era algo muy sagrado, que le traía el recuerdo del maravilloso cuidado de Dios por su pueblo. Pero todavía había preguntas en su mente. ¿Por qué era usada la sangre de un cordero de esta manera? ¿Podría ser una prueba de que el Mesías debía sufrir antes que pudiera salvar?

Seguramente alguien de Jerusalén podía decírselo. Tal vez los sacerdotes, si querían escuchar a un muchacho. Si él tuviera la oportunidad, ¡qué cantidad de preguntas les haría!

Enseñando a los maestros

(Lucas 2:42, 43, 46, 47)

EL camino se volvía más transitado a medida que María, José y Jesús se acercaban a Jerusalén. Jesús nunca había visto tantas personas juntas en toda su vida. Miles y miles marchaban hacia la ciudad desde todas direcciones para asistir a los servicios de la Pascua.

Cuando pudo ver la ciudad y contempló el templo sobre el monte Moria, fue grandemente conmovido. Las antiguas historias de la Biblia que su madre le había enseñado desde los días de su niñez cobraron de pronto un nuevo significado.

¡Cuán maravilloso era conservar el lugar mismo donde Abraham ofreció a su hijo Isaac, donde David derrotó a los jebuseos, donde Salomón reinó con toda su gloria! ¡Aquí los profetas de Dios habían hablado por más de 1.000 años!

Sí, y algún día el Mesías vendría a esta ciudad. Cabalgaría sobre "un asno, en un pollino, cría de asna",[1] como Zacarías había profetizado. Bien puede haberse dicho Jesús: "Algún día, cuando Dios lo determine, recorreré este camino, montado en una cabalgadura y entraré por estas mismas puertas!"

Al llegar por fin al interior de la ciudad, la santa familia se vio pronto muy ocupada. Tenía que encontrar lugar para alojarse, comprar alimentos, y luego ir al templo, donde los primeros servicios de la Pascua estaban por comenzar.

Jesús observaba todas las cosas con mucha atención, porque todo era tan nuevo para él. Se preguntaba por qué había tantas personas tan pobres, tantos mendigos, tantos enfermos, y su amante corazón se deshacía por ellos.

Cuando llegaron al templo, Jesús se sorprendió de encontrar que este era más un mercado de ganado que un lugar de adoración. Los comerciantes vendían bueyes, ovejas, corderos y pájaros para los que habían venido a adorar. Los cambistas argüían ruidosamente con los visitantes acerca del cambio.

–Pero ¿por qué lo hacen aquí? –puedo oír a Jesús decirle a María–. ¡No está bien, mamá! ¡No está bien!

–Lo sé, querido –puede haberle respondido María–. Pero lo han hecho por tanto tiempo, que nadie piensa que hay algo

de malo en esto.

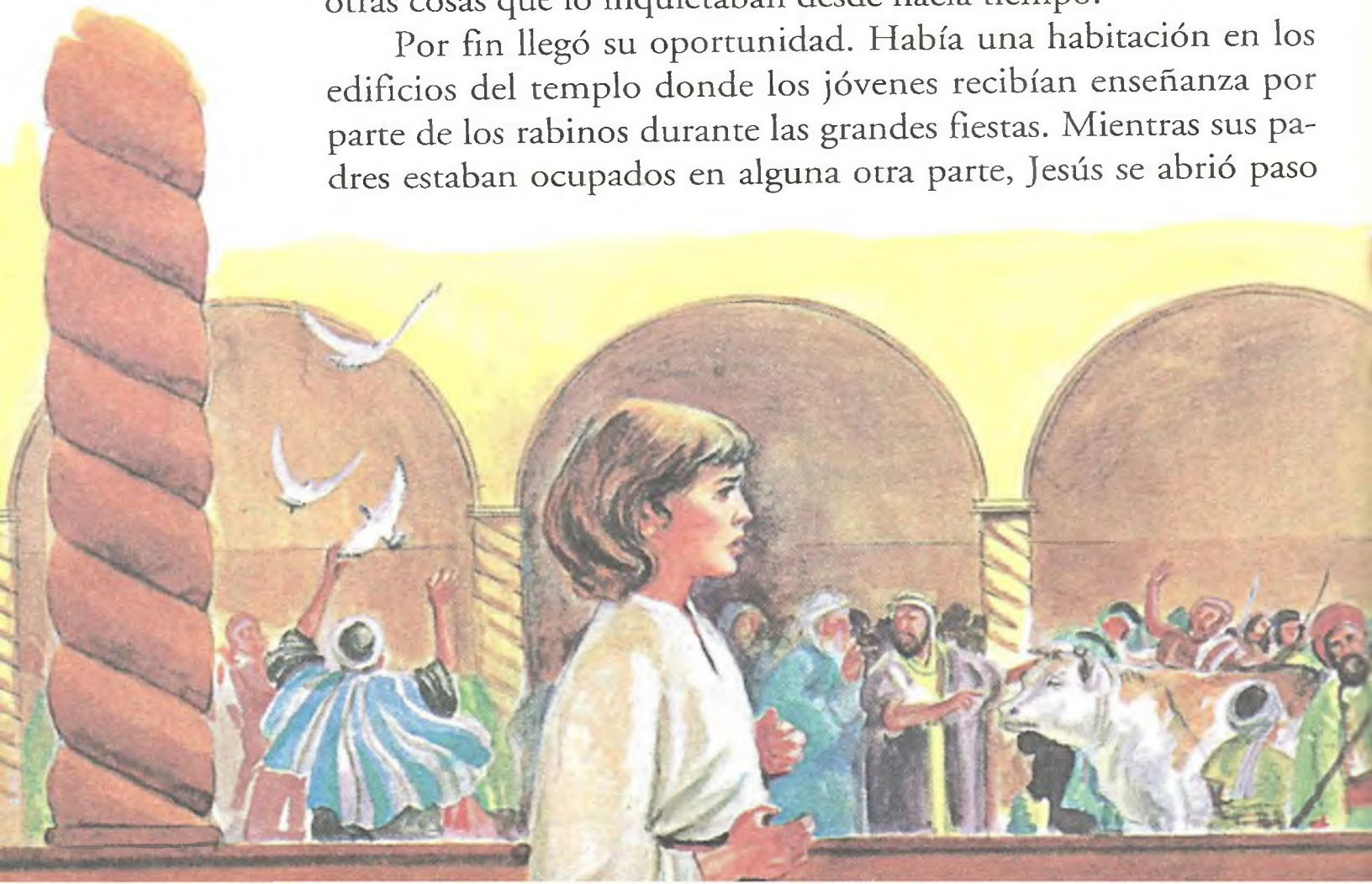
–Pero las Escrituras dicen: "Mi casa será llamada casa de oración",[2] ¡no un mercado como este!

Para un niño educado como Jesús, debe haber sido un terrible impacto encontrar que estas cosas se realizaban en el santo templo. Pero era solo la primera de muchas desilusiones que él sufrió.

Vio a gente rica echar monedas de oro y plata en la caja de las ofrendas con gran ruido, y entonces mirar alrededor para estar seguros de que su donativo había llamado la atención; y a él no le gustó. Vio personas pobres a quienes se les hacía esperar porque eran pobres; y tampoco le gustó esto. Era todavía peor la manera formal en la que se ofrecían los sacrificios. La mayor parte de la gente lo hacía porque era la costumbre, y no porque sintiera profundamente dolor por sus pecados.

A medida que pasaban los días, Jesús anhelaba más y más hablar con los sacerdotes y preguntarles acerca de estas y muchas otras cosas que lo inquietaban desde hacía tiempo.

Por fin llegó su oportunidad. Había una habitación en los edificios del templo donde los jóvenes recibían enseñanza por parte de los rabinos durante las grandes fiestas. Mientras sus padres estaban ocupados en alguna otra parte, Jesús se abrió paso



hasta este lugar, y sentándose entre los otros muchachos de su edad, miró al maestro de larga barba con profunda atención.

¡Nunca se había sentido tan feliz! ¡Esto es lo que él había anhelado por mucho tiempo! Bien pronto su mano se levantó:

–¿Puedo hacer una pregunta? –preguntó el jovencito de ojos brillantes y grandes, con expresión ferviente.

–Por supuesto, muchacho –dijo el maestro–. ¿De qué se trata?

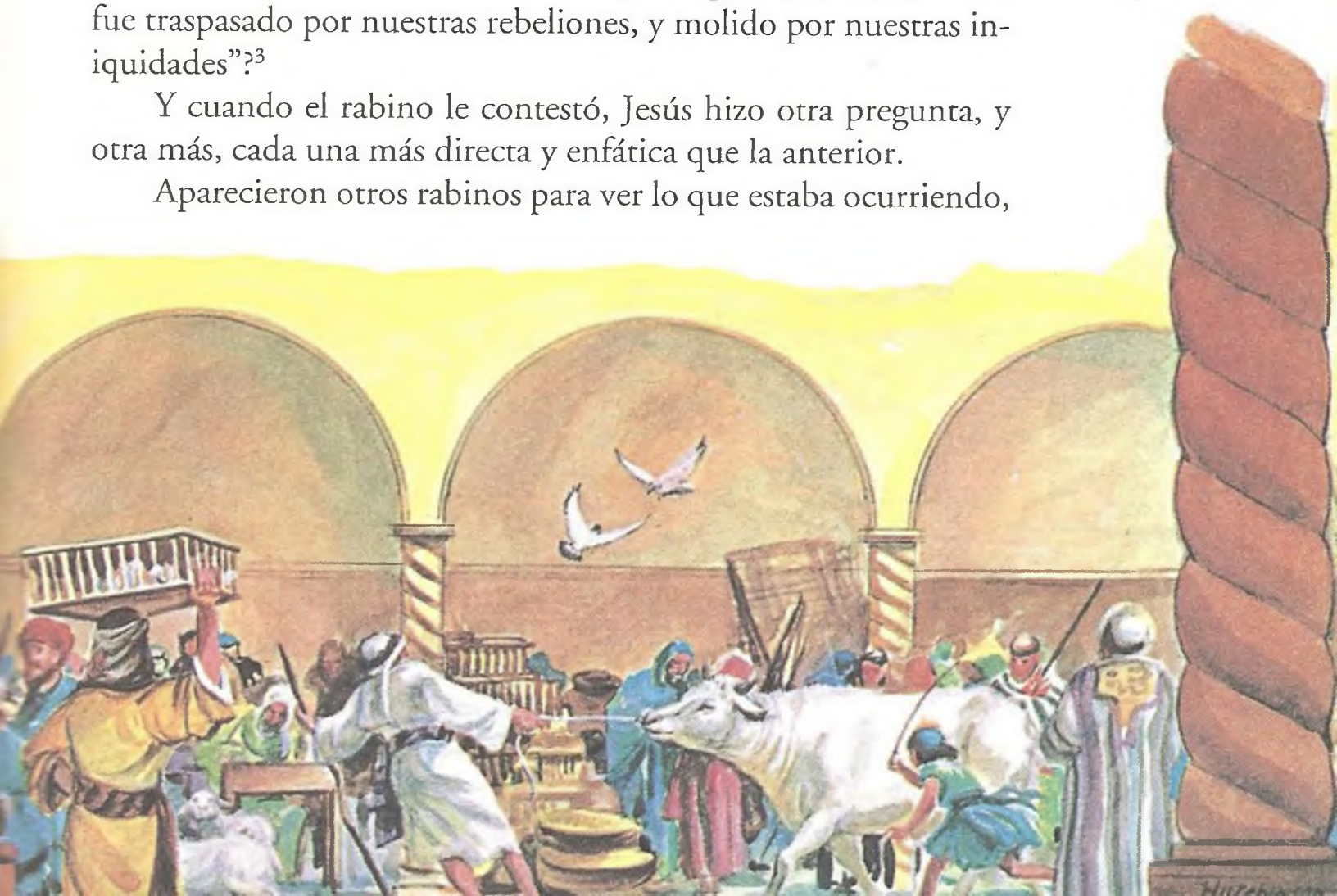
Vino entonces la primera pregunta, que demostraba tal conocimiento del tema, que el maestro quedó admirado.

¿Te hubiera gustado conocer cuál fue la primera pregunta? Creo que debe haber tenido que ver con las profecías referentes al Mesías. El maestro puede haberle contestado que el Mesías había de venir a reinar como rey, con glorioso esplendor; y Jesús puede haberle preguntado:

–¿Y cómo se entiende entonces aquella profecía de Isaías: "Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades"?[3]

Y cuando el rabino le contestó, Jesús hizo otra pregunta, y otra más, cada una más directa y enfática que la anterior.

Aparecieron otros rabinos para ver lo que estaba ocurriendo,



y quedaron allí para escuchar a este niño notable que conocía tan bien las Sagradas Escrituras y parecía consciente del significado oculto de esos pasajes en que los famosos maestros nunca antes habían pensado.

Después de un rato, empezaron a hacerle preguntas a él.

–¿Dónde naciste?

–En Belén de Judea.

–¿Dónde vives?

–En Nazaret de Galilea.

–¿A dónde fuiste a la escuela?

–No fui a la escuela.

–Entonces ¿dónde aprendiste tan bien las Escrituras?

–Mi madre me las enseñó.

Luego le hicieron más preguntas para averiguar cuánto sabía acerca de los escritos de los patriarcas y los profetas, y Jesús nunca dejó de contestar una de ellas. Tan rápidas y correctas eran sus respuestas que ellos estaban asombrados. La Biblia dice: "Todos los que le oían se asombraban de su inteligencia y de sus respuestas".

Hora tras hora, hablaron juntos de esta manera. Nadie estaba cansado ni tenía hambre. Los servicios de la Pascua terminaron, y los miles de visitantes comenzaron a regresar a sus hogares. Pero los rabinos se quedaron con este muchacho que los había impresionado. En cuanto a Jesús, se hallaba disfrutando tanto de la conversación, que ni se le ocurrió pensar que sus padres volvían ya a Galilea y que pronto lo buscarían con ansiedad por toda Jerusalén.

[1] Zacarías 9:9.

[2] Isaías 56:7.

[3] Isaías 53:5.

← ILUSTRACIÓN DE WILLIAM HUTCHINSON

Mientras sus padres regresaban a Nazaret luego de la Pascua, Jesús permaneció en el templo dialogando con los rabinos. Estos se maravillaban de su conocimiento de las Sagradas Escrituras.

Encuentran al niño perdido

(Lucas 2:43-46, 48-50)

NUNCA sabremos con exactitud cuán lejos habían avanzado camino a su hogar José y María, cuando se dieron cuenta de que Jesús no estaba con ellos. La Biblia dice que "hicieron un día de camino", y eso no pudo haber representado más de unos 15 kilómetros con caminos angostos, atestados de gente que volvía a sus casas después de la Pascua.

Durante todo este tiempo, habían estado conversando agradablemente con amigos, hablando acerca de los sucesos de los pocos días pasados en Jerusalén. Es muy probable que, al final de la tarde, al hacer un alto en el camino para comenzar el descanso de esa noche, hayan notado por primera vez que Jesús no estaba con ellos. Habían pensado que él estaría siguiéndolos a corta distancia, pero no se habían molestado para asegurarse de que era así. Ahora, cuando esperaban que él viniera corriendo a ayudarlos a atender el asno y hacer otros trabajos diversos, como siempre lo hacía, Jesús no llegó.

–¡Jesús! –llamaron ansiosamente, mientras inspecciona-

ban la multitud que los rodeaba–. ¿Dónde estás? ¡Estamos esperándote!

Tenían la idea de que él estaría en algún lugar entre esa vasta multitud, tal vez conversando con otros muchachos de su edad. Pero no era así.

–¡Jesús! ¡Jesús! –llamaron una y otra vez, pero sus voces se perdían entre la conversación de la gente, el ladrido de los perros, el rebuzno de los asnos y el chillido de los carruajes que pasaban.

Después de un tiempo, como Jesús no contestaba, José y María comenzaron a sentirse ansiosos. Ahora empezaron a buscarlo con preocupación.

–Hemos perdido a nuestro hijo –le decían a los amigos y a los extraños–. ¿Lo ha visto en alguna parte?

–Lamento; no –era la respuesta–. ¿Cuándo lo vieron por última vez? –preguntaban.

–No lo vimos desde que estábamos en Jerusalén. Pensábamos que él estaría detrás de nosotros.

–¡Qué pena! Tal vez sería mejor que regresaran.

¡Regresar! ¡Hacer todo el camino de vuelta!

Al principio, José y María se sintieron fastidiados. ¿Por qué no se había quedado con ellos?, se preguntaron. Entonces, recordaron cómo Herodes había tratado de quitarle la vida. ¿Podría él todavía estar en peligro? ¿Le habría sobrevenido algún mal?

Con corazones oprimidos por el temor, comenzaron el camino de regreso a Jerusalén. Con ansia, esforzaban la mirada por entre la oscuridad creciente para observar a toda persona que viajaba en la dirección opuesta. Pero no había señal de él en ninguna parte.

Al pasar por las puertas de la ciudad, volvieron al lugar en que había estado. Esperaban que él estuviera allí, aguardándolos. Pero no estaba. Llamaron a las puertas de las casas vecinas.

–Perdone, señor, que lo molestemos, pero hemos perdido a nuestro hijo. ¿Lo ha visto? Tiene solo 12 años de edad y lo trajimos con nosotros a la Pascua.

–Lo siento mucho, no lo he visto.

Era lo mismo en todas partes. Nadie lo había visto. Nadie sabía nada de él.

Buscaron por horas y horas.

–¿Adónde iremos ahora a buscarlo? –puedo oír a José diciendo.

–Allí está el templo –María puede haberle dicho–. Tú sabes cómo le gustaba a él estar allí.

De manera que fueron al templo.

No sabemos con precisión qué hora del día era. Pero las vastas multitudes que habían venido para la Pascua se habían ido, y de nuevo en aquel lugar se notaba la quietud habitual.

Vieron a un sacerdote que pasaba.

–¿Ha visto a un muchacho de unos 12 años de edad? –preguntaron–. No podemos encontrar a nuestro hijo, y pensamos que quizá esté aquí.

–¿Se refieren a un muchacho de Nazaret?

–¡Sí! ¡Exacto! Nosotros somos de Nazaret. ¿Sabe dónde está?

–Bien, él está allí en la sala de los jóvenes. Varios de los rabinos han estado conversando con él. Tal vez todavía esté allí.

Rápidamente, José y María se apresuraron a cruzar el atrio. Hallaron la habitación y se detuvieron afuera escuchando. Podía oír a un hombre haciendo una pregunta. Uno de los rabinos, sin duda. Entonces, otro contestaba con voz clara, suave y musical, pero muy segura. No había error alguno. ¡Era su voz! ¡Gracias a Dios, lo habían encontrado por fin!

Al abrir la puerta, vieron un espectáculo inolvidable. Allí estaba su precioso Jesús, "sentado entre los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas".

María estaba tan contenta de verlo, que olvidó por completo la presencia de los sabios doctores y corrió hacia él con los brazos extendidos.

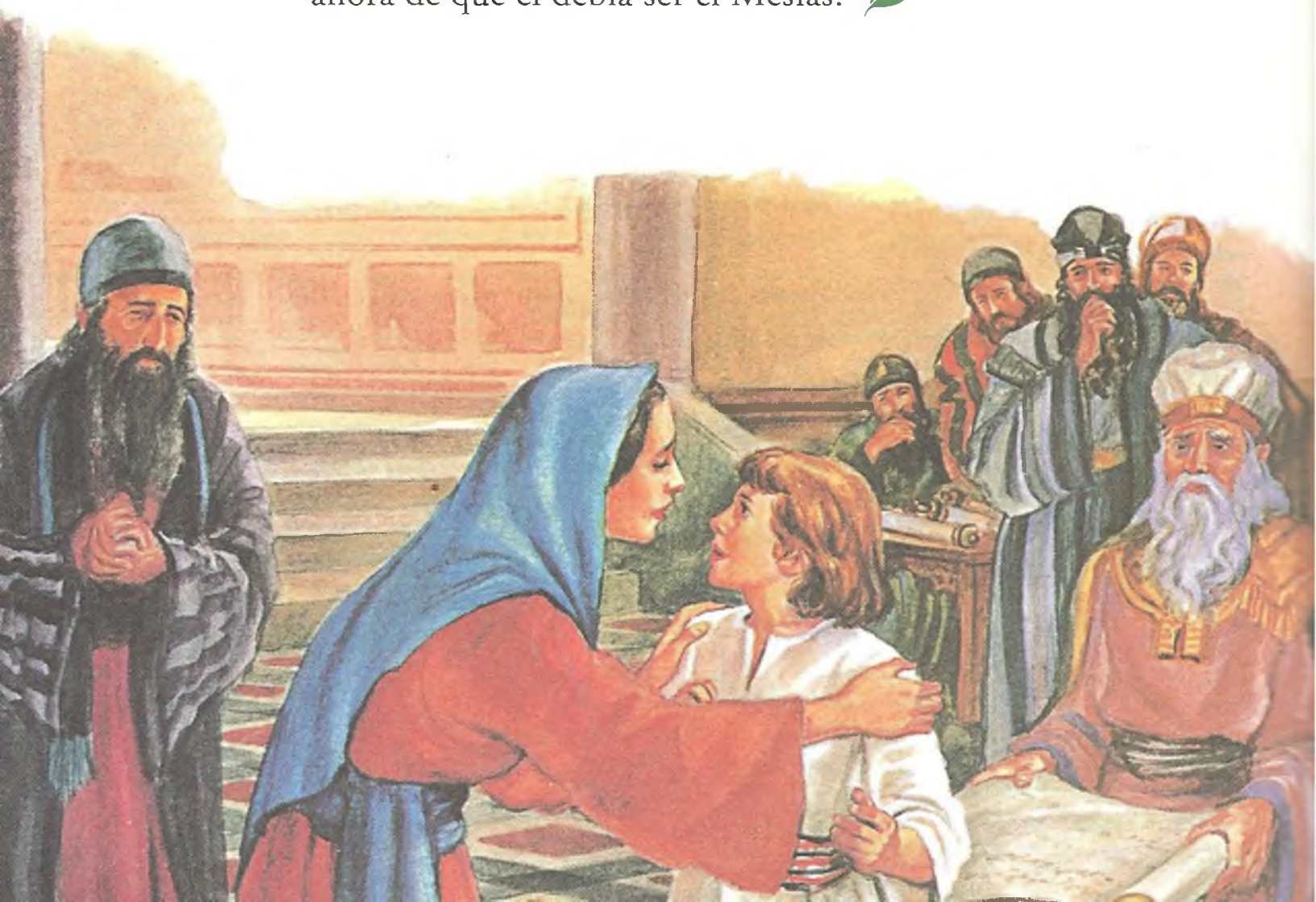
–"Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? –le dijo su madre a manera de tierno reproche–. ¡Mira que tu padre y yo te hemos estado buscando angustiados!"

En forma igualmente amable Jesús contestó:

–"¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?"

La reunión se disolvió, y los doctores comenzaron a salir, pero algunos de ellos escucharon lo que Jesús les dijo y se preguntaron qué había querido decir al mencionar "la casa de mi Padre". ¿Qué cosas podría él estar atendiendo en representación de su padre en el templo? ¿No había dicho él que su padre era un carpintero? Pero María entendió. Al mirar sus ojos, ella sabía que Jesús había encontrado algo aquí, mientras hablaba con estos líderes de Israel.

Había una nueva seguridad en su voz. Ella estaba segura ahora de que él debía ser el Mesías.



El hijo del carpintero

(Lucas 2:51, 52)

AL iniciar nuevamente su viaje hacia Nazaret, esta vez muy cerca de Jesús, José y María tenían mucho que conversar entre sí. ¿Puedes escuchar a María preguntarle a Jesús:

–¿Qué te decían los doctores en la ley, querido? ¿Y qué les decías tú a ellos? Cuéntanos lo que pasó.

No sabremos lo que Jesús les contó, pero con seguridad tenía algo que decir acerca de los rabinos y de todas las preguntas que le hicieron y que él les había hecho. ¿No te gustaría haberlo escuchado? A mí sí.

Sin duda, mientras continuaban su viaje, María y José le explicaron cómo lo habían echado de menos aquella primera noche fuera de Jerusalén, y cómo lo habían buscado por todas partes, hasta que por fin llegaron al templo.

Estoy seguro de que ellos estaban muy tristes por haber perdido de vista a su precioso hijo por tanto tiempo. No habían querido hacerlo; solo que habían estado muy ocupados con otras cosas y otras personas. ¡Cuán cuidadosos debemos ser para que nada ni nadie quite a Jesús de nuestros pensamientos! Es fácil

perderlo, y difícil encontrarlo de vuelta.

Pocos días más tarde arribaron a Nazaret, cansados, pero felices de estar en casa de vuelta, sanos y salvos.

Todo lo que la Biblia dice acerca de los siguientes 18 años de la vida de Jesús se halla en este único texto: "Bajó con sus padres a Nazaret y vivió sujeto a ellos... Jesús siguió creciendo en sabiduría y estatura, y cada vez más gozaba del favor de Dios y de toda la gente".

¡Dieciocho años en 32 palabras! ¡Y sin embargo cuánto significado tienen!

"Vivió sujeto a ellos". Esto significa que él era obediente y cortés con sus padres, aun en los días de su adolescencia, cuando algunos muchachos y niñas causan tantos problemas.

Hacía lo que se le pedía que hiciera alegre y bondadosamente, sin rezongar ni quejarse. Su voz se elevaba muy a menudo en cánticos. Hallaba su más grande gozo haciendo a sus padres felices, cuidando de sus necesidades y prestando atención a sus menores deseos.

¡Qué maravilloso ejemplo nos dejó! Si tú quieres ser semejante a Jesús debes ser bondadoso, amable y obediente a tus padres, ayudándolos en todo lo posible.

A medida que pasaban los años, "siguió creciendo en sabiduría". Esto significa que no dejó de estudiar a los 15 ó 16 años, pensando que sabía suficiente. Continuó aprendiendo más y más: acerca de la Biblia, de la naturaleza y de la gente.

No había escuelas secundarias ni universidades en aquel tiempo, como las que hoy existen y a las que la mayor parte de los jóvenes pueden asistir, si lo desean. Ni había tampoco ninguna biblioteca pública en su ciudad, en la que pudiera pedir libros prestados sobre algún tema, como probablemente tú puedes hacer. Y sin embargo, al leer todo lo que él podía encontrar en la sinagoga, explorando los secretos de la naturaleza, mezclándose con toda clase de personas, y sobre todo conversando con Dios en oración, llegó a ser más sabio que ninguno que viviera sobre la tierra antes o después de él.

También "siguió creciendo en... estatura". Esto significa que no era un debilucho. Prestaba atención a su salud. Comía bien y hacía mucho ejercicio. Al tener conciencia de que sería el Mesías, entendía que necesitaría mucha fuerza para soportar la tensión de su tarea. Por eso, nunca se permitió caer en malos hábitos de ninguna clase.

Sin duda que otros muchachos de Nazaret hicieron muchas cosas necias que debilitaban su cuerpo y echaban a perder su carácter, tal como el tabaco, el alcohol y las drogas echan a perder a los jóvenes de hoy. Pero Jesús no quería tener nada que ver con ellos. Su vida estaba dedicada a un gran propósito, así como la

tuya y la mía deben estarlo.

Gracias a todo esto, también "cada vez más gozaba del favor de Dios y de toda la gente".

Todo el cielo estaba observando a este joven noble. Desde el momento en que los ángeles habían cantado, en ocasión de su nacimiento, lo habían cuidado por doquiera que fuera. Así como se habían regocijado por el niño más dulce que alguna vez naciera, así ahora se gloriaban en este joven, el más extraordinario que alguna vez anduviera en este mundo.

Y no solo el cielo estaba complacido con él. En varios kilómetros a la redonda de Nazaret era respetado por hombres, mujeres y niños por igual. Lo amaban porque era tan bondadoso, tan suave y amigable. Lo amaban porque era tan limpio, puro y veraz.

En el taller del carpintero ponía lo mejor que tenía en todo trabajo que José le daba para hacer. ¡Qué lástima que no se hubiera conservado ninguna cosa que él hiciera para que la viéramos! Una cuna de niño, tal vez, una camita de muñeca, una silla de brazos, o una cómoda con cajones. Si existiera tal cosa, hecha por las propias manos de Jesús, valdría una fortuna; pero sería a la vez el más hermoso ejemplo de obra perfecta para un muchacho o una niña de nuestros días. ¡Cómo estarían en perfecta escuadra los cortes de sierra! ¡Cuán exactas las juntas! ¡Cuán suave la superficie! ¡Cuán invisibles las uniones!

A veces, tal vez cuando tenía 18, 19 o 20 años de edad, Jesús se

ILUSTRACIÓN DE MANNING DE V. LEE

preguntaba por qué debía quedarse en el taller de carpintería por tanto tiempo. Siendo que el mundo esperaba el mensaje que él tenía que darle, ¿por qué perder tiempo inclinándose sobre un banco de carpintero, diseñando sobre la madera, y afilando sierras y formones? Y sin embargo, no fue tiempo perdido, porque al hacer trabajos perfectos, se estaba preparando para tareas mucho mayores que lo aguardaban.

En su corazón estaba seguro de que había venido del cielo a la tierra para revelar el amor de Dios a los hombres. Y esto significaba mostrar el amor en toda su hermosura: en el hogar, en el taller, en la sinagoga, a lo largo de las calles de la ciudad, por doquiera. Significaba también establecer un ejemplo de perfección en todo lo que hiciera o dijera. No podía permitirse hacer un solo error, ni que saliera de sus manos un solo trabajo pobremente realizado o indigno, o que saliera de sus labios una sola palabra áspera.

¡Qué ejemplo nos dejó! Hoy, más de 2.000 años después, él quiere que sigamos en sus pasos, que luchemos para vivir como él vivió. Si lo hacemos, nosotros también creceremos en "sabiduría y estatura", y cada vez más gozaremos "del favor de Dios y de toda la gente".

TERCERA PARTE

Historias del

Ministerio de Jesús

(Mateo 3:1 a 4:22; Marcos 1:1-20;
Lucas 3:1 a 4:13; Juan 1:1 a 4:42)

Noticias apasionantes

(Lucas 3:1, 2)

LA vida debe haber sido mucho más tranquila para los jóvenes de la Nazaret de hace tantos años. No tenían periódicos, radio, TV ni Internet que les dijeran lo que estaba ocurriendo en el mundo que los rodeaba. Excepto por unos pocos rollos que había en la sinagoga, tenían poco o nada que leer.

Los sueldos eran bajos; y semana tras semana trabajaban en los campos o en las tiendas con el fin de ganar lo suficiente como para comprar alimento y pagar sus tributos. Más allá de una ceremonia de casamiento o de un servicio fúnebre que había ocasionalmente, no ocurría nada especial. Algunos creen que José debe haber muerto más o menos en este tiempo, porque no se lo menciona otra vez en la historia de la vida de Jesús.

Cuando Jesús cumplió los 21 años de edad, todavía seguía siendo un carpintero, trabajando en su banco día tras día, haciendo muebles o tal vez reparando ruedas de carruajes para los viajeros que pasaban. Así, 22, 23, 24, lentamente iban pasando los años en forma pacífica, libre de preocupaciones.

La primavera, el verano, el otoño y el invierno venían y se iban

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Al despedirse de su madre y de su apacible hogar en Nazaret, Jesús inició los tres años y medio de activo ministerio durante los que enseñó, sanó y predicó a miles de personas.

una y otra vez. La cosecha seguía a la siembra. Nacían bebés y morían personas ancianas. Pero aún nada importante perturbaba la tranquilidad de Nazaret.

Sábado tras sábado, Jesús y su madre recorrían las calles tranquilas rumbo a la sinagoga y escuchaban a algún rabino leer las Sagradas Escrituras. Debe haberles parecido que la vida en esta vieja población iba a continuar de la misma forma indefinidamente.

Pero un día, un hombre llegó con una historia extraña, que se esparció con rapidez de un extremo al otro de la ciudad. Entró también en el taller de carpintería y se la contó a Jesús. En el río Jordán, dijo él, en un lugar llamado Betania, un hombre extraño había comenzado a predicar. Centenares de personas, que venían desde lugares tan lejanos como Jerusalén, salían a escucharlo. Tan poderoso era el mensaje, que el país entero estaba siendo conmovido por él.

–¿Cómo se llama? –sin duda preguntó Jesús.

–Se llama a sí mismo Juan, y él dice que está preparando el camino para la venida de algún gran personaje que ha de llegar a ser el juez y el gobernante de Israel.

–¿Le dice él a la gente que se rebele contra los romanos?

–¡Oh, no! Muchos soldados romanos lo escuchan también. Él solamente le dice a todo el mundo que se arrepienta y que deje de hacer lo malo, de manera que estén listos para encontrarse con el Mesías [que significa "ungido"] cuando él venga entre ellos.

–¿Y entonces?

–Bien, también los bautiza; es decir, los sumerge en el agua para mostrar que sus pecados han sido lavados.

–¿Bautiza a mucha gente?

–¡Oh, sí! A centenares y centenares. Es un espectáculo maravilloso. Debiera ir a verlo.

Estas eran seguramente grandes noticias. Y debe haber sido un momento solemne cuando Jesús le contó a su madre acerca de esto.

Puedo oír decirle:

–Madre, mi primo Juan ha comenzado a predicar. Debo ir a él. El tiempo ha llegado.

María entendió. Ella temía que algo por el estilo ocurriría algún día. Ahora, su mente voló hasta 30 años antes, cuando Isabel le dijo lo que el ángel Gabriel había explicado acerca de su bebé Juan. "Porque él será un gran hombre delante del Señor –le había dicho–... Hará que muchos israelitas se vuelvan al Señor su Dios. Él irá primero, delante del Señor, con el espíritu y el poder de Elías, para reconciliar a los padres con los hijos y guiar a los desobedientes a la sabiduría de los justos. De este modo preparará un

pueblo bien dispuesto para recibir al Señor".

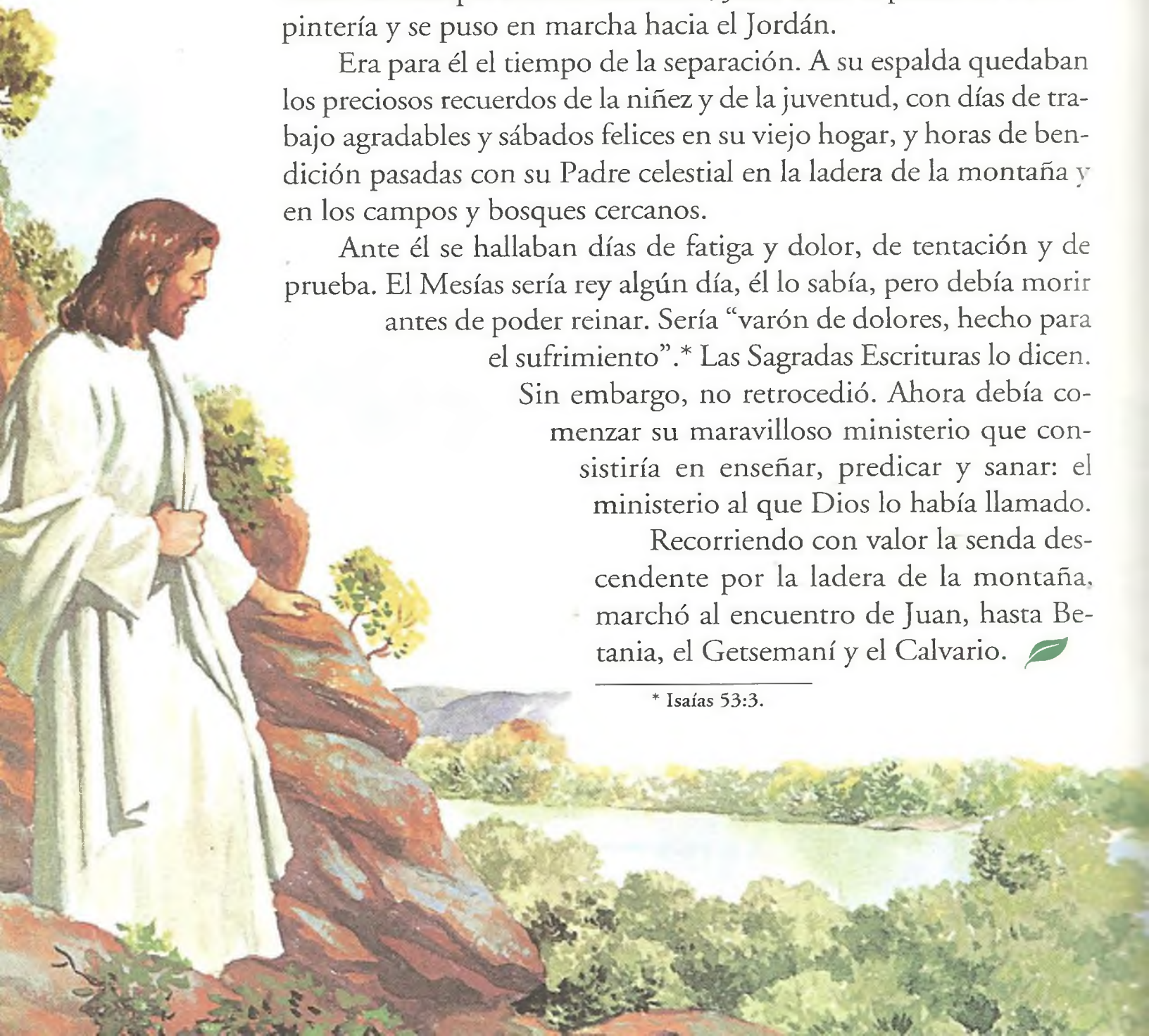
Sin duda, había llegado el tiempo en que las palabras de Gabriel debían cumplirse. Y si su propio y precioso Jesús era en verdad "el Hijo del Altísimo", como Gabriel dijo que sería, él debía ser Aquel acerca de quien Juan estaba predicando.

Se despidieron tiernamente, sabiendo ambos en su corazón que los días felices de Nazaret habían pasado para siempre. Luego, limpiando su banco por última vez y guardando con cuidado las herramientas que nunca más usaría, Jesús cerró la puerta de su carpintería y se puso en marcha hacia el Jordán.

Era para él el tiempo de la separación. A su espalda quedaban los preciosos recuerdos de la niñez y de la juventud, con días de trabajo agradables y sábados felices en su viejo hogar, y horas de bendición pasadas con su Padre celestial en la ladera de la montaña y en los campos y bosques cercanos.

Ante él se hallaban días de fatiga y dolor, de tentación y de prueba. El Mesías sería rey algún día, él lo sabía, pero debía morir antes de poder reinar. Sería "varón de dolores, hecho para el sufrimiento".* Las Sagradas Escrituras lo dicen. Sin embargo, no retrocedió. Ahora debía comenzar su maravilloso ministerio que consistiría en enseñar, predicar y sanar: el ministerio al que Dios lo había llamado.

Recorriendo con valor la senda descendente por la ladera de la montaña, marchó al encuentro de Juan, hasta Betania, el Getsemaní y el Calvario.



* Isaías 53:3.

La luz resplandeciente

(Mateo 3:1-10; Lucas 3:3-15)

JESÚS no tuvo problemas con encontrar a Juan el Bautista. Todos los caminos que iban al Jordán eran transitados por miles de personas que se dirigían hacia allí para escucharlo. Cuando Jesús se acercó y se mezcló con la multitud, vio a su primo de pie sobre una roca o una pequeña loma al margen del río.

Juan tenía un porte notable. No estaba ataviado con los majestuosos vestidos de los ricos y los sabios, sino que su indumentaria era de pelo de camello, y estaba sostenida por un cinturón de cuero. Mientras predicaba, sus ojos parecían irradiar fuego, en tanto que su voz poderosa repercutía a través del valle, para implorar a la gente que se convirtiera de sus pecados y volviera a Dios mientras todavía había tiempo.

¡Qué predicador! ¡Encumbrados y humildes, ricos y pobres, estaban pendientes de sus palabras! No era extraño que Gabriel dijera que sería como Elías. Ciertamente lo era. Así como Elías había desafiado a los profetas de Baal sobre el Carmelo, Juan reprendió valientemente a los más ricos y los más poderosos hombres de Israel por sus pecados. Sin temor expuso la maldad de Herodes, así como Elías reprendió al rey Acab. Como Jesús dijo de él más tarde, parecía

"una lámpara encendida y brillante".

Al ver a algunos de los fariseos y saduceos en su congregación, él los llamó "camada de víboras" y les preguntó:

–¿Quién les enseñó a huir de la ira venidera?

Y destacaba en su predicación la necesidad de tener frutos dignos de arrepentimiento.

Conociendo sus pensamientos, añadió:

–"No piensen que podrán alegar: 'Tenemos a Abraham por padre'. Porque les digo que aun de estas piedras Dios es capaz de darle hijos a Abraham".

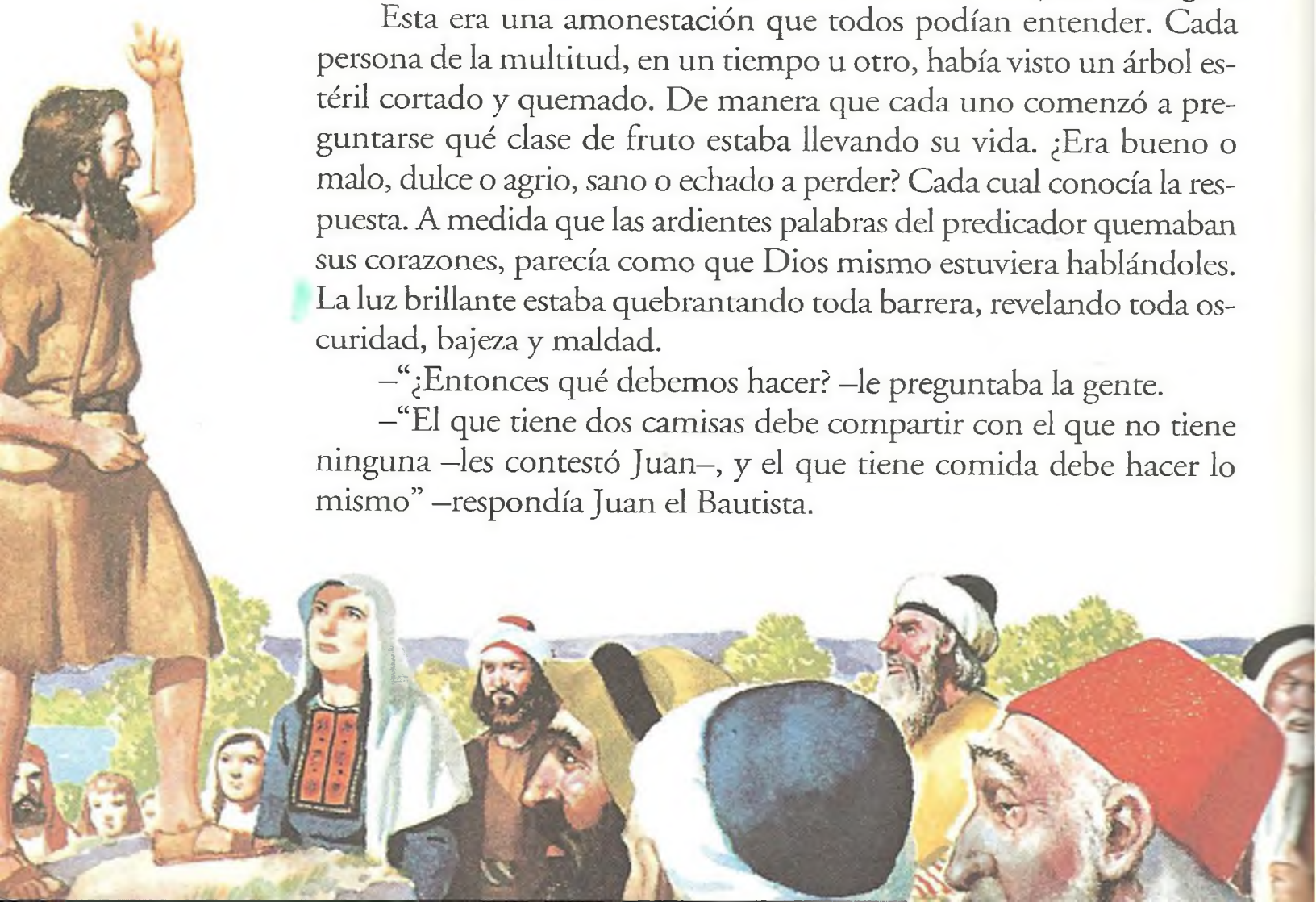
Ser hijos de Abraham no los ayudaría en el juicio, si no habían andado con Dios como lo hizo Abraham. De nada les serviría tener por padre al hombre más famoso que haya existido, si no se arrepentían de sus pecados.

–"El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no produzca buen fruto –les dijo– será cortado y arrojado al fuego".

Esta era una amonestación que todos podían entender. Cada persona de la multitud, en un tiempo u otro, había visto un árbol estéril cortado y quemado. De manera que cada uno comenzó a preguntarse qué clase de fruto estaba llevando su vida. ¿Era bueno o malo, dulce o agrio, sano o echado a perder? Cada cual conocía la respuesta. A medida que las ardientes palabras del predicador quemaban sus corazones, parecía como que Dios mismo estuviera hablándoles. La luz brillante estaba quebrantando toda barrera, revelando toda oscuridad, bajeza y maldad.

–"¿Entonces qué debemos hacer? –le preguntaba la gente.

–"El que tiene dos camisas debe compartir con el que no tiene ninguna –les contestó Juan–, y el que tiene comida debe hacer lo mismo" –respondía Juan el Bautista.



Había entre la multitud cobradores de tributos, y ellos también preguntaban con ansiedad:

–"Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros?"

Conociendo su codicia y sus abusos, Juan contestó:

–"No cobren más de lo debido".

En otras palabras: No roben al pueblo cobrando más impuestos de los que corresponden.

Hasta algunos de los soldados romanos, que habían venido por curiosidad, eran impresionados por la predicación de Juan.

–"Y nosotros, ¿qué debemos hacer?" –preguntaban.

–"No extorsionen a nadie ni hagan denuncias falsas; más bien confórmense con lo que les pagan" –era la respuesta de Juan.

Nunca había tenido alguien el valor de hablar con tanta sencillez al rico y al poderoso como este hombre notable. Y lo extraordinario es que la gente aceptaba sus palabras y volvía para escuchar más. Centenares de personas comenzaron a confesar sus pecados y, formando una larga fila, descendían al río para pedir al profeta que los bautizara. Fariseos, saduceos, cobradores de impuestos y soldados se mezclaban con la gente común, mientras Juan los sumergía uno por uno en las aguas del Jordán. ¡Nada semejante se había visto en Israel antes! ¡Seguramente que estaba amaneciendo un nuevo día!

–¡Gracias a Dios! –se decía mutuamente la gente después de una reunión, y se sentaban para compartir su almuerzo como Juan les había pedido–. ¡Al fin ha venido otro profeta!

–¡Debe ser Elías, resucitado de los muertos! –decía alguien.

Otros susurraban:

–Podría ser el Mesías. Él es precisamente el hombre que puede liberarnos de los romanos.

Y Jesús, mientras escuchaba con admiración, esperaba.

Una voz del cielo

(Mateo 3:13-17; Juan 1:19-28)

ESA palabra que comenzó en susurro, se esparció como fuego.
–¡El Mesías!

Saltaba de un grupo a otro, hasta que todo el mundo, en aquella gran multitud, comenzó a mirar a Juan con gran esperanza en su corazón. Tal vez este poderoso predicador, que podía conmover los corazones de tal manera que aun los fariseos y los saduceos solicitaran humildemente el bautismo, podría ser Aquel a quien todo Israel había estado esperando por tanto tiempo.

Entonces, alguien se lo dijo a Juan, pero él se conmocionó.

–¡No, no! –proclamó con energía–. "Yo no soy el Cristo". Soy solamente su mensajero, enviado para preparar el camino delante de él.

–"¿Quién eres entonces? –le preguntaron–. ¿Acaso eres Elías?"

–No, no soy Elías –dijo Juan.

–Entonces, ¿quién eres?

–"Yo soy la voz del que grita en el desierto: 'Enderecen el camino del Señor'".

–"Pues si no eres el Cristo, ni Elías ni el profeta, ¿por qué bautizas?"

Juan contestó que él bautizaba con agua para arrepentimiento:

–"Pero entre ustedes hay alguien –dijo– que viene después de mí, al cual yo no soy digno ni siquiera de desatarle la correa de las sandalias".

–¿Qué quiere decir él? –la gente debe haberse preguntado.

–¿Está el Mesías entre nosotros?

Entonces, comenzaron a mirar a su alrededor, pero no podían ver a nadie que pareciera ser el Mesías a quien esperaban. Seguramente que Juan debía estar equivocado. No había nadie ahí cuyos zapatos Juan no era digno de desatar. Todo eso era muy extraño. Deseaban que Juan no fuera tan misterioso a veces.

Mientras todo el mundo hablaba y se preguntaba lo que Juan quería decir, un joven galileo, de unos 30 años, comenzó a avanzar hacia la ribera del río. Nadie le prestó atención especial. Era solamente uno de la multitud que iba para ser bautizado.

Repentinamente Juan levantó la vista. Al captar la visión de Jesús se notó en su rostro una extraña mirada. Entre todos los centenares de personas que habían venido para ser bautizados, no había observado a nadie semejante a él. La pureza, la bondad, la nobleza se revelaban en sus ojos claros y en su mirada bondadosa. Había algo extrañamente semejante a Dios en su apariencia. ¡Seguramente este debe ser el Mesías!

Cuando Jesús pidió ser bautizado, Juan se negó a hacerlo.

–Oh, no –dijo–. "Yo soy el que necesita ser bautizado por ti".

Pero Jesús insistió.

–"Dejémoslo así por ahora, pues nos conviene cumplir con lo que es justo –le contestó Jesús".

No tenía pecados que lavar, pero anhelaba establecer un ejemplo perfecto para que todos lo siguieran. Si él no hubiera sido bautizado, otros habrían tenido una excusa para decir que no necesitaban ser bautizados tampoco; y Jesús sabía que no sería bueno para ellos.

Por fin, Juan aceptó. Suavemente introdujo a Jesús en el Jordán hasta que el agua lo cubrió del todo. Entonces, en la misma forma cuidadosa, lo levantó de nuevo, colocándolo sobre sus pies.

En ese preciso momento, algo maravilloso ocurrió. La Biblia dice que, al subir Jesús del agua, "se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo decía: 'Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él'".

¡Cuán extraordinario y maravilloso era aquello! ¡En medio de

toda la multitud que lo apretujaba, el Padre celestial había reconocido a Jesús y lo había llamado "mi Hijo"!

Gracias a lo que su madre le había dicho, y sobre la base de todo su estudio de las Escrituras, había creído que él debía ser el Hijo de Dios, enviado para ser el Salvador del mundo; ahora tenía doble certeza, una certeza que estaba más allá de toda duda.

Todos los cielos habían estado esperando este momento: pues fue ahora cuando este precioso bebé de Belén, el noble joven de Nazaret, llegó a ser el "príncipe elegido", y el "Cristo",[1] ungido por el Espíritu de Dios. Y ocurrió en el momento exacto predicho por el ángel Gabriel a Daniel hacía muchos años.

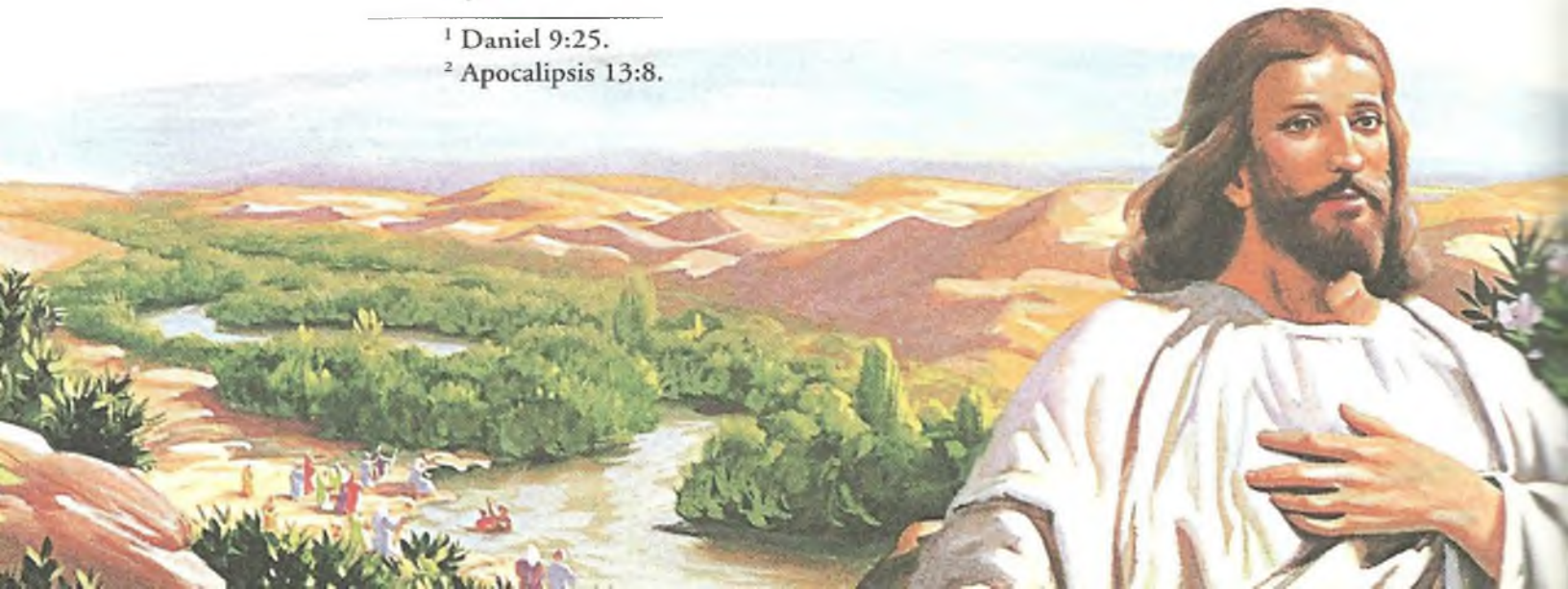
Ahora, después de 30 años de preparación, de estudio, trabajo y adoración, Jesús estaba listo para comenzar con su ministerio de amor, ese ministerio que se había planeado para él "desde la creación del mundo".[2]

¡Qué hermoso era que ese mismo día su Padre le dijera: "Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él". El solo hecho de saber que su Padre lo amaba y estaba muy complacido con él debe haber significado para Jesús mucho más de lo que podemos imaginar.

A ti te gusta que tu padre esté contento contigo, ¿no es cierto?

Claro que sí. Jesús también estaba sumamente feliz con las palabras de elogio que le dirigió su Padre. Nuevo valor llenó su corazón. Ahora podría avanzar y enfrentar todo lo que le esperaba en el futuro.

[1] Daniel 9:25.
[2] Apocalipsis 13:8.



El Cordero de Dios

(Juan 1:29)

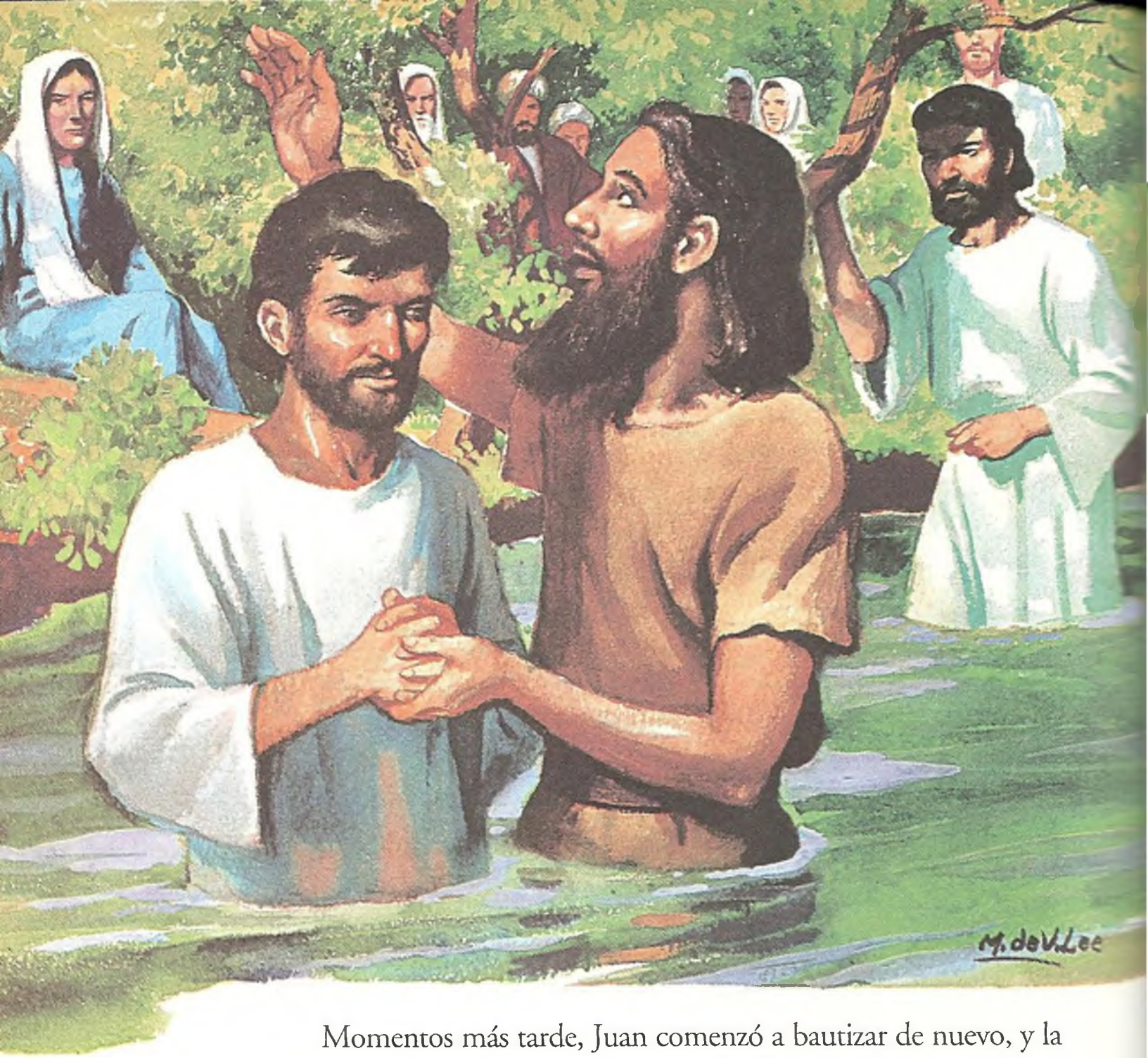
AL contemplar la gloriosa luz que brilló sobre la cabeza de Jesús, y al escuchar la voz que provenía del cielo, Juan tuvo la certeza de que acababa de bautizar al Mesías. Ahora, señalando a Jesús dijo:

–"¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!"

La gente que lo rodeaba debe haberse preguntado qué quería decir. ¿Cómo podía un hombre ser "un cordero"? ¿Cómo podía este joven galileo, este carpintero de Nazaret, quitar el pecado del mundo?

Hasta el mismo Juan puede no haber entendido completamente las palabras que fue inducido a pronunciar. Pero Jesús sí. Su mente retrocedió hasta la primera vez en que vio un cordero ofrecido como sacrificio en el templo. Recordó también cómo fueron sacrificados corderos en todos los hogares de Israel precisamente antes de la gran liberación de Egipto.

Era como si se hallara frente a un mosaico, y observara cómo las piezas iban cuadrando y coincidiendo unas con otras. Veía más y más claramente que él también iba a ser ofrecido como sacrificio a fin de quitar los pecados del mundo para siempre.



Momentos más tarde, Juan comenzó a bautizar de nuevo, y la larga línea de hombres y mujeres, muchachos y niñas, se movía lentamente mientras los introducía uno por uno en el agua. Pocas personas, si es que hubo alguna, pensaron de nuevo en lo que el Bautista había dicho de Jesús, pero por causa de lo que ocurrió más tarde en el Calvario, aquellas extrañas pero maravillosas palabras de Juan han perdurado a través de los siglos.

Hoy en día, se las considera entre las palabras más hermosas que

jamás fueron habladas. Cada vez que miramos una figura de Jesús, o lo vemos colgando de la cruz, no podemos sino escuchar a Juan diciendo de nuevo: "¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!"

Jesús era sin duda el precioso "Cordero de Dios", su "Hijo unigénito". Solo un amor muy grande –un amor que trasciende todo conocimiento– podía haberle inducido al Señor a dar este Cordero para que muriera por nosotros. Pero esto es precisamente lo que hizo.

Recordarás que, cuando Abraham e Isaac ascendían por el monte Moria, el muchacho le dijo a su padre:

–"Aquí tenemos el fuego y la leña... pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?"

–"El cordero, hijo mío, lo proveerá Dios –le respondió Abraham".*

Un poco más tarde, "en un matorral, vio un carnero enredado por los cuernos" y la vida del muchacho fue salvada.

De nuevo, ahora Dios ha provisto un Cordero, su propio Hijo querido, a fin de que la vida de muchos muchachos y niñas pudiera ser salvada. Este querido Cordero no había de morir todavía, porque no había llegado el tiempo. Pero algún día –poco después– pagaría el precio del pecado por todos nosotros.

El pecado, que es otro nombre que recibe la desobediencia a Dios, trae la muerte. Dios les hizo claro esto a Adán y Eva antes que comieran del fruto prohibido en el Jardín del Edén. Pero no prestaron atención a lo que les dijo, y tuvieron que pagar la penalidad.

No había ninguna salida de emergencia, ningún camino de regreso al Edén y a la vida que habían perdido, a menos que alguien soportara la penalidad que les correspondía a ellos. Y esto es lo que Jesús

vino a hacer. No solamente en favor de Adán y Eva, sino en favor de ti y de mí, y de todos los demás.

Al venir a este mundo como el Cordero de Dios, y morir en nuestro lugar, él hizo posible que viviéramos para siempre, así como hubieran podido hacerlo Adán y Eva si nunca habrían cometido nada malo.

Pero esta no es la única manera en la que Jesús quita el pecado del mundo. Los muchachos y las niñas que aman en verdad a Cristo y creen que es el Hijo de Dios, pronto se dan cuenta de que no quieren seguir haciendo nada malo. De alguna manera, el amor de Jesús llena sus corazones, de tal suerte que llegan a querer ser tan buenos, veraces y honrados como él.

Así Jesús, el Cordero de Dios, no solo tomó sobre sí la penalidad del pecado, sino que también quebrantó su poder.

¡Qué plan maravilloso! ¡Y cuán hermosamente sencillo es! ¡En una palabra, consistió en amarnos y, por medio de su amor, arrebatarnos del pecado! Jesús pensó que si solamente nos daba a todos nosotros su amor, algún día comenzaríamos a amarlo. Entonces, querríamos ser buenos, solo para agradarle. Llegará por fin el tiempo, en una tierra maravillosa y renovada, en que todo el mundo lo amará y querrá ser semejante a él. Entonces, en ninguna parte, en todo el ancho mundo, se podrá encontrar un solo pecado. Esta era la esperanza de Cristo y su sueño; y tú y yo podemos ayudar a que se cumpla pidiéndole a él que quite el pecado de nuestro corazón hoy.

*Génesis 22:7, 8.

La batalla en el desierto

(Mateo 4:1, 2; Lucas 4:1, 2)

DESPUÉS de su bautismo, Jesús no comenzó de inmediato a sanar y enseñar. En su lugar, desapareció y nadie sabía adónde había ido. Juan siguió predicando, pero Jesús se fue por su lado, recorriendo kilómetro tras kilómetro rumbo a una región desierta y desolada que bordea el valle del Jordán.

La Biblia dice: "Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto".

Quería estar solo, lejos de las multitudes ruidosas. Quería poder pensar en todo lo que había ocurrido en ocasión de su bautismo. El recuerdo del suceso era tan sagrado, que él no podía compartir sus pensamientos con ninguna persona.

¡Su Padre le había hablado! Lo había llamado "mi Hijo amado". ¡Había dicho que estaba contento con él! ¡Qué momento glorioso había sido aquel!

Sí, todavía podía sentir la emoción que dominó su alma cuando el Espíritu de Dios vino sobre él. Ahora, mientras caminaba, estaba lleno del Espíritu Santo. Cada pensamiento

suyo era santo. Y tenía un solo propósito: hacer la voluntad de su Padre con todo su corazón, con toda su mente y su alma.

Al llegar a cierto lugar con sombra, tal vez bajo alguna roca sobresaliente, descansó y, elevando sus ojos al cielo, habló con su Padre.

¡Qué oración hermosa debe haber sido aquella! ¡Qué lástima que nadie estuviera allí para escribirla, de manera que supiéramos lo que él dijo!

Sin duda que dio gracias a Dios por el cuidado divino manifestado para con él desde su nacimiento en Belén hasta ahora; por los días felices y pacíficos de Nazaret, y especialmente por el amor de su madre.

Luego, al pensar en lo que significaba ser el Hijo de Dios, el Mesías de Israel, el Salvador del mundo, ¡cómo debe haber orado para pedir sabiduría y fortaleza y valor a fin de realizar lo que su Padre celestial esperaba de él!

Oró con todo fervor para que la paz y el amor del cielo llenaran su alma y fluyeran hacia los demás en hechos de bondad y misericordia.

–Ayúdame, querido Padre –bien puede haberle dicho al Señor–, a permitir que todo el mundo vea que Dios es amor.

Seguía orando hora tras hora, y apenas notaba el paso del tiempo. El sol se ponía y se levantaba sobre él mientras todavía seguía hablando con su Padre. Y se sucedían los días de dulce comunión con el cielo.

Los animales salvajes llegaban hasta el lugar donde estaba alojado, pero no trataron de dañarlo. Una liebre vino a olfatear, un león husmeó en torno a una inmensa roca, y un águila voló bajo por la quebrada y se posó en un risco cercano, pero era solamente para mirar y admirar. Parecían sorprendidos de encontrar allí a su buen Creador.

Jesús no había llevado nada de alimento, porque se proponía meditar acerca de la tarea que le esperaba. Por eso no comió nada el primer día. Y se hallaba tan profundamente concentrado en sus meditaciones, que pasó 40 días y 40 noches antes que sintiera hambre.

Entonces, cayó en la cuenta de que ya no estaba más solo en el desierto. Alguien lo había seguido. Alguien perverso. Alguien que lo odiaba. La Biblia nos dice que, después de casi seis semanas de ayuno, cuando su cuerpo debía estar muy débil, Satanás comenzó a tentarlo. Entonces, ocurrió la gran batalla en el desierto entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas.

Ambos se habían encontrado en el cielo antes cuando a Satanás se lo conocía con el nombre de Lucifer, y Cristo lo había arrojado de allí por su maldad. Se habían encontrado en el Jardín del Edén después que Satanás había echado a perder

el hermoso plan que Dios tenía para este mundo, engañando trágicamente a Adán y a Eva. Ahora, se encontraban de nuevo en este lugar desierto y solitario, y Satanás estaba ansioso de destruir al Salvador antes que comenzara su ministerio.

Sin duda que Gabriel no se encontraba lejos, y legiones de ángeles buenos estaban listos para abalanzarse al lado de Jesús si Satanás trataba de herirlo en esta ocasión. Pero estaban a un lado y dejaron que el maligno hablara y e intentara engañar a Jesús.

¡Cuán ansiosamente deben haber observado esta batalla de mentes y corazones, esta lucha de ingenios y palabras! ¡Cómo querían ellos que Jesús ganara!

Ellos sabían muy bien cuán sutil podía ser Satanás. ¿No había engañado a millones de personas en los 4.000 años pasados? ¿Cómo podía entonces Jesús –tan joven, tan débil, tan hambriento– permanecer firme contra sus engaños? ¿Cuánto de la sabiduría de Dios había él atesorado en su corazón desde los días de su niñez? ¿Bastaba aquello para esta hora de terrible tentación?

Gracias a Dios que sí.

Tres tentaciones tremendas

(Mateo 4:3-11)

¿ALGUNA vez te has quedado sin comer todo un día? Si es así, ¿cuánta hambre sentías? No necesitas contarme. Puedo adivinarlo.

Ahora, imagina que no tienes nada para comer durante dos días, o aun tres días. ¿No sería eso tremendo? Y si tuvieras que quedarte una semana entera sin alimento, estoy seguro de que estarías dispuesto a comer las costras de pan más duras que se pudieran encontrar.

¡Piensa ahora cómo debió haberse sentido Jesús después de casi seis semanas sin comida! No sé cómo se las arregló para vivir todo ese tiempo sin desayuno, sin almuerzo ni cena. Pero lo hizo. Y fue en ese momento, cuando se encontraba más débil, que Satanás le asestó su primer golpe.

–"Si eres el Hijo de Dios –le propuso el diablo–, dile a esta piedra que se convierta en pan".

Aquello parecía inocente, como se presentan a menudo las tentaciones. Satanás habló como si estuviera tratando de ayudar. La tierra en la que estaban se hallaba cubierta de piedras, y si

Jesús era realmente el Hijo de Dios, le sería perfectamente posible convertir una o dos de ellas en pan. Nadie lo sabría, y él se sentiría mucho mejor.

Pero Jesús captó la intención de la astuta trampa diabólica. Vio el peligro en la palabrita "Si". Si él trataba de obrar algún milagro, significaba que tenía dudas en su mente con respecto a su relación con Dios. ¿Y cómo podía él dudar, cuando Dios abiertamente lo había proclamado como su propio Hijo? Jesús también vio que, si él usaba su poder para beneficiarse a sí mismo realizaría un acto de egoísmo, y no podía ni quería hacerlo.

Se dio cuenta, por otra parte, de que si lo hacía una vez, lo repetiría una y otra vez hasta que todo el propósito por el que había venido al mundo fuera anulado. La gente vendría a verlo, no para aprender acerca de Dios, sino para tener alimentos, vestidos y dinero sin costo alguno. Sería fácil para él reunir a grandes multitudes de esta manera, pero no era este el método de Dios.

Así fue como, aunque estaba terriblemente hambriento, rechazó la insinuación de Satanás y le dijo al diablo:

–"Escrito está: 'No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios'".

Entonces, Satanás lo llevó a Jerusalén, y allí estaban juntos sobre la parte más alta del templo. Mirando hacia abajo, Jesús vio que estaban a gran distancia del suelo. Un paso en falso, y caería sobre las rocas que había debajo. Satanás fácilmente podría haberlo empujado, pero no lo hizo. Tenía algo peor en mente.

Citando de nuevo las Escrituras, para hacer que su segunda tentación pareciera más inocente que la primera, le dijo:

–"Si eres el Hijo de Dios, ¡tírate de aquí! Pues escrito está: 'Ordenará que sus ángeles te cuiden. Te sostendrán en sus manos para que no tropieces con piedra alguna'".

¡Cuán adecuado parecía aquello! Jesús debía exigir que una promesa bíblica se cumpliera. ¿Por qué no?

Sin embargo no le gustaba que se usara otra vez la palabra "si", que expresaba duda. Él creía en la promesa, pero no exigiría su cumplimiento solo para hacer una demostración en beneficio de Satanás. El poder de Dios no debía usarse con tal propósito y para salvarlo de un riesgo innecesario. De manera que le dijo a Satanás, citando otro pasaje de las Escrituras:

–"No pongas a prueba al Señor tu Dios".

Con su mente clara, Jesús vio un peligro aún más mortífero en esta tentación. Así como en el primer caso, el principal propósito de esta tentación era arruinar la misión que lo había traído al mundo. Vio que si saltaba, y era salvado de la muerte milagrosamente, la gente correría a buscarlo como a un mago. Lo señalarían como "el hombre que saltó del templo". Él no quería publicidad barata. Había venido para salvar al pueblo por amor,

y no por acrobacias o actos propios de un circo. La sugerencia del diablo era opuesta a todo principio que él defendía. Y se negó escucharlo.

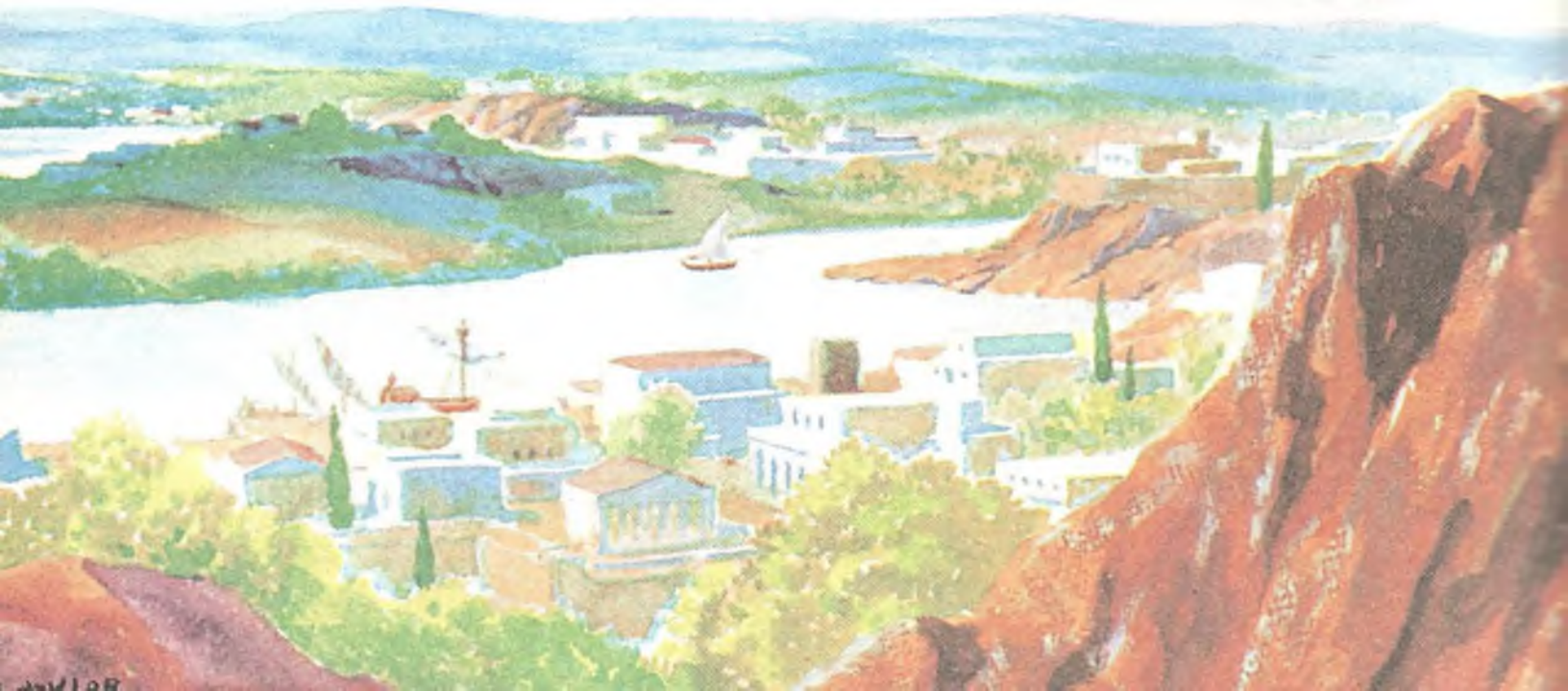
Derrotado otra vez, el demonio intentó una forma de abordarlo. Llevó a Jesús a la cumbre de una montaña. Aquí, mirando hacia el Norte, hacia el Sur, el Este y el Oeste, podían ver varias ciudades y aldeas. Satanás siguió hablando de las glorias de Menfis y Damasco; de Atenas, Corinto y Roma. Con seguridad, mostró a Jesús "todos los reinos del mundo y su esplendor", y le dijo:

–"Todo esto te daré si te postras y me adoras".

El diablo conocía perfectamente bien el plan de Jesús de establecer un reino, y sabía que él esperaba hacerlo a costa de muchas dificultades, por medio de sacrificio y sufrimiento, persuasión y amor. Así que le sugirió obtener el reino con un método más fácil.

–Tú puedes tener tu reino ahora –le dijo–, y no te costará nada. Lo único que tienes que hacer es arrodillarte y adorarme, y todo esto será tuyo.

En verdad era la manera más fácil, pero Jesús no estaba interesado en establecer un reino semejante a los del mundo, lleno de vicio y maldad. Su plan era completamente distinto. Él buscaba un reino en el que todos fueran buenos, amables y abnega-



dos. Y al doblegarse ante Satanás para conseguir una gloria barata, Jesús no alcanzaría ninguno de estos objetivos.

–"¡Vete, Satanás! –le dijo Jesús severamente–. Porque escrito está: 'Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él'".

¡Qué bendición terminó siendo su conocimiento de las Escrituras! Las palabras precisas le acudían a la mente en el momento exacto en que las necesitaba. De la misma forma nos ayuda el estudio de la Biblia a hacer frente a las tentaciones del diablo hoy en día.

Cuando Satanás vio que de ninguna manera podía llegar a

donde quería, y que Jesús no podía ser desviado un milímetro de su lealtad a Dios, se fue. Así también se apartará de nosotros cuando vea que estamos determinados a ser leales a Dios.

Luego, la Biblia dice que "unos ángeles acudieron a servirle". Ansiosamente habían observado todo momento de su terrible lucha. ¿Podía Jesús prevalecer contra los engaños del maligno?, se habían preguntado. ¿Ganaría él esta batalla mortal contra el príncipe de las tinieblas?

Ahora que ya no dudaban más acerca de la victoria de Jesús, estrecharon filas en torno a él con gran alegría y, de una manera que desconocemos, le trajeron alimento y consuelo. No sabemos cuánto tiempo permaneció allí, pero cuando empezó a recobrar las fuerzas, se puso en marcha de regreso hacia el Jordán.

Ahora había una nueva luz en sus ojos, una nueva confianza en sus pasos, y en su porte. Había vencido en la lucha contra su mayor enemigo. Había comprobado que puede vencerse en las peores tentaciones. Probado y triunfante, regresó al Jordán, y luego a las ciudades y aldeas de Israel, para comenzar la gran obra que había venido a realizar en el mundo.

Los primeros discípulos

(Mateo 4:17-22; Marcos 1:14-20; Lucas 4:14; Juan 1:29-49)

SI bien nadie puede afirmarlo con certeza, me gusta pensar que Jesús volvió cantando del desierto. Es probable que todavía haya estado pálido por sus semanas de ayuno, pero la Biblia dice que "Jesús regresó a Galilea en el poder del Espíritu".

Acababa de obtener una gran victoria sobre Satanás. Sus ángeles habían hablado con él y le habían traído alimento. Cuarenta días y noches solo con Dios habían hecho que el cielo fuera más cercano y muy real para él, y habían llenado su corazón de valentía para el futuro.

Ahora, mientras recorría la senda de la montaña, bien podía haber cantado en voz alta aquel viejo salmo familiar que su madre le había enseñado hacía años: "Den gracias al Señor, porque él es bueno; su gran amor perdura para siempre".*

Tenía trabajo que realizar, y quería consagrarse a él. Había llegado la hora en que su mensaje debía darse al mundo, y no había tiempo que perder. Ahora, como nunca antes, debía estar ocupado en los negocios de su Padre.

¿Quién fue el primero en verlo y escuchar su voz al descender finalmente a la planicie del Jordán? Nadie lo sabe. Puede haber sido un

pastor que cuidaba sus ovejas, o la esposa de un agricultor que ordeñaba una vaca. Puede haber sido un grupo de muchachos y niñas que jugaban en el campo. Mirando hacia arriba, pueden haberse preguntado quién podía ser este amigable Forastero que les sonreía, los saludaba agitando la mano y decía: "El reino de Dios está cerca".

Llegando hasta el río, puede haber encontrado a algún viajero cansado que le daba de beber a su asno. A él, como a toda otra persona con quien se encontraba, le dio las buenas nuevas acerca de su reino venidero.

–"Se ha cumplido el tiempo –decía–. El reino de Dios está cerca. ¡Arrepiéntanse y crean las buenas nuevas!"

–Esto es precisamente lo que Juan el Bautista dice –puede haber respondido el hombre.

–¿Lo has oído predicar?

–¡Oh, sí! Es un gran predicador. La gente todavía se agolpa para escucharlo.

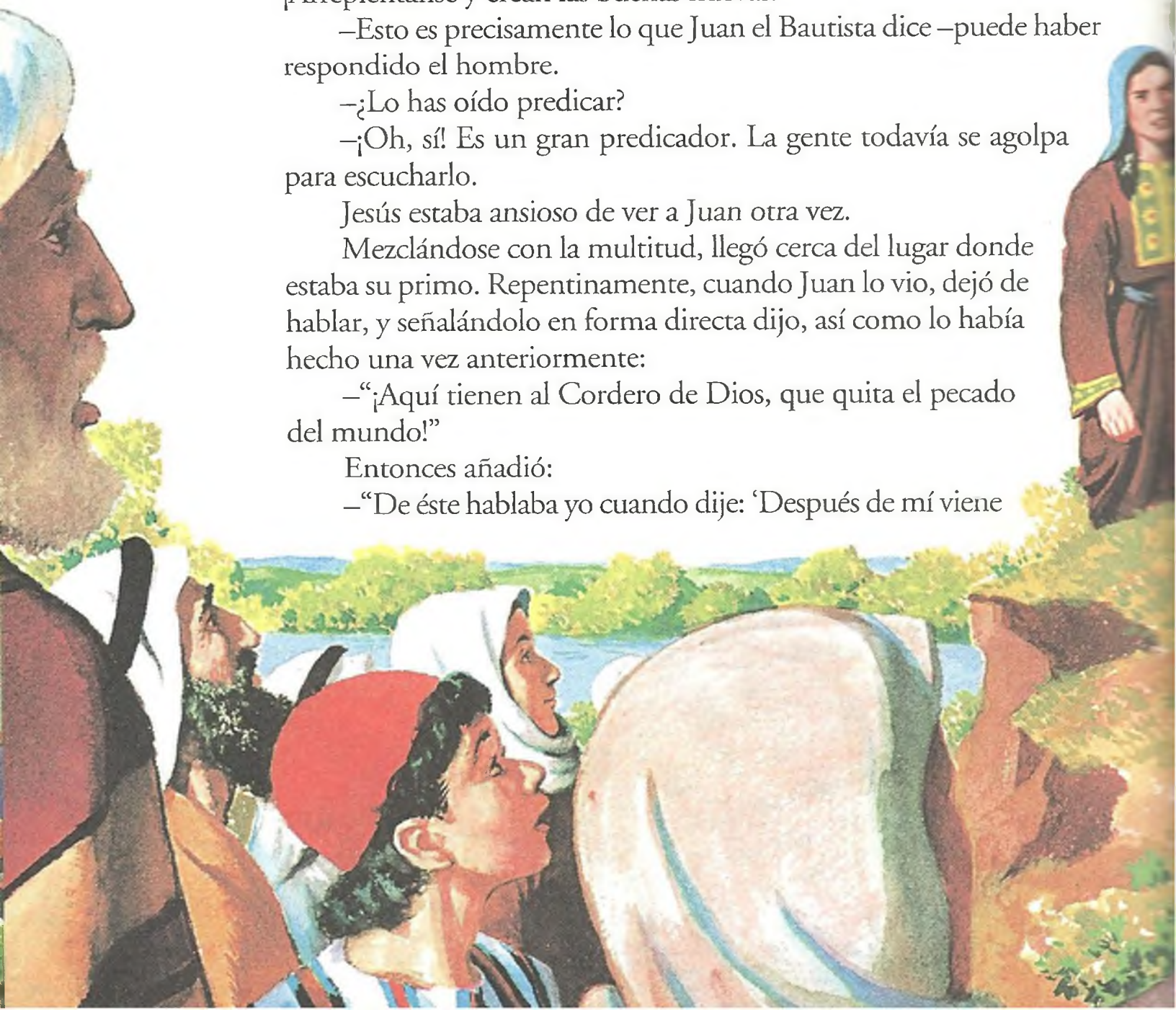
Jesús estaba ansioso de ver a Juan otra vez.

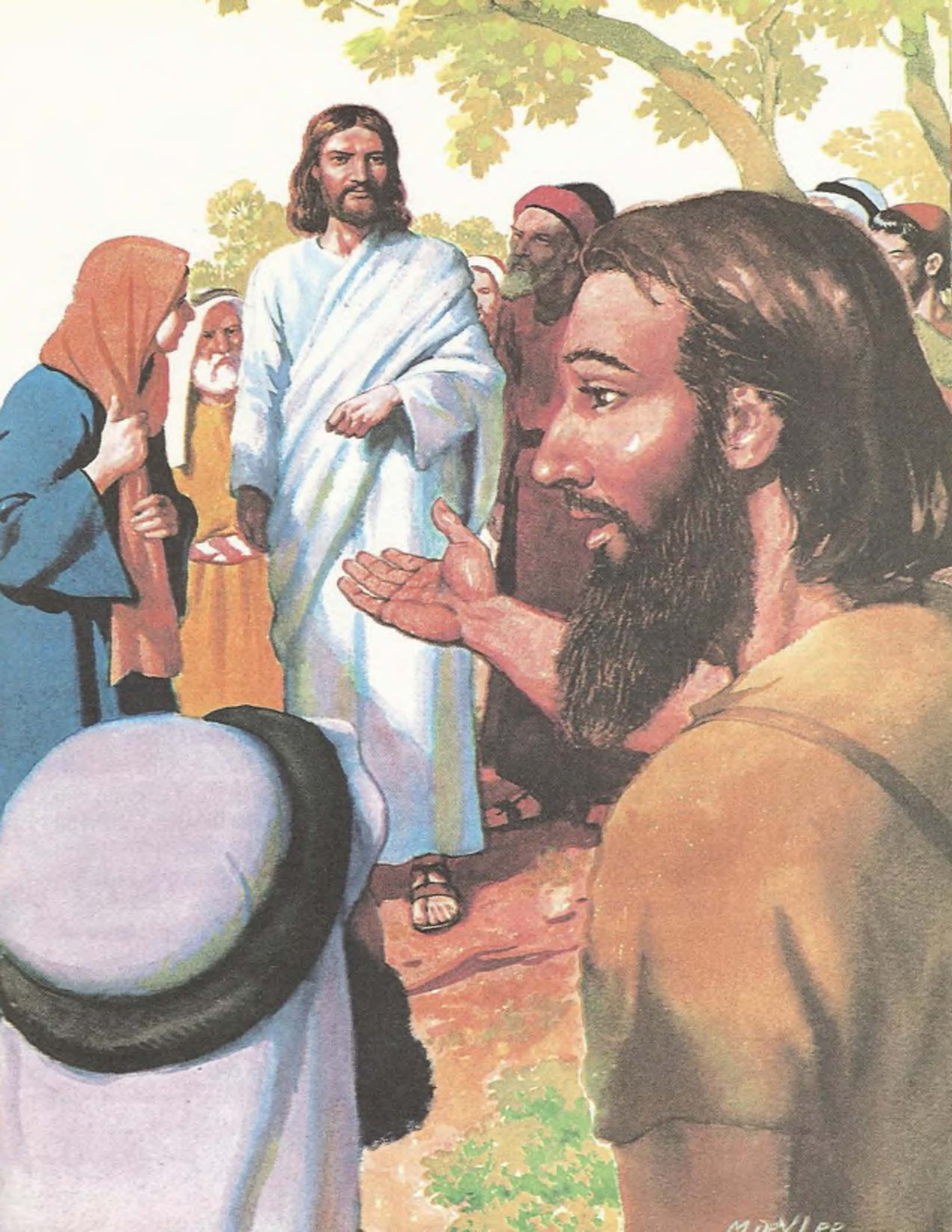
Mezclándose con la multitud, llegó cerca del lugar donde estaba su primo. Repentinamente, cuando Juan lo vio, dejó de hablar, y señalándolo en forma directa dijo, así como lo había hecho una vez anteriormente:

–"¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!"

Entonces añadió:

–"De éste hablaba yo cuando dije: 'Después de mí viene





un hombre que es superior a mí, porque existía antes que yo'. Vi al Espíritu descender del cielo como una paloma y permanecer sobre él. Yo mismo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: 'Aquel sobre quien veas que el Espíritu desciende y permanece, es el que bautiza con el Espíritu Santo'. Yo lo he visto y por eso testifico que éste es el Hijo de Dios".

De inmediato, la multitud se conmocionó. Durante semanas, Juan había estado diciendo que el Mesías estaba en camino, y que vendría muy pronto. Ahora, señalando a un hombre en la congregación, decía:

–Este es; ¡este es el Hijo de Dios!

La gente se adelantó para poder observar al hombre a quien Juan había señalado. Se empujaban unos a otros, se atropellaban y se pisaban los pies. Existía el peligro de un disturbio, y Jesús, como no deseaba causar problemas ni ser el centro de una escena turbulenta, se retiró en silencio. Cuando ya no pudo encontrarlo, el gentío comenzó a regresar de nuevo para escuchar a Juan.

Al día siguiente, Jesús vino a escuchar a Juan de nuevo. Al caminar entre la gente, el Bautista lo descubrió y de nuevo exclamó:

–"¡Aquí tienen al Cordero de Dios!"

Esta vez, dos hombres que habían escuchado estas extrañas palabras siguieron a Jesús de entre la multitud. Uno de ellos era Andrés, y el otro Juan, el Juan que años más tarde escribió el evangelio que lleva su nombre. Ambos eran pescadores de Betsaida, sobre el mar de Galilea.

Al darse cuenta de que era seguido, Jesús se volvió y habló a los dos hombres.

–"¿Qué buscan?" –preguntó.

–"Rabí, –le dijeron– ¿dónde te hospedas?"

–"Vengan a ver –les contestó Jesús", guiándolos hacia su humilde morada.

Dado que era cerca de la puesta del sol, Jesús los invitó a que se quedaran con él, y así lo hicieron. Aquella breve visita no solamente cambió su vida, sino también la vida de millones de otras personas. ¡En realidad fue la primera reunión de la iglesia cristiana!

No sabemos lo que Jesús les dijo a Andrés y a Juan durante aquellas pocas y preciosas horas que pasaron juntos. Sin duda, le preguntaron qué quería decir el Bautista al señalarlo como "el Cordero de Dios", y Jesús les explicó todo lo relativo a sí mismo y al reino que había venido a establecer.

Probablemente, no entendieron todo lo que él les dijo, pero había algo en su voz y en sus modales que los hizo sentir seguros de que todo aquello debía ser cierto. Los ojos de Cristo parecían atravesarlos a ellos, como si Jesús conociera toda su vida, todo lo que habían hecho o estaban por hacer. En una corta tarde, los ganó a ambos. Eran sus primeros discípulos.

A la mañana siguiente Andrés, con gran entusiasmo, se apresuró

a encontrar a su hermano Simón.

–"Hemos encontrado al Mesías... el Cristo" –le dijo–. Ven a encontrarte con él".

Simón, otro pescador, se preguntaba qué quería decir todo aquello. ¿Debía ir o no? Pero Andrés lo convenció y lo llevó a Jesús.

Jesús le dio la bienvenida con una sonrisa, y le dijo, para asombro del pescador:

–"Tú eres Simón... Serás llamado... Pedro".

Y así era. Todo el mundo lo llamó Pedro desde aquel mismo día.

Estaban ahora en Galilea, y los pequeños barcos pesqueros se movían sobre las aguas azules.

–"Sígueme" –dijo a uno, y a otros–: "Vengan, síganme y los haré pescadores de hombres".

Pronto, varios más se unieron al pequeño grupo. Jesús encontró a Felipe, y Felipe halló a Natanael, a quien le dijo:

–"Hemos encontrado a Jesús de Nazaret, el hijo de José,

aquel de quien escribió Moisés en la ley, y de quien escribieron los profetas".

–Oh, no –dijo Natanael–, no puedo creerlo. "¡De Nazaret!... ¿Acaso de allí puede salir algo bueno?"

–"Ven a ver –le contestó Felipe", y Natanael lo siguió.

Entonces, ocurrió algo extraño. Cuando Jesús vio a Natanael que venía hacia él, dijo:

–"Aquí tienen a un verdadero israelita, en quien no hay falsedad".

–"¿De dónde me conoces? –le preguntó Natanael" asombrado.

–"Antes de que Felipe te llamara, cuando aún estabas bajo la higuera, ya te había visto".

Natanael estaba sorprendido. ¿Cómo podía Jesús haberlo visto orando debajo de la higuera? Era imposible. Y sin embargo, tal vez...

–"Rabí, ¡tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel! –declaró Natanael".

---

* Salmo 106:1.

Jesús comienza a predicar

(Lucas 4:14, 15, 22, 32)

JESÚS partió con su pequeño grupo de discípulos, y fue de aldea en aldea por Galilea, relatando una y otra vez las buenas noticias de su reino.

A cualquier lugar donde iba, encontraba que Juan en verdad había preparado el camino para él. Casi todos estaban interesados en lo que él tenía que decir. Querían conocerlo. Les gustaba la manera sencilla, amable y llena de confianza en la que hablaba acerca de las cosas de Dios, y se sentían emocionados por el conocimiento que tenía de las Sagradas Escrituras. Siempre que citaba pasajes de los libros de los profetas, parecían revivir con nuevo significado.

Al comienzo, fue invitado a hablar en las sinagogas, y la gente se agolpaba para escucharlo. Nunca habían escuchado una predicación tan maravillosa. La Biblia dice que estaban "impresionados por las hermosas palabras que salían de su boca".

Claro que a algunas personas no les gustaba. Dijeron que era solamente otro rabino que trataba de levantar a los judíos contra los romanos. Pero nadie podía escucharlo por mucho tiempo sin darse cuenta de que esto no era cierto, porque la suya era una misión de paz.

Jesús explicaba con tanta sencillez como podía que su reino era completamente diferente de cualquier otro reino del que se haya hablado. Era un reino de amor, y todos podían pertenecer a él, en cualquier momento que quisieran. No se necesitaba guerra ni lucha para establecer este reino, y el precio para ser aceptado consistía solo en tener un deseo y realizar una oración: un deseo de ser mejor, y una oración de arrepentimiento.

En cuanto a los romanos, no había necesidad de preocuparse por ellos. Era solo cuestión de amarlos, dijo Jesús, y todo estaría bien. Si ellos le pedían a uno que les llevara la carga por un kilómetro, debía llevarla por dos kilómetros. Si le quitaban a uno la capa, debía ofrecerles también la camisa. El más duro de los tiranos pronto se ablandaría si se lo trataba de esta manera. Algún día, dijo Jesús, todos los reinos del mundo pasarían y el reino de amor de Dios llenaría la tierra. El paraíso sería restaurado. Aquellos que hubieran permitido que el amor de Dios inundara su corazón hallarían acceso al Jardín del Edén, perdido por tanto tiempo. En aquel día no habría odio ni luchas. Todos se amarían mutuamente. La

bondad, la amabilidad y la simpatía habrían eliminado todo lo que fuera odioso y feo.

Esa enseñanza era tan nueva y hermosa, que el pueblo sencillamente la bebía. Las pequeñas sinagogas, que habían estado semivacías durante años, de repente se vieron colmadas hasta el exceso con oyentes ansiosos.

Pronto se esparció por todos lados la noticia de que otro gran predicador se había levantado, más grandioso aún que Juan. Grupos de personas lo rodeaban en las calles, haciéndole preguntas y maravillándose por la sabiduría de sus respuestas.

Estaban admirados de que supiera tanto, a pesar de que nunca había ido al colegio, ni aun a las escuelas de los rabinos. Pero lo mejor de todo era que a la gente le gustaba que Jesús manifestara un interés personal en todos. No importaba quién le hablara –una mujer, un hombre o un niño– tenía siempre la misma sonrisa bondadosa y la palabra llena de gracia para todos. Sabía exactamente qué decir para hacer sentir mejor a cada persona. Después de estar cerca de él por un corto tiempo, la gente volvía con una luz en su corazón.

No es extraño que la Biblia diga: "Estaban asombrados de su enseñanza, porque les hablaba con autoridad".

La sorpresa en la boda

(Juan 2:1-11)

PARA ese entonces, Jesús había estado lejos de su hogar durante muchas semanas. Ahora, al acercarse otra vez a Nazaret, estoy seguro de que lo hizo con el deseo de visitar nuevamente su antiguo vecindario. Pero en lugar de a Nazaret, se dirigió hacia Caná, a menos de 10 kilómetros al este de Nazaret, donde él y sus discípulos habían sido invitados a una boda.

Jesús y su grupito de seguidores ascendieron el camino empinado y sinuoso desde el lago hasta la aldea. La gente, vestida con su mejor vestimenta, entraba en una de las casas. Los carros tirados por bueyes eran estacionados afuera y los asnos eran atados a estacas aquí y allá.

–Parece que todos estuvieran listos –puedo oír decir a Pedro–. ¡Cuántos invitados! Me pregunto si hay algún conocido.

Fue entonces cuando Jesús alcanzó a ver a María, porque ella asistía a la boda.

–¡Madre! –exclamó, saludándola con gozo.

Cuán felices debían estar de encontrarse de nuevo, aunque

María notara de inmediato cuánto había cambiado. Parecía mayor y más delgado. Sin embargo, seguía siendo su propio y querido hijo.

–Quiero presentarte a mis amigos –estoy seguro que Jesús le dijo, señalando a Andrés, Pedro, Juan, Felipe y Natanael.

–¡Bienvenidos! ¡Pasen! –dijo María.

De esta manera, Jesús y sus amigos se sentaron entre los otros huéspedes.

Quizá eran desconocidos para algunos.

–Este es el hijo de María –susurró uno, señalando en la dirección de Jesús–. He oído decir que ha llegado a ser todo un predicador.

–Tal vez él hable en nuestra sinagoga un día. Deberíamos conseguir que el rabino se lo pida.

–¿Es cierto que Juan el Bautista dijo que él era el Mesías?

–Yo oí decir esto; pero nunca pensé que el Mesías tendría esta apariencia. ¿No es cierto acaso que el Mesías viene como rey?

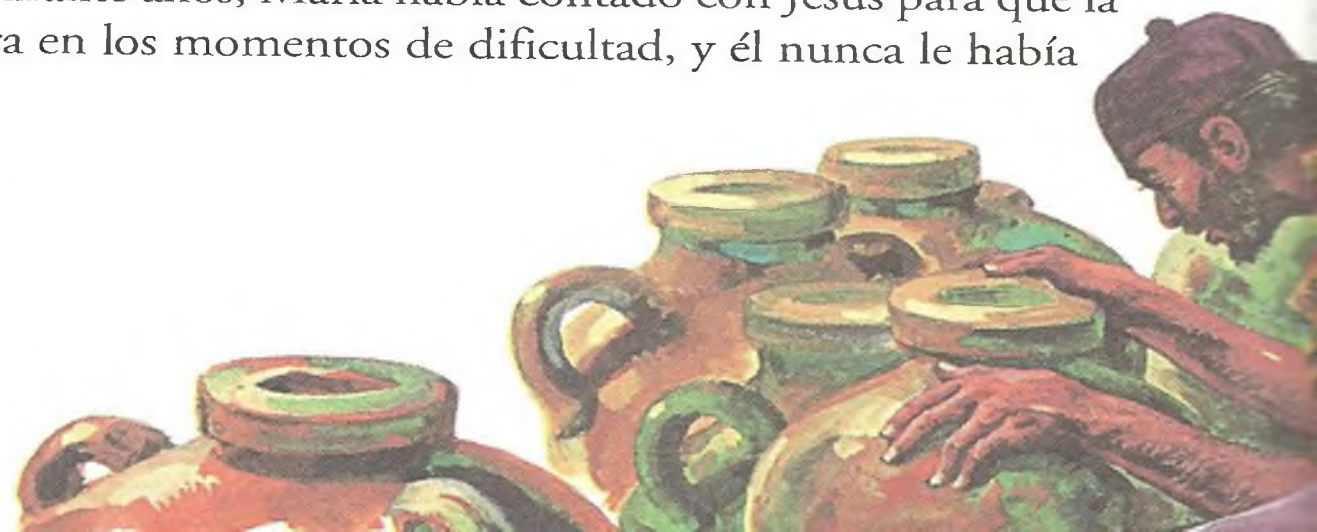
De esta forma, los huéspedes pueden haber estado hablando mientras comían en la fiesta. Mientras tanto Jesús, siempre amigable, conversaba con los que lo rodeaban, haciendo que se dieran cuenta de que estaba contento de compartir su felicidad.

Al poco tiempo, María vino hacia donde estaba Jesús y le dijo:

–"Ya no tienen vino".

Parecía preocupada, ¡y no era para menos! Esto era algo serio: tanto como si tu madre encontrara que la bebida preparada casi se había terminado a mitad de la fiesta el día de tu cumpleaños.

Durante años, María había contado con Jesús para que la ayudara en los momentos de dificultad, y él nunca le había



fallado. Ahora, como puede hacerlo una madre, ella acudió nuevamente a él. Y tan segura se hallaba de que él sabría qué hacer, que les dijo a los sirvientes:

–"Hagan lo que él les ordene".

Señalando seis grandes jarras que estaban cerca de la puerta, Jesús dijo:

–"Llenen de agua las tinajas".

Los siervos miraron las tinajas y volvieron a mirar a Jesús.

–¿Qué querrá decir? –se preguntaban–. ¿No entiende que es vino lo que se necesita y no agua?

Pero María les había dicho que obedecieran, así que lo hicieron.

Después que ellos fueron al pozo y llenaron los seis cántaros

grandes hasta el borde, Jesús les indico que sacaran un poco del líquido y se lo llevaran al maestro de ceremonias, que estaba a cargo de la fiesta. Debe haber parecido muy extraño que él dijera esto.

Los siervos deben haberse preguntado si debían hacerlo o no. ¿Qué diría el maestro de ceremonias si iban a él con una jarra de agua? Pero de nuevo obedecieron, y algo milagroso ocurrió. Mientras volcaban líquido en una de las tinajas de agua, notaron que esta había cambiado de color.

–¡Mira! –exclamaron–. ¡No es agua! ¡Es vino!

La probaron para cerciorarse de que era así, y sus ojos se abrieron grandes. ¡Qué vino era este!

Admirados y felices, lo llevaron al hombre que estaba a cargo de la fiesta y echaron un poco en su vaso. Él probó, y su rostro se iluminó. Nunca había probado un vino como este.

Llamando al esposo, le preguntó por qué había conservado el vino bueno hasta el final, pero el esposo, sorprendido, se preguntaba qué quería decir aquel hombre. Él no había reservado vino. Él pensaba que todo el vino se había terminado. ¿De dónde había venido ese vino? ¿Quién lo había traído? Esta clase de vino no podría encontrarse en ninguna parte de Galilea.

Pronto todos los huéspedes sostenían sus vasos para que les sirvieran un poco de este vino delicioso, y hacían las mismas preguntas acerca de él. Pero nadie podía contestarlas. Es decir, hasta que los siervos comenzaron a hablar.

Entonces los huéspedes se agolparon en torno a las seis tinajas de piedra y comenzaron a hacer preguntas.

–¿Están ustedes seguros que llenaron estas jarras con agua?

–Sí, del pozo.

–¿Y no pusieron ninguna otra cosa en ellas?

–Nada.

–Y cuando volcaron el agua en el vaso, ¿se convirtió en vino?

–Eso fue lo que ocurrió.

–¡Un milagro! –exclamaron todos–. ¡Un milagro!

Y así fue. La Biblia dice: "Ésta, la primera de sus señales, la hizo Jesús en Caná de Galilea. Así reveló su gloria, y sus discípulos creyeron en él".

Y no obstante, no era un milagro para Jesús. No era más difícil para él convertir el agua en vino en una jarra que hacerlo en la viña. Estaba solo comenzando a revelar su poder.

La purificación del templo

(Juan 2:12-23)

INMEDIATAMENTE después de la boda en Caná, "Jesús bajó a Capernaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos". Esto significaba un viaje de unos 27 kilómetros, descendiendo por el camino de la montaña hacia el lago. Pero Jesús no se detuvo allí por mucho tiempo. Después de solo unos pocos días, se puso en marcha hacia Jerusalén.

Era otra vez tiempo de la Pascua –la primera vez desde que su Padre celestial lo había declarado abiertamente el Hijo de Dios–, y sentía que debía pasarla en la ciudad santa. Este era un año especial para asistir, dado que debía hacerles saber a las grandes multitudes que el Mesías estaba ya entre ellos.

No sabemos cuántos de sus discípulos lo acompañaron en este viaje. Por lo menos unos pocos fueron con él, y debieron haber sido preciosas las horas que pasaron junto con su Maestro. Jesús puede haberles explicado el verdadero significado del servicio de la Pascua, y por qué razón tantos corderos tuvieron que ser sacrificados aquella lejana noche en Egipto, antes que Israel escapara a la tierra prometida. Y puede haberles explicado cómo

el Cordero de Dios debía ser sacrificado algún día para que Israel pudiera ser liberado del poder del pecado. Y entonces, todos los que rociaban la sangre del Cordero de Dios sobre el marco de la puerta de su corazón serían salvados en su reino.

En aquella larga caminata hacia Jerusalén se mezclaron con centenares de otros peregrinos que iban al mismo lugar. Muchos estaban cansados y preocupados, pero de alguna manera todos se sentían mejor cuando Jesús pasaba a su lado. Él siempre parecía saber exactamente qué palabras decirles para alegrarlos.

Las noticias del milagro de Caná de Galilea se habían difundido ya ampliamente, y con cierta frecuencia alguno señalaba a Jesús como el hombre que había transformado el agua en vino. Pero pronto la gente estaba hablando acerca de otros milagros que él había realizado, pues cada vez que tocaba a los enfermos, estos sanaban.

Cuando Jesús y su pequeña partida llegaron a Jerusalén, muchas más personas habían llegado a quererlo por sus palabras bondadosas y sus hechos amables. La Biblia dice que "mientras estaba en Jerusalén, durante la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre al ver las señales que hacía".

Pero al acercarse al templo, su rostro, que normalmente tenía

un aspecto amable mientras se relacionaba con los pobladores, se puso serio. Sus agudos oídos habían captado el ruido del mercado en la parte externa del atrio. Se podía escuchar con claridad el mugido de los vacunos, el balido de los corderos, los gritos de los agitados mercaderes, y las discusiones acaloradas en las mesas de los cambiadores de moneda. ¡Qué griterío era ese!

A los 12 años, Jesús había escuchado este mismo ruido y había deseado poder hacer algo para sacar a estas personas mundanas de aquel lugar santo, pero era demasiado temprano entonces. Ahora había llegado el momento en que debía dar testimonio de la verdad y de la santidad de Dios. ¿No había venido él al mundo con este propósito? ¿Y qué mejor tiempo que ahora para empezar?

Juntando unas pocas cuerdas que encontró en los alrededores, Jesús las entrelazó en forma de látigo. Entonces, levantán-

dolo en su mano derecha, avanzó con el poder del Espíritu sobre los mercaderes y los cambiadores de moneda.

–"¡Saquen esto de aquí! –les dijo–. ¿Cómo se atreven a convertir la casa de mi Padre en un mercado?"

Al principio, nadie pareció tomarlo en cuenta. Había demasiados gritos y confusión. De manera que Jesús avanzó hacia uno de los cambistas y trastornó su mesa, esparciendo las monedas por todo aquel lugar.

Furioso, el hombre se levantó sobre sus pies, listo para atacar a la persona que había osado hacer tal cosa. Pero al mirar a Jesús y ver la gloria de Dios en su rostro, huyó aterrorizado de su presencia. Ahora, otra mesa fue volcada, y otra, y otra, mientras Jesús, de manera muy intrépida, expulsó a todos los que estaban delante de él. El ganado, espantado, también comenzó a correr.

–¡Salgan! ¡Salgan! –gritó–. ¡Saquen fuera estas cosas! "Escrito está –les dijo–: 'Mi casa será casa de oración'; pero ustedes la han convertido en 'cueva de ladrones'".

¡Qué escena era aquella! Ninguno de aquellos endurecidos comerciantes tuvo el valor de desafiarlo. Con sus ovejas y sus vacunos, corrían espantados hacia los portales del templo, para salir de la presencia del hombre que tenía los ojos centellantes.

Por fin todos se habían ido y Jesús quedó solo con sus seguidores: millares de monedas estaban esparcidas por todo aquel lugar sin que nadie las levantara.

Fue un comienzo extraño y alarmante del ministerio de Jesús en la capital de Israel, pero no podía haber elegido una

manera mejor de hacer que todo el país supiera que el Mesías había llegado.

Pocos minutos después de que la última mesa había sido volteada y la última moneda había dejado de rodar por el pavimento, todo Jerusalén comentaba lo que había ocurrido en el templo. ¡Cuán feliz estaba el pueblo! Toda la vida habían esperado que algún día alguien tuviera el valor de hacer precisamente aquello. Ahora alguien lo había hecho, y aquellos mercaderes viles y mentirosos habían huido delante de él. ¡Era demasiado bueno para ser cierto!

Por supuesto, todo el mundo comenzó a preguntar quién había realizado una acción tan atrevida y limpiado el templo de esa multitud de ladrones. Algunos decían que era un galileo, un carpintero de Nazaret; otros, afirmaban que era el hombre que había convertido el agua en vino; mientras que algunos decían que era la mismísima persona a quien Juan el Bautista había llamado el "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo".

Entonces, la esperanza comenzó a surgir a medida que se preguntaban: "¿Podrá ser este el Mesías, el Salvador de Israel?

Visita a medianoche

(Juan 3:1-17)

DESPUÉS que Jesús abandonó el atrio del templo aquella tarde inolvidable, los comerciantes y los cambistas seguramente regresaron, recogieron sus monedas y reiniciaron sus actividades.

Pero estaban furiosos, como te lo imaginarás. Su orgullo había sido herido. Todo el mundo estaba riéndose de ellos por escapar ante la presencia del amable carpintero de Nazaret. Se prometieron arreglar cuentas con él algún día.

Los sacerdotes también estaban alarmados. No les gustaba la manera en que había actuado este reformador campesino, haciendo lo que ellos debían haber hecho hacía largo tiempo.

Pero había entre los dirigentes de Jerusalén algunos que creían que Jesús debía estar en lo cierto. Lo habían escuchado mientras hablaba al pueblo, y les había gustado lo que había dicho. Uno de ellos, llamado Nicodemo, decidió tener una conversación privada con Jesús para investigar más acerca de él.

Pero ¿dónde estaba Jesús? Nadie parecía saberlo. Entonces, alguien le dijo que, con frecuencia, iba al Monte de los Olivos

por las noches para descansar y orar. Nicodemo decidió seguirlo a ese lugar.

Esperando la caída de la noche, de manera que ninguno de sus amigos lo vieran dirigirse a aquel sitio, este famoso líder se puso la capa y salió. No sabemos cómo encontró a Jesús, pero lo halló. Y allí, a la luz de la luna, mirando hacia abajo a la ciudad dormida, ambos hablaron acerca del reino de Dios.

–"Rabí –le dijo–, sabemos que eres un maestro que ha venido de parte de Dios, porque nadie podría hacer las señales que tú haces si Dios no estuviera con él".

A Jesús le agradó escuchar estas palabras bondadosas de un hombre tan importante como él. ¡Cuánto deseaba ayudarlo a comprender la verdad acerca de su reino de amor!

–"De veras te aseguro que quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios –dijo Jesús".

Nicodemo miró intrigado.

–"¿Cómo puede uno nacer de nuevo siendo ya viejo? –preguntó Nicodemo".

Jesús debió haber sonreído ante estas palabras, pues desde

luego él no estaba hablando acerca del nacimiento de un bebé, sino de lo que ocurre en el corazón cuando el Espíritu Santo viene a él. El cambio es tan completo, que es como si la persona naciera de nuevo.

Y Jesús trató de explicarse. Señalando los árboles que se movían lentamente mecidos por la brisa fresca de la noche dijo, usando otras palabras:

–"El viento sopla por donde quiere, y lo oyes silbar, aunque ignoras de dónde viene y a dónde va. Lo mismo pasa con todo el que nace del Espíritu".

Él quería que Nicodemo supiera que el Espíritu Santo viene a todo corazón que está abierto para recibirlo. Nadie puede entender exactamente cómo ocurre esto, pero todos pueden ver los resultados. Un muchacho o una niña a cuyo corazón ha venido el Espíritu Santo es bondadoso, veraz y gentil, ama el bien y odia el mal.

Todo esto era nuevo para Nicodemo. Si bien era conocido por su sabiduría, todavía no entendía esta verdad tan sencilla.

–"¿Cómo es posible que esto suceda?" –preguntó.

–"Tú eres maestro de Israel, ¿y no entiendes estas cosas? –respondió Jesús".

Jesús siguió explicándole más acerca de cómo el corazón y la vida pueden ser cambiados por el poder de Dios.

En primer lugar, le recordó a Nicodemo la ocasión en que Moisés puso una serpiente de bronce sobre un poste para que todo aquel que la mirara fuera curado de la mordedura venenosa de las serpientes. Entonces dijo:

–"Como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo

el que crea en él tenga vida eterna".

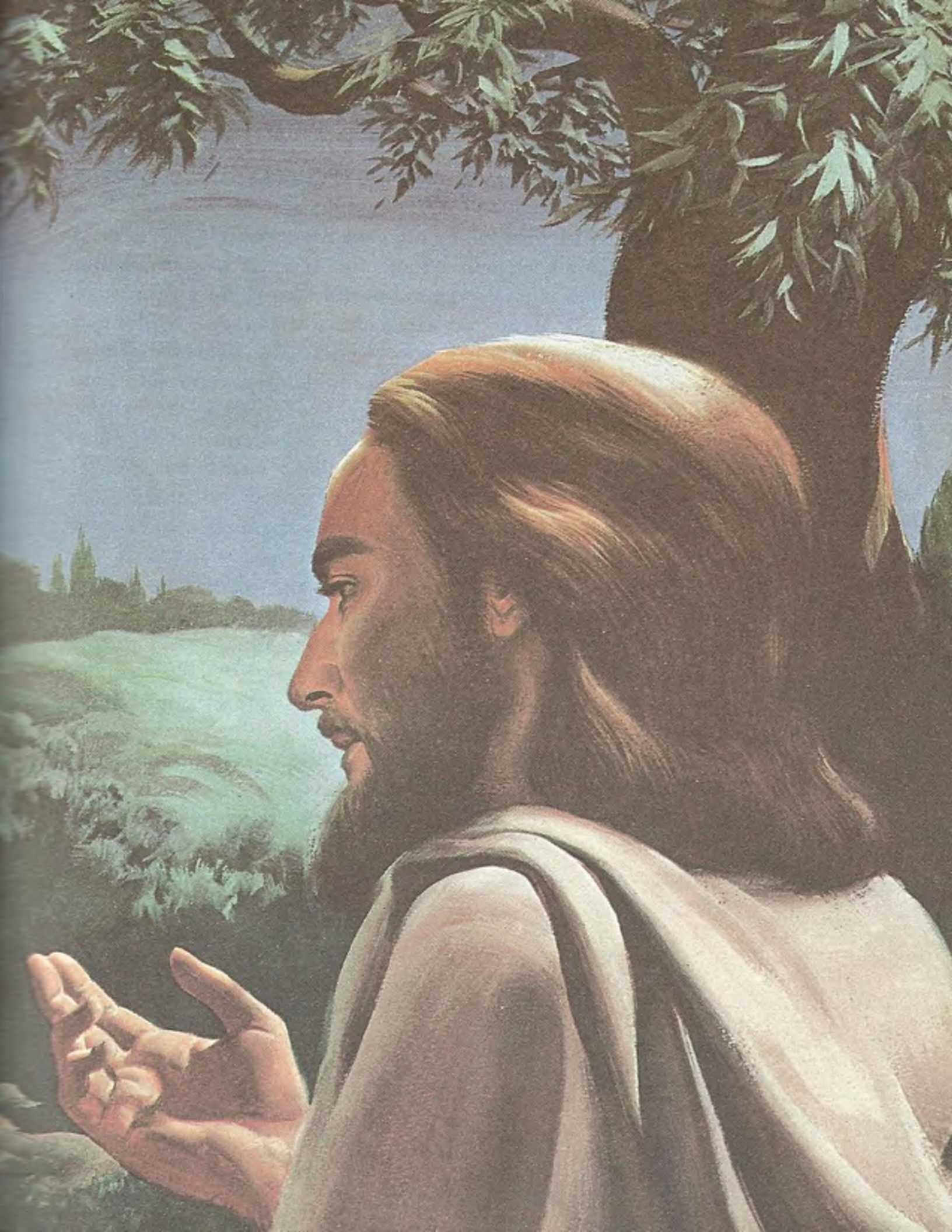
Solo una mirada dirigida al Hijo del hombre sanará a cualquier persona de la mordedura de la gran serpiente que es Satanás, y lo dejará a salvo de nuevo.

Nicodemo no contestó. Estaba demasiado sorprendido por estas palabras extrañamente conmovedoras. ¿Quién era este Hijo del hombre? –se preguntó–. ¿Podría ser el propio Carpintero?

Entonces, Jesús habló de nuevo, dándole a este famoso buscador de la verdad el mensaje más magnífico que alguna vez haya caído en oídos humanos:

–"Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN



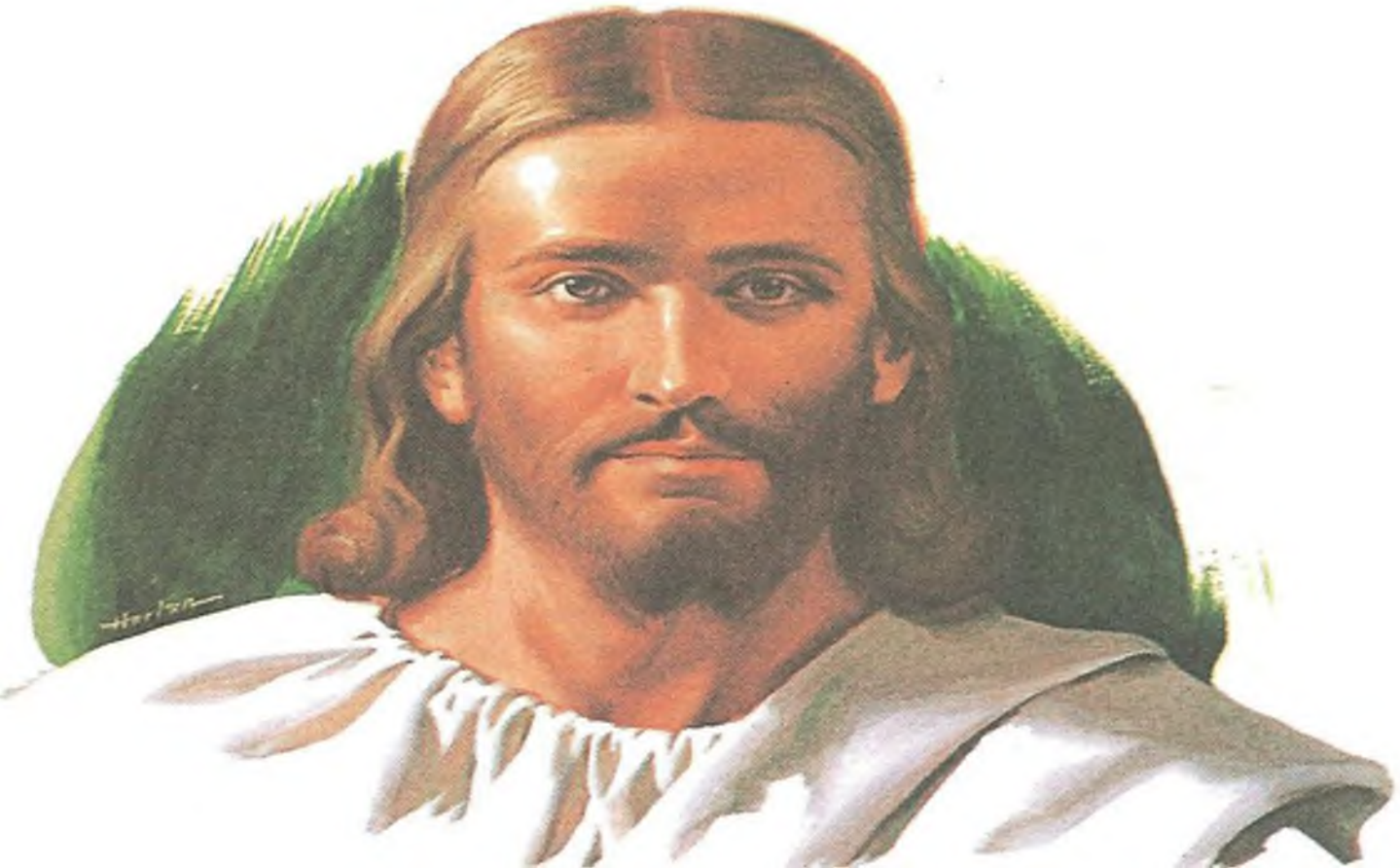
vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él".

Aunque dirigidas solamente a un hombre en la ladera de la montaña oscura y silenciosa hace mucho tiempo, estas palabras preciosas se han esparcido por el mundo como si hubieran sido transmitidas por alguna poderosa estación de radio. Millones y millones las han oído y han sido conmovidos hasta las lágrimas por ellas. Este mensaje ha cruzado los siglos conservando toda su belleza y su poder.

¿Y por qué? Porque constituyen el corazón mismo del evangelio: el mensaje de amor que Jesús vino a traer del cielo al mundo. En él se indica cómo cualquier persona, en cualquier lugar –sea niño, niña, hombre o mujer– puede entrar en el reino de Dios y vivir con toda felicidad para siempre.

¿Y cuál es el secreto? Sencillamente este: Cree que Jesús te ama. Eso es todo. Nada más. Nada que comprar. Nada que pagar. Nada que hacer, sino esto. ¡Cuán sencillo! ¡Cuán hermosa y maravillosamente sencillo!

¿Crees que Jesús te ama? ¿Lo crees en verdad? Entonces el reino es tuyo, ahora y siempre.



Una cosecha inesperada

(Juan 4:1-35)

DESPUÉS de la Pascua, Jesús permaneció por un tiempo en Judea, enseñando y sanando a la gente. Luego, con sus discípulos, se dirigió nuevamente al norte, hacia Galilea.

A mitad de camino, se detuvieron en una ciudad llamada Sicar que pertenecía a los samaritanos. Esta gente, como recordarás, descendía de los extranjeros a quienes el rey de Asiria había traído a Palestina cuando llevó a los israelitas al cautiverio. Como habían vivido allí por centenares de años, sentían que el país les pertenecía a ellos tantos como a los judíos. Pero estos los odiaban y no querían tener nada que ver con ellos.

Mientras sus discípulos fueron a Sicar para comprar alimentos, Jesús, cansado por el día de viaje, se sentó junto a un pozo de agua. Se llamaba el pozo de Jacob, porque la gente creía que Jacob lo había cavado cuando pasó por ese lugar.

En ese momento, una mujer samaritana que traía un cántaro se acercó. Después de apoyar la vasija en tierra, bajó un balde hasta el agua y lo elevó de nuevo. Mientras hacía esto, Jesús le habló.

–"Dame un poco de agua".

La mujer lo miró sorprendida.

–"¿Cómo se te ocurre pedirme agua, si tú eres judío y yo soy samaritana?"

Pero no había barreras nacionales en el corazón del Maestro. Él amaba a todos, sin importarle dónde habían nacido.

–"Si supieras lo que Dios puede dar, y conocieras al que te está pidiendo agua –contestó Jesús–, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua que da vida".

–"Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua, y el pozo es muy hondo; ¿de dónde, pues, vas a sacar esa agua que da vida? ¿Acaso eres tú superior a nuestro padre Jacob, que nos dejó este pozo?"

Jesús contestó, con palabras que vivirán para siempre:

–"Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed –respondió Jesús–, pero el que beba del agua que yo le daré, no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna".

La mujer captó el significado de estas hermosas palabras, especialmente de la palabra "todo". Advirtió que también la incluía a ella, una samaritana.

–"Señor, dame de esa agua –exclamó– para que no vuelva a tener sed ni siga viniendo aquí a sacarla".

Jesús sonrió ante su avidez, pero tenía una lección que enseñarle.

–"Ve a llamar a tu esposo, y vuelve acá –le dijo".

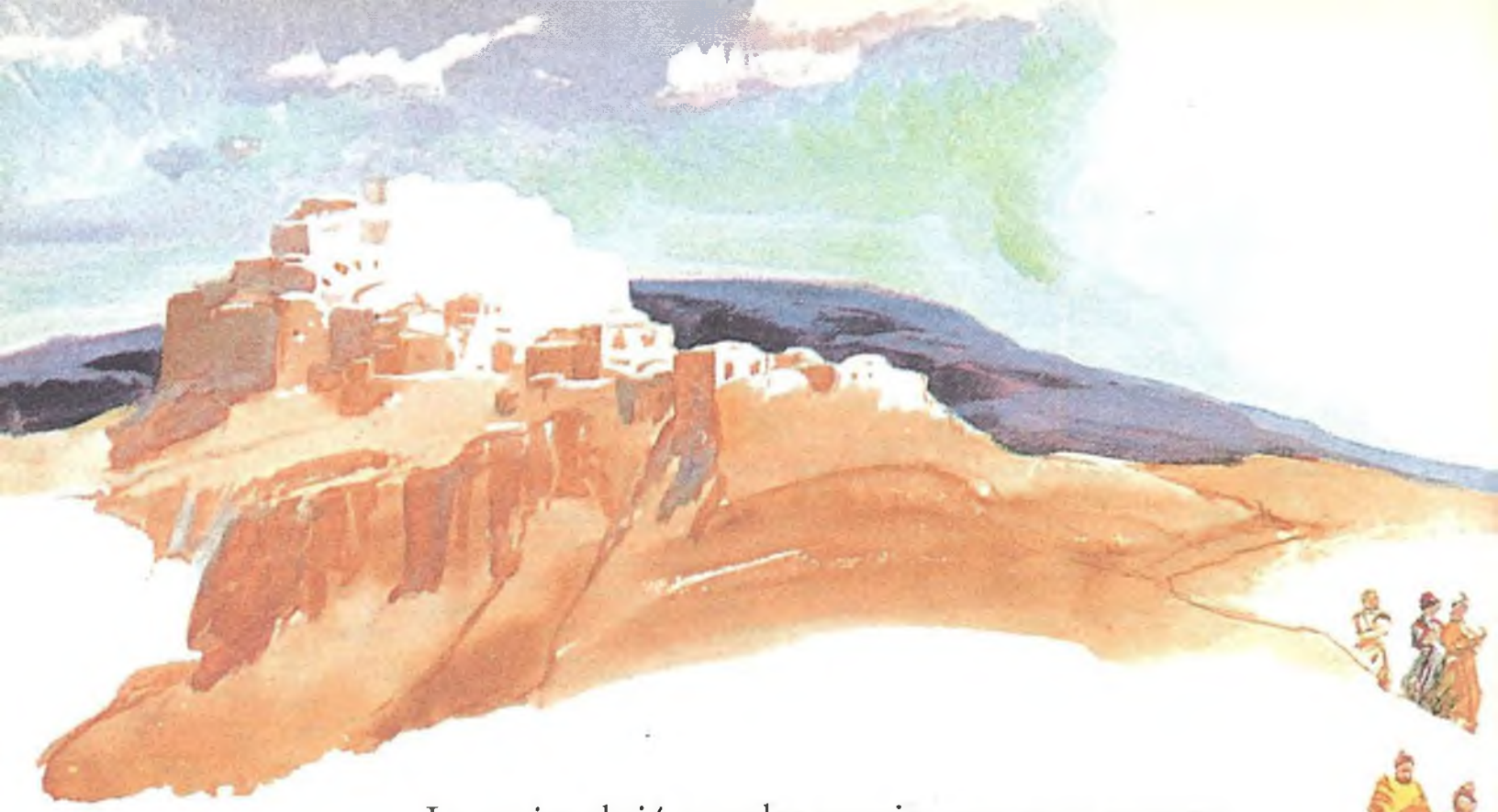
La mujer sacudió la cabeza y respondió:

–"No tengo esposo".

–"Bien has dicho que no tienes esposo. Es cierto que has tenido cinco, y el que ahora tienes no es tu esposo" –le dijo Jesús.

← ILUSTRACIÓN DE KREIGH COLLINS

Cuando la mujer que se encontraba junto al pozo de Jacob comprendió que Jesús amaba también a los samaritanos, le rogó que le diera del agua viva que él le había ofrecido hacía un momento.



La mujer abrió grandes sus ojos con gran sorpresa. ¿Cómo sabía tanto este forastero acerca de ella?

–"Señor, me doy cuenta de que tú eres profeta" –susurró.

Entonces ella trató de cambiar de tema, hablando acerca del lugar adecuado en que la gente debía adorar: si debía ser en Jerusalén o en Samaria. Pero Jesús volvió a conducir la conversación hacia las grandes verdades de su reino.

–"Dios es espíritu –le dijo el Maestro–, y quienes lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad".

En otras palabras, el lugar no importa. Toda persona, judío o samaritano, puede adorar a Dios en cualquier parte. Lo que importa es el espíritu conque uno adora.

De alguna manera, la conversación recayó en el tema de la venida del Mesías.

–"Sé que viene el Mesías, al que llaman el Cristo

–respondió la mujer–. Cuando él venga, nos explicará todas las cosas".

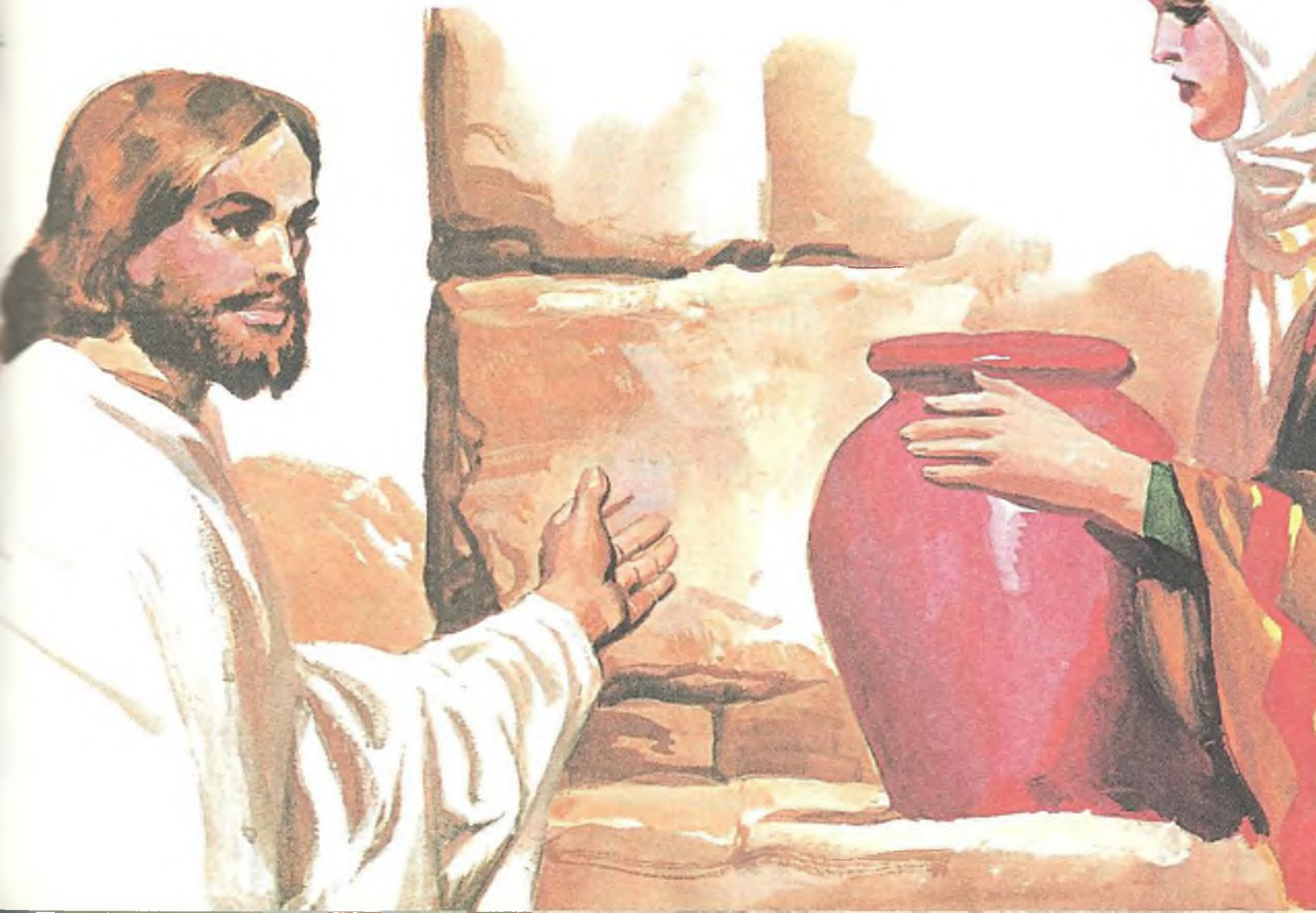
Ahora, ella estaba cerca del reino. ¡Muy cerca! Y Jesús quería introducirla en él.

–"Ése soy yo, el que habla contigo –le dijo Jesús".

No sabemos lo que ella contestó en respuesta a estas palabras, porque en ese momento los discípulos volvieron con el alimento que habían comprado. Estaban muy sorprendidos de encontrar a Jesús hablando con una mujer, ¡y con esa clase de mujer! ¿No sabía él que era samaritana? ¿No sabía que ella vivía una vida muy mala? Pero no expresaron lo que pensaban.

–"Rabí, come algo" –dijeron, colocando los alimentos delante de él.

Pero él no podía comer. Pensaba en esa pobre mujer y cuán cerca había llegado de la comprensión de la verdad con respecto a



Cristo como maestro y a su reino. Podía verla corriendo de regreso a la ciudad, tan rápidamente como le permitían sus pies, y sabía lo que ocurriría más tarde.

Entonces, sorprendió a sus discípulos al decir:

–"¿No dicen ustedes: 'Todavía faltan cuatro meses para la cosecha'? Yo les digo: ¡Abran los ojos y miren los campos sembrados! Ya la cosecha está madura".

¿Qué quería decir con estas palabras?, se preguntaban ellos. Por supuesto que todavía faltaba cuatro meses para la cosecha, ¿pero qué tenía todo eso que ver con su comida? ¿Y cómo podía haber una cosecha que juntar ahora?

Entonces lo comprendieron. Saliendo de los portales de la ciudad, venía una multitud de gente entusiasmada: hombres y mujeres, muchachos y niñas. Corrían hacia el pozo. En medio de ellos se hallaba la mujer que había estado con Jesús poco tiempo antes. Y ella los animaba a avanzar, diciéndoles en voz alta:

–"Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?"

¡Qué cosecha era esa! ¡Y cuán rápidamente la simiente había brotado! No había necesitado cuatro meses para producir el precioso fruto, sino apenas una conversión de cuatro minutos con Jesús.

La gente continuaba llegando, con ansias de encontrar al Mesías y oír su mensaje para ellos. ¡Una cosecha de samaritanos para su reino de amor!

CUARTA PARTE

Historias de

los Milagros de Jesús

(Mateo 4:23-25; 8:5-34; Marcos 1:21 a 2:12; 4:35 a 5:20; Lucas 4:14 a 5:11; 7:1-17; 8:22-40; Juan 4:43-54)

La oración de papá contestada

(Juan 4:39-53)

MUY pronto, docenas de samaritanos se amontonaban alrededor de Jesús. Muchachos y niñas se empujaban para acercarse a él, mientras que algunos luchaban por conseguir un asiento sobre el murillo del pozo. ¿Podía este extraño ser realmente el Mesías?, se preguntaban.

Escuchaban con creciente interés mientras Jesús hablaba acerca de su reino de amor. Nunca habían oído a alguien hablar de esa manera. Este Jesús de Nazaret era tan bondadoso, tan amable y tan comprensivo. Parecía conocer la vida de cada persona.

Cada muchacho pensaba que ese Maestro le hablaba a él. Cada niña creía que se estaba dirigiendo a ella. Las cosas que él decía eran tan sencillas, que hasta los menores sabían exactamente de qué hablaba. Sus palabras eran tan hermosas, que parecían agua viva que brotaba del pozo de Jacob.

Cuando por fin Jesús dijo que tal vez había llegado el tiempo en que regresaran, todos clamaron:

–¡Oh, no, no te vayas! ¡Quédate y cuéntanos más!

Así que Jesús permaneció con ellos. Cuando cayeron las som-

← ILUSTRACIÓN DE KREIGH COLLINS

Cuando Jesús hablaba de su reino de amor, los niños lo escuchaban con atención, porque cada muchachito pensaba que le hablaba a él y cada niña creía que Jesús se dirigía a ella.

bras de la noche, la gente lo llevó a su aldea y le dieron la mejor habitación que podían encontrar.

Se quedó con ellos durante los siguientes dos días. Sin duda que fue de una casa a la otra, consolando a los tristes y haciendo que todos se sintieran mejor.

Por fin, cuando Jesús tuvo que salir, las lágrimas llenaron muchos ojos. Nadie quería que se fuera. La Biblia dice que "muchos de los samaritanos que vivían en aquel pueblo creyeron en él". Volviéndose a la mujer que fue la primera en hablar acerca de Jesús, le dijeron:

–"Ya no creemos sólo por lo que tú dijiste –le decían a la mujer–; ahora lo hemos oído nosotros mismos, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo".

En su viaje hacia el Norte, Jesús llegó de nuevo a Caná de Galilea, donde poco tiempo antes había convertido el agua en vino en ocasión de la boda. Lo trataron como a un héroe. Las noticias de lo que había ocurrido en Jerusalén habían llegado ya a la pequeña ciudad. Todos estaban emocionados por la historia de cómo había volcado las mesas de los cambistas y expulsado a los groseros mercaderes fuera del templo. ¡Aquello casi era demasiado bueno para ser cierto: el que uno de ellos, un galileo, tuviera el valor de hacer una cosa así!

Además, volaban por todos lados los rumores acerca de la manera en que Jesús había estado sanando a la gente de toda clase de enfermedades. El Carpintero de Nazaret no solamente había convertido el agua en vino, sino que había hecho que el ciego viera y el sordo oyera. De manera que ahora el pueblo de Caná se congregó en torno de él, como lo habían hecho los habitantes de Sicar

después de haber sido llamados por la mujer.

Cerca de la una de la tarde, mientras estaban en el mercado escuchando a Jesús, un hombre bien vestido, evidentemente muy apurado, empezó a abrirse paso por entre la multitud. Sus vestidos estaban polvorientos, porque había recorrido los 27 kilómetros que lo separaban de Capernaúm tan rápidamente como pudo.

–Perdónenme, por favor –decía el noble–, pero debo llegar hasta él inmediatamente. Es muy urgente.

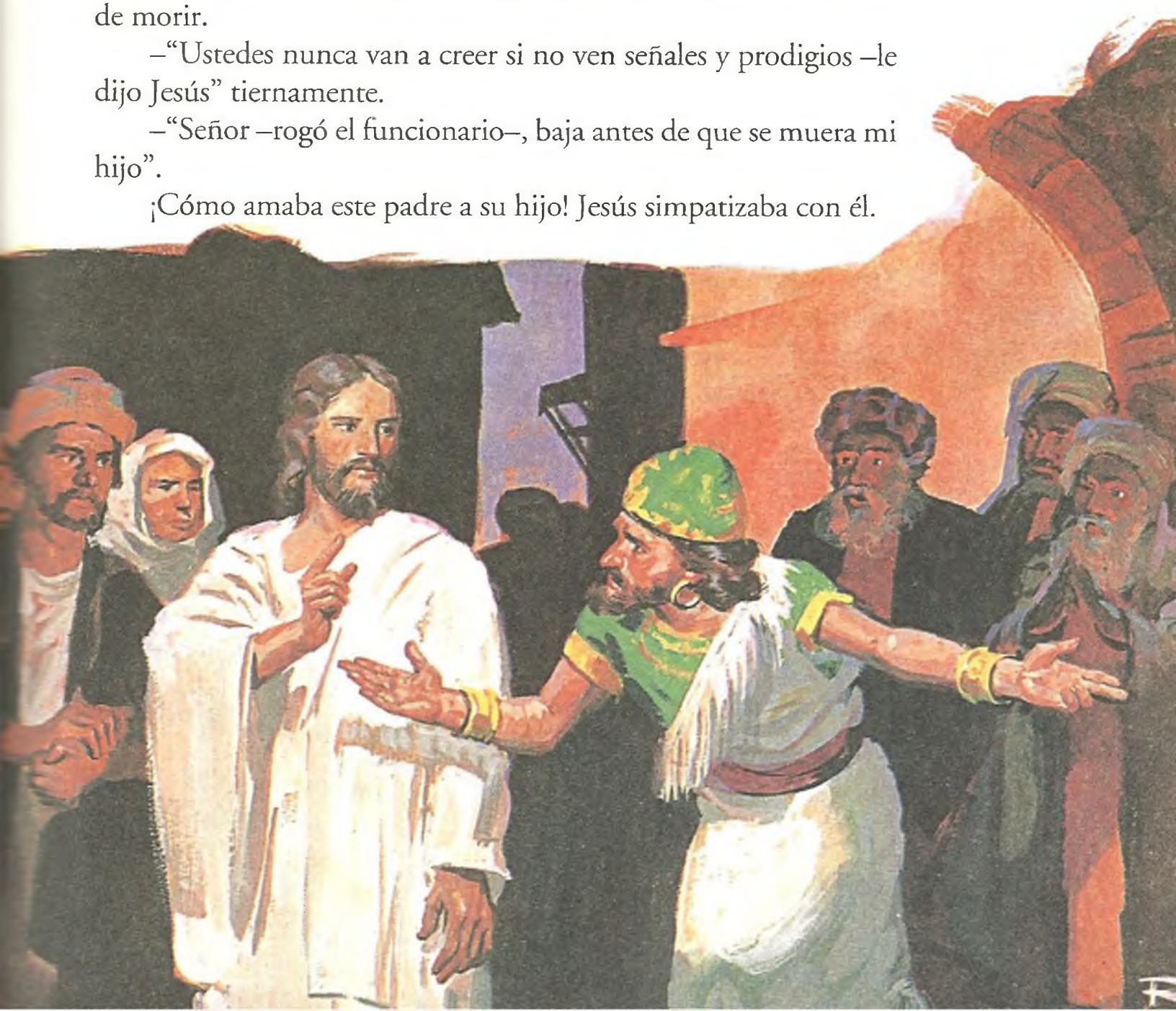
La multitud se abrió para darle paso.

–Ven y sana a mi hijo –le rogó a Jesús–, porque está a punto de morir.

–"Ustedes nunca van a creer si no ven señales y prodigios –le dijo Jesús" tiernamente.

–"Señor –rogó el funcionario–, baja antes de que se muera mi hijo".

¡Cómo amaba este padre a su hijo! Jesús simpatizaba con él.



–"Vuelve a casa, que tu hijo vive –le dijo Jesús".

Tal vez fue la manera en que Jesús lo dijo, o probablemente la mirada que había en sus ojos o la sonrisa de su rostro. Sea lo que fuere, el noble supo que era cierto lo que el Señor había dicho. Creyó la palabra de Jesús y dejó de afligirse por su muchacho, por mucho que lo amara. Para demostrar su fe, permaneció en Caná con Jesús el resto del día.

Al día siguiente, este noble se puso en marcha de regreso hacia Capernaúm. En el camino, se encontró con algunos de sus siervos que ascendían la colina. Sus rostros felices le dijeron que había buenas noticias.

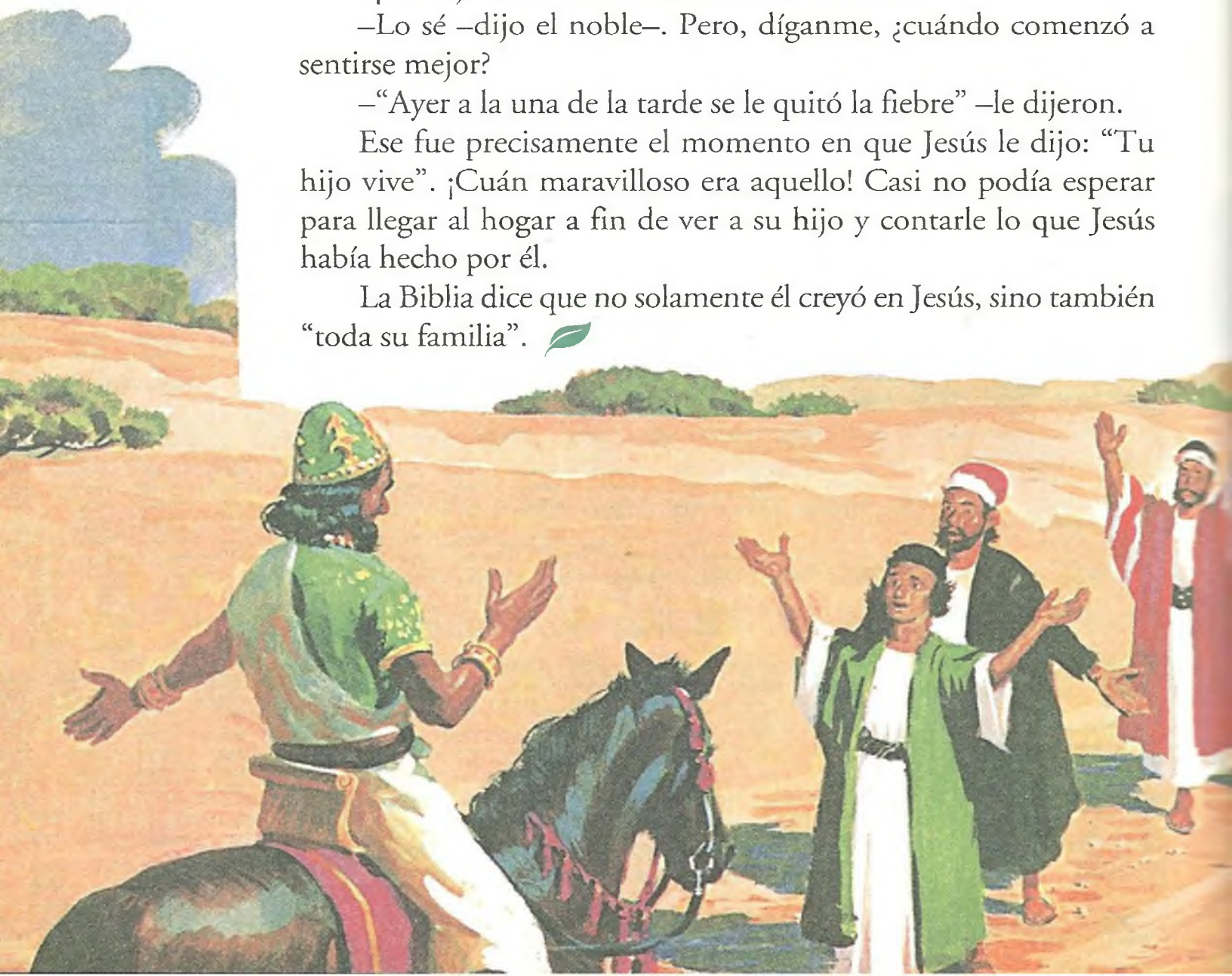
–¡Tu hijo vive! –exclamaron ansiosamente.

–Lo sé –dijo el noble–. Pero, díganme, ¿cuándo comenzó a sentirse mejor?

–"Ayer a la una de la tarde se le quitó la fiebre" –le dijeron.

Ese fue precisamente el momento en que Jesús le dijo: "Tu hijo vive". ¡Cuán maravilloso era aquello! Casi no podía esperar para llegar al hogar a fin de ver a su hijo y contarle lo que Jesús había hecho por él.

La Biblia dice que no solamente él creyó en Jesús, sino también "toda su familia".



¡Un loco en la iglesia!

(Marcos 1:21-28)

LA sinagoga de Capernaúm rebosaba de gente. Se había corrido la voz de que Jesús iba a estar allí ese sábado, y todo el mundo había venido para verlo y oírlo. Algunos estaban allí para el servicio matutino habitual, pero la mayor parte de los presentes había venido para ver al hombre que había convertido el agua en vino, sanado a los enfermos, y expulsado a los mercaderes del templo de Jerusalén.

En el momento en que Jesús comenzó a hablar, la multitud se sumió en el silencio. Todos los ojos se fijaron en este maravilloso nuevo predicador que parecía haber tomado el lugar de Juan el Bautista. Desafortunadamente, Juan ahora esta en prisión.

–"Se ha cumplido el tiempo –decía–. El reino de Dios está cerca. ¡Arrepiéntanse y crean las buenas nuevas!"

Con la facilidad y la sencillez de un gran maestro, mostró por las Sagradas Escrituras que había llegado la hora en que debía aparecer el Mesías; que la profecía de tiempo que Gabriel le había revelado a Daniel se había cumplido. El Libertador que Dios

había prometido enviar estaba entre ellos. La simiente de la mujer, prometida a Eva en el Jardín del Edén, se hallaba aquí para herir la cabeza de la serpiente. El Hijo del destino prometido por el profeta Isaías había nacido. Había crecido entre ellos y estaba ahora en su medio, listo para realizar la obra que se le había asignado.

Mientras Jesús continuaba hablando, explicando cómo había venido para establecer un reino de bondad, paz y amor –un reino al que cualquier persona de todos los lugares podía pertenecer–, las personas escuchaban atentamente. "La gente se asombraba de su enseñanza, porque la impartía como quien tiene autoridad y no como los maestros de la ley".

Repentinamente, tal vez mientras el Señor decía que cualquiera que necesitara la victoria sobre el mal podría tenerla si la pedía, un chillido terrible rasgó el aire. Todos los ojos se volvieron para ver lo que ocurría. Vieron a un loco en la sinagoga, con ojos feroces, y con un rostro contraído de dolor. Los hombres trataron de arrastrarlo hacia afuera, pero él los venció.

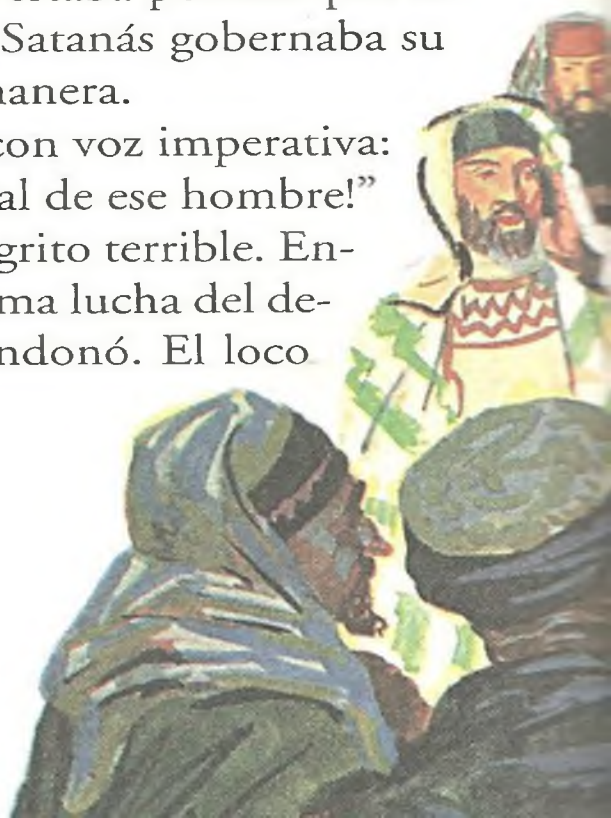
–"¡Ah! ¿Por qué te entrometes, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres tú: ¡el Santo de Dios!"

Jesús sabía que este pobre hombre estaba poseído por un demonio. Uno de los ángeles malos de Satanás gobernaba su mente, obligándole a portarse de esta manera.

Hablando al demonio, Jesús dijo, con voz imperativa:

–"¡Cállate! –lo reprendió Jesús–. ¡Sal de ese hombre!"

De repente, el hombre emitió otro grito terrible. Entonces, tambaleó y cayó. Pero fue la última lucha del demonio. Al instante, el demonio lo abandonó. El loco

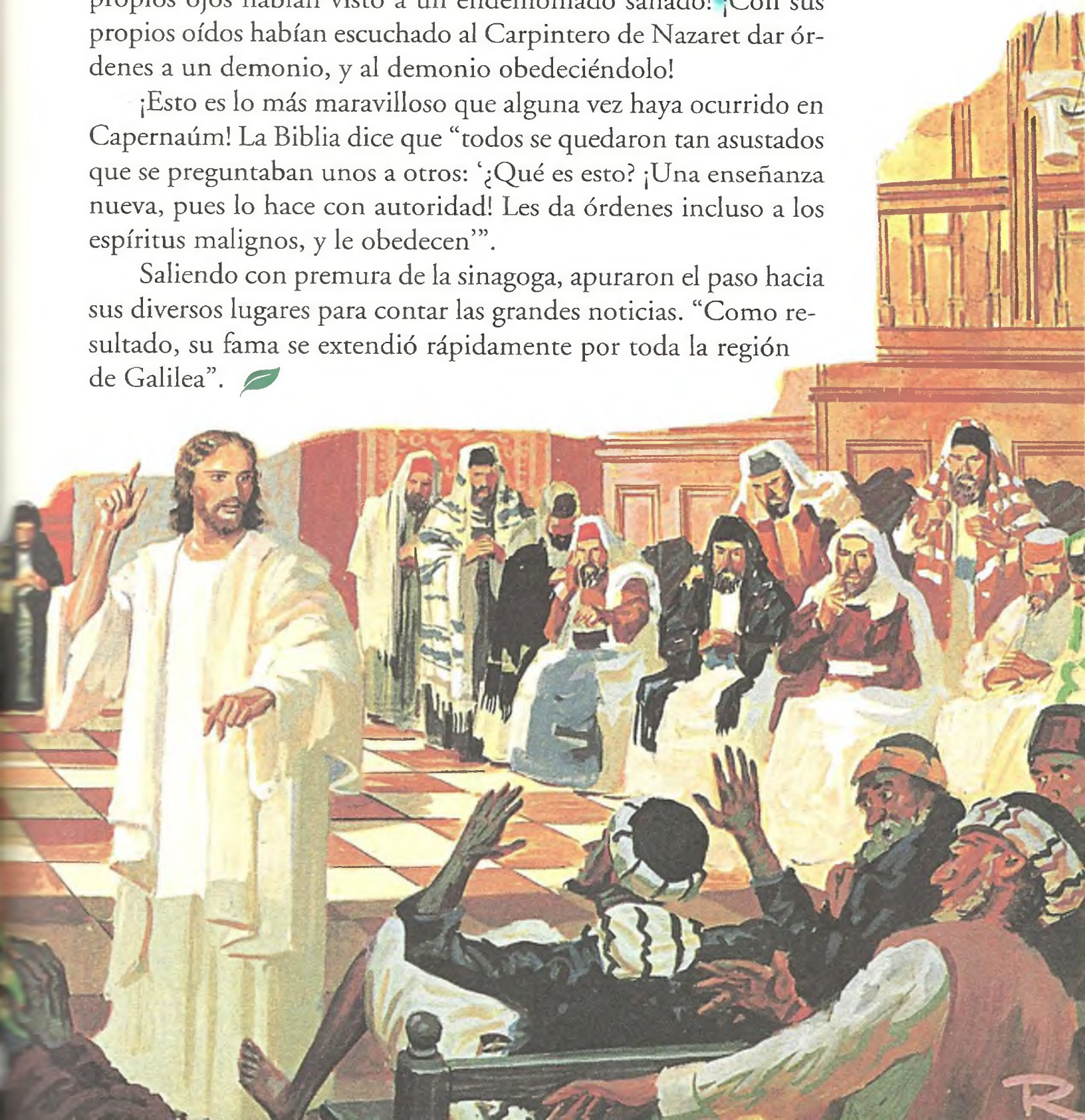


estaba ahora con mente cuerda. Débilmente, miró el rostro de Jesús, derramando ante él su agradecimiento.

El servicio de la sinagoga fue olvidado. Ante esta nueva maravilla, el pueblo no podía hacer otra cosa que hablar. ¡Con sus propios ojos habían visto a un endemoniado sanado! ¡Con sus propios oídos habían escuchado al Carpintero de Nazaret dar órdenes a un demonio, y al demonio obedeciéndolo!

¡Esto es lo más maravilloso que alguna vez haya ocurrido en Capernaúm! La Biblia dice que "todos se quedaron tan asustados que se preguntaban unos a otros: '¿Qué es esto? ¡Una enseñanza nueva, pues lo hace con autoridad! Les da órdenes incluso a los espíritus malignos, y le obedecen'".

Saliendo con premura de la sinagoga, apuraron el paso hacia sus diversos lugares para contar las grandes noticias. "Como resultado, su fama se extendió rápidamente por toda la región de Galilea".



La marea de amor

(Mateo 4:23-25; 8:14-17; Lucas 4:38-41)

DE allí en adelante, fue como si una marea de amor invadiera desde el cielo el pueblo de Galilea.

Jesús había descendido del cielo a la tierra con el fin de que todos supieran que Dios es amor, y ahora emprendía esa tarea realizando un acto de bondad tras otro. No solamente habló del amor de Dios, sino que lo demostró sanando a la gente de todas sus enfermedades, grandes y pequeñas. A menudo, después de haber pasado por la ciudad o la aldea, no quedaba siquiera un niño enfermo en casa alguna.

Por un tiempo, al menos, todos estaban bien, felices y llenos de esperanza. Los muchachos y las niñas sentían el calor de su amor. Sin embargo él tenía mucha consideración también por los abuelitos y las abuelitas que venían a oírlo.

Abrir las compuertas del amor lo mantuvo ocupado en todo momento. La Biblia dice que "Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, anunciando las buenas nuevas del reino, y sanando toda enfermedad y dolencia entre la gente".

Los que estaban bien "le llevaban todos los que pa-

decían de diversas enfermedades, los que sufrían de dolores graves, los endemoniados, los epilépticos y los paralíticos, y él los sanaba".

En los hogares por toda Palestina, los niños hablaban de él diciendo:

–Si solo pudiéramos llevar a mamá para que vea a este hombre maravilloso, quizá se sanaría. Quizá pueda hacer algo para esos terribles dolores de cabeza. Y papá, pobre papá, con sus dolores de espalda y esa llaga en la pierna, tal vez también él podría curarse. De alguna manera debemos llevarlos a los dos al gran Sanador.

En miles de hogares niños y personas de más edad hablaban de esta manera, preguntándose cómo podrían encontrar a Jesús, para luego salir en su búsqueda con sus enfermos. "Lo seguían grandes multitudes de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y

de la región al otro lado del Jordán".

¡Con razón! ¿No habrías ido para verlo también si hubieras vivido en aquellos días? Por supuesto que lo habrías hecho. Especialmente, si hubiera tenido dolor de muelas, sarampión, polio o alguna otra enfermedad.

Los enfermos –algunos cojeando solos, otros a lomo de asno, algunos traídos por amigos– venían a él de todas direcciones y grandes distancias, como si fueran atraídos por un poderoso imán. En su presencia, cesaban sus gemidos, sus clamores de agonía eran acallados.

A medida que las noticias acerca del gran Salvador y Maestro se esparcían y llegaban más lejos, más y más miles se volcaban iban a él. En su amor maravilloso, "sanó a todos los enfermos". No se detuvo a preguntar a qué raza o a qué nación pertenecían, o cuánto dinero tenían o cuán pecadores eran. Si necesitaban ayuda y creían que él podía dársela, su deseo les era concedido. No le pidió nada a cambio a nadie, pues todo lo hacía por amor a los necesitados, tristes y sufrientes.

"Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana".

¡Descanso! Eso es lo que todos querían. Descanso del dolor, descanso del sufrimiento, descanso de la angustia. Y el Maestro les rogaba: "Vengan a mí todos".

Y la gente venía; y mientras lo escuchaban, sus corazones pobres y entristecidos eran consolados.

Un día, le llegó la noticia a Jesús de que la suegra de Pedro estaba enferma. Aunque estaba muy ocupado, resolvió ir a su casa. La pobre mujer estaba muy enferma y tenía mucha fiebre. Jesús le echó una mirada, y entonces con ternura le tocó la mano. Inmediatamente, "la fiebre se le quitó", y sus fuerzas le fueron restauradas. Un instante después, estaba de pie trabajando y sirviendo a sus visitas.

"Al atardecer, le llevaron muchos endemoniados, y con una sola palabra expulsó a los espíritus, y sanó a todos los enfermos".

"Además, de muchas personas salían demonios que gritaban: '¡Tú eres el Hijo de Dios!'"

¡Qué tiempos aquellos! La tierra nunca había presenciado algo similar. El Dios de amor se estaba dando a conocer, con el propósito de que todos superan cuán amable, cuán bueno, de cuán tierno corazón y cuán perdonador era él en realidad.

Él le había dicho a Moisés, mucho tiempo antes, que Dios era "clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado".* Ahora todo el mundo podía verlo con sus propios ojos. De ahora en adelante, ya no podía haber más dudas. Dios en Cristo era lo máximo que el amor podía hacer.

* Éxodo 34:6, 7.

El muchacho regresa a la aldea

(Lucas 4:16-30)

LUEGO de un tiempo, Jesús volvió a Nazaret. ¡Cuán contento se debe haber sentido de ver su vieja aldea natal una vez más! Sin duda, visitó el taller de carpintería donde había pasado tantos años ocupados y felices. Tal vez pensó que sería lindo abrir de nuevo su cajón de herramientas para comenzar a fabricar muebles una vez más. Pero no había tiempo para eso ahora.

Acaba de llegar a la aldea, cuando la gente comenzó a congregarse en torno de él. Querían ver cuánto había cambiado desde que se había ido. Dado que él había crecido entre ellos, les era difícil creer los relatos que habían oído acerca de su predicación y sus sanamientos. Otros podían pensar que él era el Hijo de Dios, pero aquí él era solo el hijo de José.

Cuando se corrió el rumor de que Jesús tal vez hablaría en la sinagoga el sábado, todo el mundo fue hacia allí para oírlo. Al ponerse de pie para leer de las Escrituras, sus ojos observaron la mayor congregación que alguna vez hubiera llenado aquel lugar. La mayor parte de los rostros le eran familiares. Había conocido a estas personas toda su vida. Algunos eran amigables, otros críticos, pero

← ILUSTRACIÓN DE PABLO REMMEY

Cuando Jesús volvió a Nazaret, la ciudad en que se había criado, la fama de sus sanamientos y sus enseñanzas ya habían llegado allí, y todos se congregaron para oírlo hablar por primera vez.

todos estaban curiosos y ansiaban oír lo que diría el muchacho criado en esa aldea.

Jesús había adorado en esta sinagoga toda su vida. Más de mil veces debió haber recorrido el camino desde su hogar el día sábado, primero con José y María, y luego con María solamente, y a veces solo. Por eso, la Biblia dice que, cuando vino a Nazaret, fue a la sinagoga el sábado "como era su costumbre". Había tenido esa costumbre durante mucho tiempo, e hizo lo mismo ese día.

Al abrir las Escrituras en el libro del profeta Isaías, Jesús comenzó a leer del capítulo 53, donde, de acuerdo con San Lucas 4:18 y 19, dijo: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a pregonar el año del favor del Señor".

Jesús leyó las antiguas palabras familiares de una manera tan tierna y a la vez tan enfática, que todos quedaron conmovidos por ellas. Tanto, que cuando él cerró el libro, "los que estaban en la sinagoga lo miraban detenidamente".

Entonces, los dejó estupefactos con estas palabras: "Hoy se cumple esta Escritura en presencia de ustedes".

Mientras la gente escuchaba sorprendida, él aplicó esta famosa profecía a sí mismo.

–Yo, que he vivido entre vosotros por tanto tiempo –declaró en efecto–, he sido ungido por Dios para hacer estas obras y predicar este mensaje. Antes, arreglaba sus muebles; ahora, repararé corazones quebrantados, le daré vista al ciego, y pondré a los oprimidos en libertad.

Por un momento, la belleza de estas palabras y la bondad de su voz cautivaron los corazones de los oyentes, de tal manera que estaban "impresionados por las hermosas palabras que salían de su boca".

Entonces, algo cambió. Muchos de los presentes esperaban que realizara un milagro, como lo había hecho en Capernaúm, y en otros lugares. Cuando lo oyeron decir que Dios lo había enviado para librar a los cautivos y dar vista a los ciegos, se sintieron seguros de que sanaría a alguien allí mismo. Pero no lo hizo.

Por eso comenzaron a encontrar faltas.

–"¿No es éste el hijo de José?" –susurraban–. ¡Después de todo es un pobre carpintero! No puede obrar milagros.

Jesús sabía lo que estaba sucediendo en su mente, y dijo:

–"Seguramente ustedes me van a citar el proverbio: '¡Médico, cúrate a ti mismo! Haz aquí en tu tierra lo que hemos oído que hiciste en Capernaúm'. Pues bien, les aseguro que a ningún profeta lo aceptan en su propia tierra".

Entonces, les recordó que en los días de Elías fue una viuda de Sidón, y no de Israel, la que resultó alimentada en los años de hambre; y que en los días de Eliseo fue Naamán, un sirio, el que resultó sanado de lepra, aunque había muchos leprosos en Israel.

Intentaba hacerles ver que no se trataba del lugar donde vive una persona lo que importa para Dios, sino el estado de su corazón. Los milagros de Dios son para cualquier persona, cualquiera sea la ciudad en que viva o la nación a la que pertenezca: toda persona que crea en él, y haga lo que él diga. Los de Nazaret entendieron, y se enojaron mucho.

–¡Así que él piensa que no somos tan buenos como la gente de

Capernaúm! –murmuraban–. Muy bien, se lo demostraremos.

De repente, la paz y la calma del santo sábado fueron perturbadas. La gente se puso de pie gritándole al predicador. Algunos abandonaron sus asientos y se abalanzaron sobre él. Pronto, toda la sinagoga estaba dominada por un tumulto. Jesús encontró la forma de escurrirse con seguridad, pero una vez que estuvo en la calle, se vio frente a una inmensa multitud encolerizada.

–¡Mátenlo! –gritó uno–. ¡Tírenlo al barranco!

Pronto, la turba estaba empujando a Jesús hacia el borde de un precipicio, en las afueras de Nazaret. La cosa se puso fea por unos momentos. Parecía que el ministerio de Jesús estaba por terminar casi antes de haber comenzado.

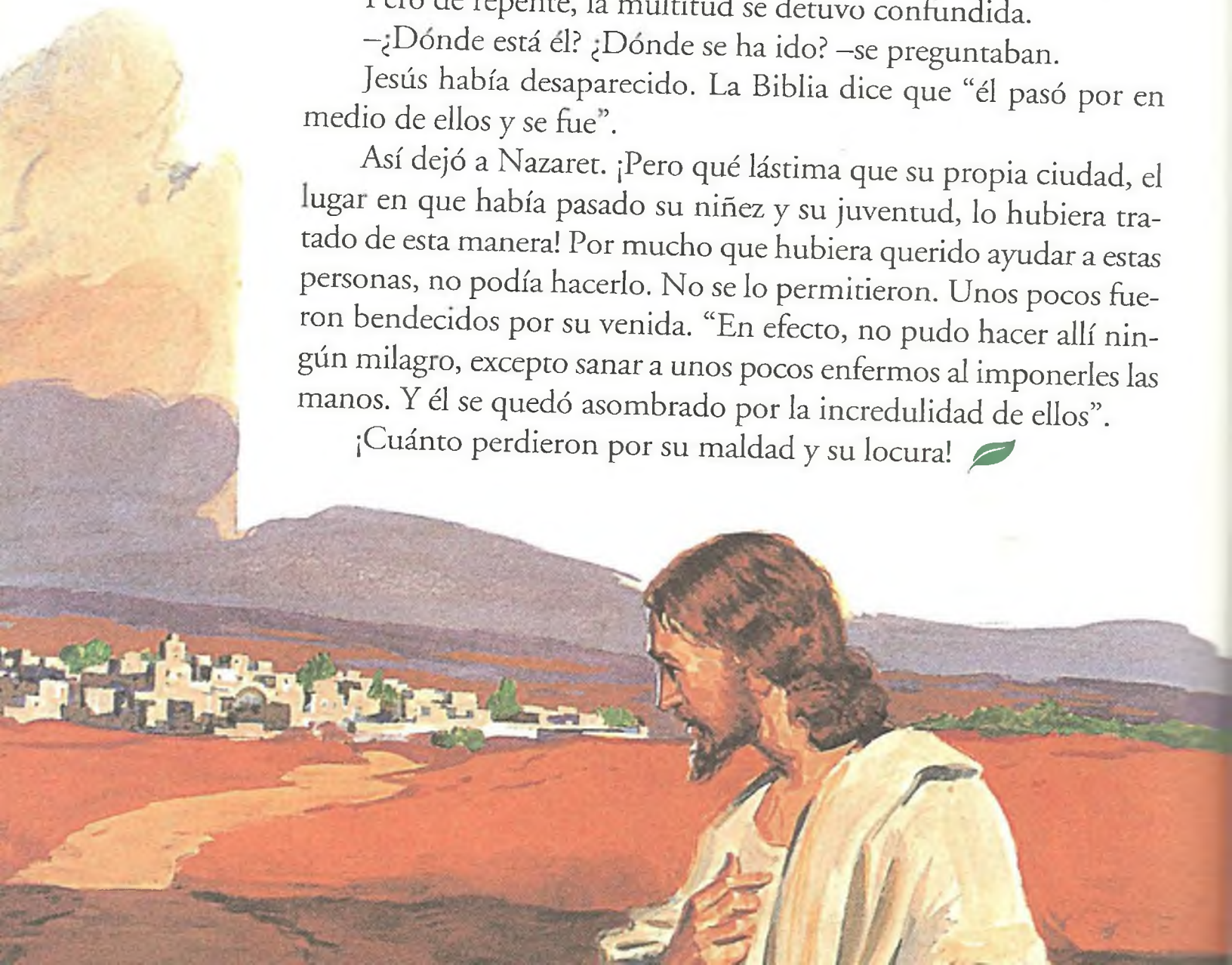
Pero de repente, la multitud se detuvo confundida.

–¿Dónde está él? ¿Dónde se ha ido? –se preguntaban.

Jesús había desaparecido. La Biblia dice que "él pasó por en medio de ellos y se fue".

Así dejó a Nazaret. ¡Pero qué lástima que su propia ciudad, el lugar en que había pasado su niñez y su juventud, lo hubiera tratado de esta manera! Por mucho que hubiera querido ayudar a estas personas, no podía hacerlo. No se lo permitieron. Unos pocos fueron bendecidos por su venida. "En efecto, no pudo hacer allí ningún milagro, excepto sanar a unos pocos enfermos al imponerles las manos. Y él se quedó asombrado por la incredulidad de ellos".

¡Cuánto perdieron por su maldad y su locura!



El Maestro pescador

(Lucas 5:1-11)

ALGUNOS años atrás, me detuve a la orilla del mar de Galilea y observé cómo llegaban los barcos de los pescadores. Era tempranito en la mañana. El sol se elevaba por encima de las colinas del oriente, arrojando un resplandor de gloria sobre el agua oscura y tranquila.

Entonces, saliendo de en medio de la niebla, llegaban los barquitos. Primero uno, luego otro. Estaban navegando hacia el espigón de Tiberias, donde por fin eran amarrados.

Caminaba sobre el muelle mientras observaba los botes. Algunos tenían unos pocos peces en ellos; otros, ninguno. Los pescadores no habían tenido mucho éxito aquella noche, y yo no pude dejar de pensar en aquella mañana, hace muchos años, cuando Jesús estaba en ese mismo lugar. Fue cuando Pedro y sus amigos también habían tenido una mala noche de pesca. ¡Ni un solo pez en sus redes!

Al llegar a la orilla, solo habían comenzado a lavar sus redes y alistarlas para la próxima noche de pesca, cuando notaron que Jesús venía hacia ellos, seguido por una multitud. Cuando Jesús se detuvo cerca del agua, la muchedumbre se acercaba más y más, hasta que

estuvo en peligro de ser empujado al lago. Al ver uno de los botes en la orilla, entró en él y le pidió a Pedro, que estaba allí cerca, que remara para retirarlo un poco de la ribera. Pedro lo hizo alegremente, y Jesús "se sentó, y enseñaba a la gente desde la barca".

¡Qué hermosa debe haber sido aquella escena! Los botes iban y venían suavemente de aquí para allá, con sus velas hinchadas por la brisa. El brillante sol de la mañana iluminaba el agradable paisaje y mezclaba un millón de diamantes en las pequeñas olas que morían en la costa.

Sobre la ribera, cientos de hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, ricos y pobres, miraban ansiosamente el rostro de Jesús, deleitándose con toda palabra preciosa que salía de sus labios. En frente de ellos puede haber habido un par de niñas chapoteando en el agua y un niño tratando de hacer flotar un barquito que había

ILUSTRACIÓN DE PABLO REMMEY

hecho con un trozo de madera. Pero incluso ellos estaban escuchando, mirando de vez en cuando con la esperanza de que Jesús les sonriera.

No sabemos por cuánto tiempo habló Jesús. Por fin, sin embargo, les dijo que era tiempo de que se fueran. Y entonces, volviéndose a Pedro, le ordenó:

–"Lleva la barca hacia aguas más profundas, y echen allí las redes para pescar".

Pedro lo miró con sorpresa. ¿No sabía que nadie salía a pescar de día? Jesús podía ser un maravilloso maestro, pero con toda seguridad sería un mal pescador.

–"Maestro, hemos estado trabajando duro toda la noche y no hemos pescado nada –le contestó Simón–. Pero como tú me lo mandas, echaré las redes".

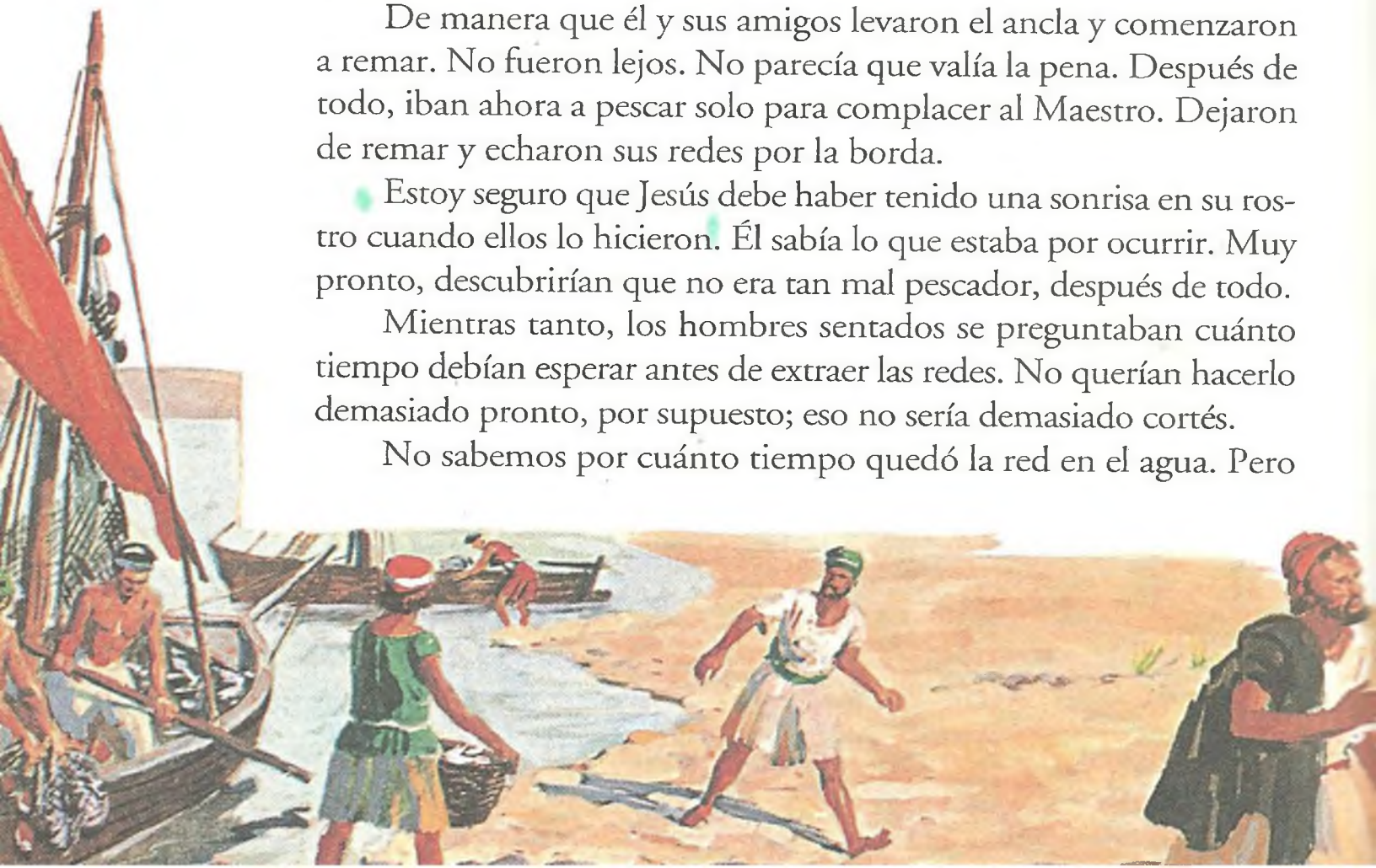
No tenía ninguna esperanza de atrapar ningún pez a esa hora de la mañana, pero estaba listo a hacer cualquier cosa que agradara a este Hombre bueno y amable.

De manera que él y sus amigos levaron el ancla y comenzaron a remar. No fueron lejos. No parecía que valía la pena. Después de todo, iban ahora a pescar solo para complacer al Maestro. Dejaron de remar y echaron sus redes por la borda.

Estoy seguro que Jesús debe haber tenido una sonrisa en su rostro cuando ellos lo hicieron. Él sabía lo que estaba por ocurrir. Muy pronto, descubrirían que no era tan mal pescador, después de todo.

Mientras tanto, los hombres sentados se preguntaban cuánto tiempo debían esperar antes de extraer las redes. No querían hacerlo demasiado pronto, por supuesto; eso no sería demasiado cortés.

No sabemos por cuánto tiempo quedó la red en el agua. Pero



al cabo de algunos momentos, Pedro dijo:

–Mejor saquemos la red ahora –y ellos comenzaron a tirar de las cuerdas.

Pronto, sus ojos se abrieron grandes: estaban atónitos. La red estaba pesada como plomo. Tuvieron que tirar con toda su fuerza solo para moverla unos pocos centímetros. ¡Estaba llena de pescados!

–¡Miren! –exclamó Pedro–. ¡La red se está rompiendo!

–¡Socorro! ¡Ayúdennos! –gritaron con excitación a los otros pescadores del bote vecino–. ¡Vengan! ¡Ayúdennos a traer estos peces a bordo!

Los hombres que estaban en el otro bote acomodaron sus remos y remaron con todas sus fuerzas hacia ellos. Pronto, todos estaban luchando con aquella red que se rompía, tratando de elevarla del agua. Algunos de los pescados fueron arrojados en un bote, y los demás en el otro. Siguieron haciendo esto hasta que ambas embarcaciones estaban tan llenas, que comenzaron a hundirse.

Con las aguas lamiendo los bordes de los botes, los hombres remaron hacia la orilla. Y cuando llegaron allí, ¿qué piensas que hicieron? Se olvidaron completamente de los peces, de las redes, así como de los botes, y cayeron sobre sus rodillas ante Jesús.

–"¡Apártate de mí, Señor; soy un pecador!" –dijo Pedro humildemente.

–"No temas; desde ahora serás pescador de hombres –le dijo Jesús a Simón".

Jesús se ganó el corazón de ellos. "Así que llevaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, siguieron a Jesús".

El hombre con cinco amigos

(Lucas 5:17-26)

CIERTO día, invitaron a Jesús a un hogar muy hermoso en Capernaúm, para que se reuniera con algunas personas famosas. Fariseos y "maestros de la ley" se habían reunido allí provenientes "de todas las aldeas de Galilea y Judea, y también de Jerusalén".

Estos líderes de la iglesia habían oído muchas cosas acerca de Jesús, y querían encontrarse con él. Por toda esa región se estaba hablando de este nuevo Maestro y Sanador, y ellos creyeron que era necesario averiguar por sí mismos la verdad referente a él.

Sin duda que la mayor parte de ellos eran hombres de avanzada edad, con barbas largas y blancas. A su lado Jesús, con solo 30 años de edad, debe haber parecido muy joven. ¿Puedes verlos observando a Jesús con ojos agudos y críticos, preguntándose cómo este humilde carpintero de Nazaret podía realizar las cosas que la gente decía que había hecho?

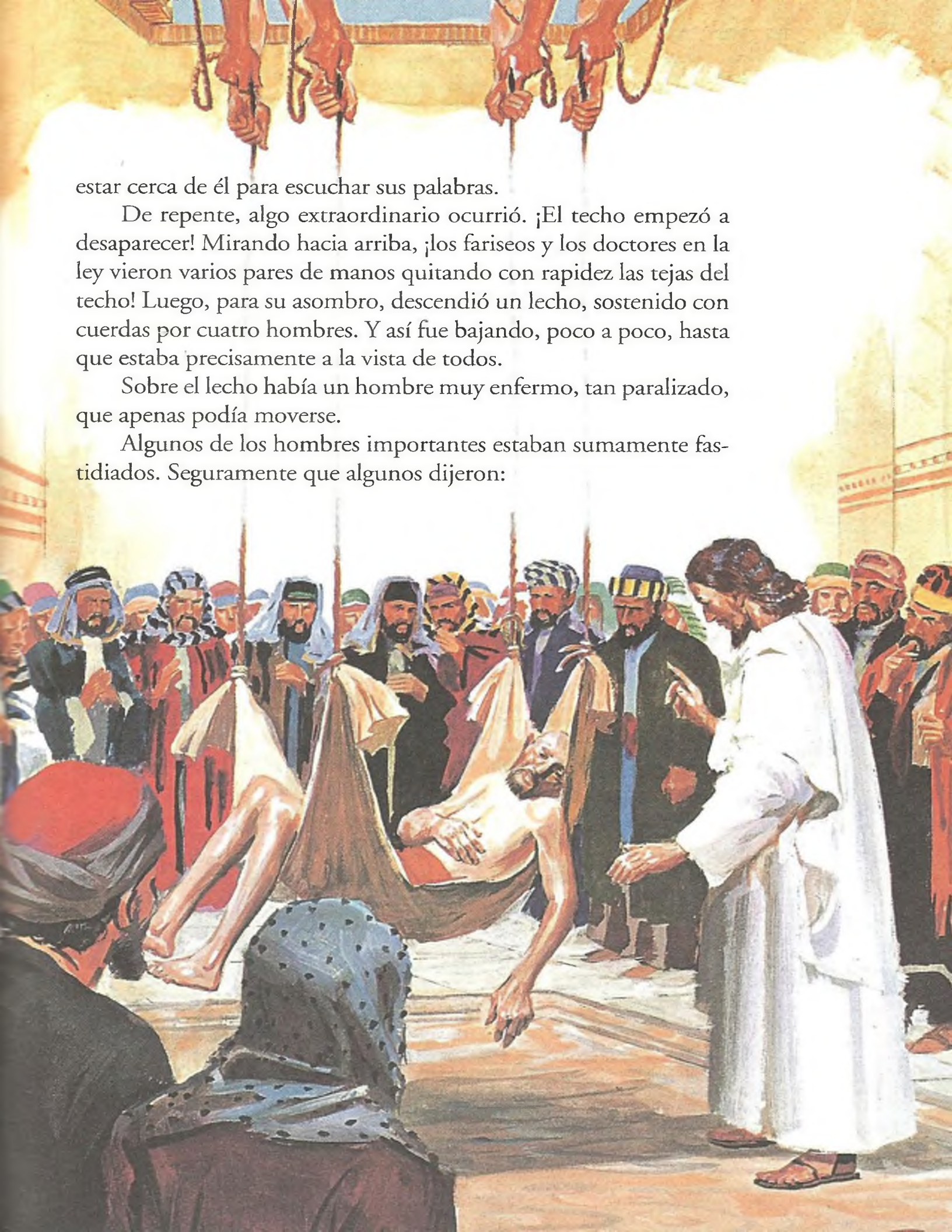
Por fin, Jesús comenzó a hablar, pero era difícil que pudiera hacerse oír. Había mucha gente afuera, gritando por entrar. Parecía que toda la aldea se había enterado de que él estaba allí y quería

estar cerca de él para escuchar sus palabras.

De repente, algo extraordinario ocurrió. ¡El techo empezó a desaparecer! Mirando hacia arriba, ¡los fariseos y los doctores en la ley vieron varios pares de manos quitando con rapidez las tejas del techo! Luego, para su asombro, descendió un lecho, sostenido con cuerdas por cuatro hombres. Y así fue bajando, poco a poco, hasta que estaba precisamente a la vista de todos.

Sobre el lecho había un hombre muy enfermo, tan paralizado, que apenas podía moverse.

Algunos de los hombres importantes estaban sumamente fastidiados. Seguramente que algunos dijeron:



–¡Sáquenlo de aquí! ¡Sáquenlo en seguida!

Pero el enfermo yacía indefenso en su lecho, y el tierno corazón de Jesús se llenó de piedad por él.

Conociendo la verdadera causa de la enfermedad de aquel pobre hombre, Jesús le dijo:

–"Amigo, tus pecados quedan perdonados".

–"¡Blasfemia! –murmuraban los hombres unos a otros–. ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios?"

Jesús sabía lo que todos pensaban, y les preguntó:

–"¿Qué es más fácil decir: 'Tus pecados quedan perdonados', o 'Levántate y anda'?"

Nadie podía responderle. De manera que Jesús les dijo que el Hijo de Dios tenía poder en la tierra para perdonar los pecados. Volviéndose al enfermo, le ordenó que se levantara, tomara su lecho y se fuera a su casa.

Instantáneamente, el hombre saltó sobre sus pies, en perfecto estado de salud, y corrió glorificando a Dios.

Espero que se haya detenido lo suficiente como para agradecer a sus amigos, porque cinco de ellos estaban allí. Los cuatro que lo hicieron descender a través del techo, y Jesús que lo había sanado.

En cuanto a los hombres ancianos, "quedaron asombrados y ellos también alababan a Dios. Estaban llenos de temor y decían: 'Hoy hemos visto maravillas'".

El siervo del centurión

(Mateo 8:5-13; Lucas 7:1-10)

UN día, cuando Jesús estaba en Capernaúm, un oficial del ejército romano le pidió su ayuda. Era un centurión, un capitán de una compañía de 100 soldados. Es probable que haya sido el oficial romano más importante de la ciudad.

Como oficial, su deber era mantener la paz. Había estado observando a Jesús desde que llegó a Capernaúm y comenzó su obra. Sin duda, había estado con la multitud y había escuchado a Cristo enseñar a la gente. Había tenido que asegurarse de que este galileo no dijera nada que indujera al pueblo a rebelarse contra Roma.

Al escuchar a Jesús, lo había llegado a respetar mucho. Aquí, estaba seguro, había un buen hombre, un hombre verdaderamente grande. El reino del amor del qué él hablaba no era ninguna amenaza para Roma. El imperio podía tolerar algo de ese amor.

Cuando su siervo se enfermó, y los médicos no podían hacer nada más por él, el centurión pensó en Jesús y recordó los relatos de su poder para sanar a los enfermos. Pero se preguntaba: ¿Estará dispuesto Jesús a ayudar a un oficial del odiado ejército romano? ¿Alcanzará su amor más allá de los límites de los judíos?

Bien valía la pena probarlo.

En primer lugar, mandó a los dirigentes judíos y les pidió que hablaran en su favor a Jesús. Lo hicieron, añadiendo que este hombre era merecedor de la ayuda porque –dijeron– "aprecia tanto a nuestra nación, que nos ha construido una sinagoga".

Pero el centurión no pensaba que él tenía mérito alguno. Cuando Jesús se acercó a su hogar, envió a otro mensajero a decirle, muy humildemente:

–"Señor, no te tomes tanta molestia, pues no merezco que entres bajo mi techo. Por eso ni siquiera me atreví a presentarme ante ti. Pero con una sola palabra que digas, quedará sano mi siervo. Yo mismo obedezco órdenes superiores y, además, tengo soldados bajo mi autoridad. Le digo a uno: 'Ve', y va, y al otro: 'Ven', y viene. Le digo a mi siervo: 'Haz esto', y lo hace".

Jesús se maravilló de esto, y volviéndose a los que estaban junto a él les dijo:

–"Les digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande".

Este centurión, un soldado romano, fue el primero en darse cuenta de que Jesús no era solamente un Sanador y un Maestro, sino también un gobernante y rey. Había visto en Cristo más que los judíos, a quienes había venido como el Mesías. Por esta razón Jesús prosiguió diciendo:

–"Les digo que muchos vendrán del oriente y del occidente, y participarán en el banquete con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Pero a los súbditos del reino se les echará afuera".

Con esto. quiso decir que la gente de muchas naciones y pa-

íses lo aceptaría como su Señor, en tanto que otros que estaban más cerca, y que debieran conocerlo mejor, lo rechazarían.

Complacido por la fe sorprendente del centurión, y con el anhelo de enseñar a sus oyentes una lección, Jesús se volvió a él y le dijo:

–"¡Ve! Todo se hará tal como creíste".

El centurión había dicho que él creía que Jesús podía sanar a su siervo a la distancia, sin siquiera venir a la casa. Estaba seguro de que Jesús solo tenía que pronunciar la palabra, y el enfermo sanaría. Y eso ocurrió. Tan pronto como Jesús elogió al centurión por su fe, en ese preciso momento su siervo fue sanado.

Puedo imaginar al siervo saltando de su lecho, al ver que todo su dolor había desaparecido, con su cara inundada de alegría.

–¡Gracias, muchas gracias! –puedo oírlo decir a su amo.

–No me agradezcas a mí –estoy seguro de que el noble centurión le respondió–; agradece al maravilloso Carpintero de Nazaret.

El funeral interrumpido

(Lucas 7:11-17)

INMEDIATAMENTE después de haber sanado al siervo del centurión, para sorpresa de sus amigos, Jesús dejó Capernaúm en dirección a la pequeña aldea de Naín, que distaba a unos 32 kilómetros. Esto implicaba un largo ascenso por las colinas, y sin duda sus discípulos, que caminaban detrás de él, se preguntaban por qué había decidido repentinamente hacer este viaje cansador. No sabían que en Naín acababa de morir el hijo de una viuda, pero Jesús sí.

Mientras recorrían el agotador camino montañoso, el grupo de seguidores se iba haciendo cada vez mayor y, como la Biblia lo dice, "iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre". Había una magia especial en el nombre de Jesús. Los obreros en los campos arrojaban sus herramientas y se apresuraban a unirse con la procesión en marcha. Las mujeres abandonaban sus hogares al sohido de su voz. Los enfermos también lo seguían, apoyándose en sus amigos, con la esperanza de ser sanados. Los muchachos y las niñas acudían en tropel para ver lo que estaba pasando. Era un gran día para todos.

El Funeral Interrumpido

Cuando la gran multitud se acercó a la pequeña aldea de Naín, se vio otra procesión que salía por las puertas de la ciudad. Era un funeral.

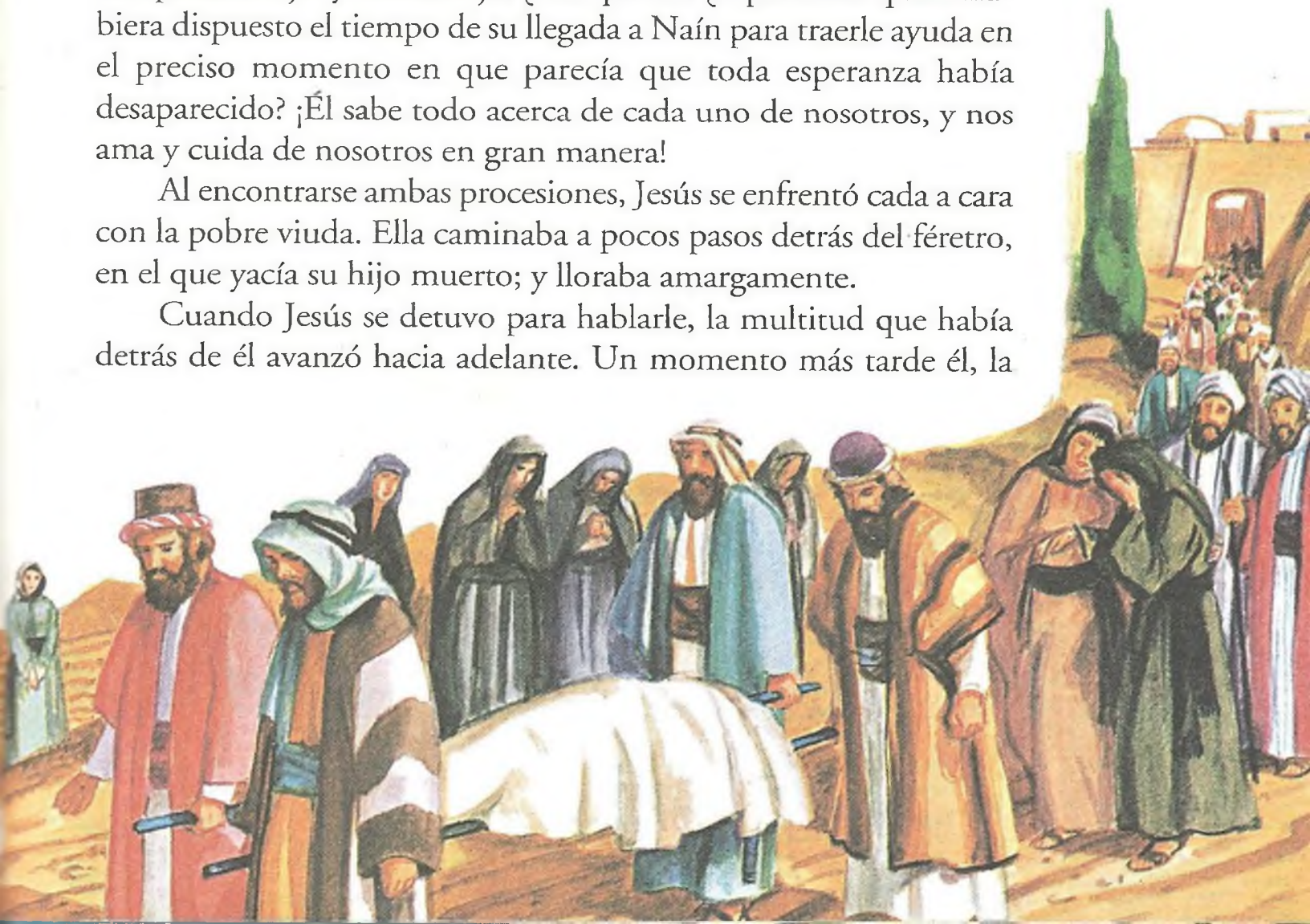
Un grupo seguía al Príncipe de la vida, el otro a un cuerpo muerto en su camino al cementerio. Un grupo estaba compuesto de personas felices colmadas de expectativa; el otro de gente llorosa y desesperada. Era como un río de vida que desembocaba en un río de muerte. Algo estaba por ocurrir.

A juzgar por el tamaño de la procesión fúnebre, parecía que todo el mundo en aquella aldea había asistido para manifestar su respeto por el joven muerto y su simpatía por su madre, que era viuda. Todos estaban tristes de que ella hubiera perdido a su único hijo.

¿Es posible que Jesús estuviera al tanto de lo que ocurría con esta pobre mujer y con su hijo? ¿Por qué no? ¿Y podía ser que él hubiera dispuesto el tiempo de su llegada a Naín para traerle ayuda en el preciso momento en que parecía que toda esperanza había desaparecido? ¡Él sabe todo acerca de cada uno de nosotros, y nos ama y cuida de nosotros en gran manera!

Al encontrarse ambas procesiones, Jesús se enfrentó cada a cara con la pobre viuda. Ella caminaba a pocos pasos detrás del féretro, en el que yacía su hijo muerto; y lloraba amargamente.

Cuando Jesús se detuvo para hablarle, la multitud que había detrás de él avanzó hacia adelante. Un momento más tarde él, la



mujer y el cuerpo muerto se hallaban en el centro de una multitud en la que todos trataban de ver lo que ocurría.

–"No llores" –le dijo Jesús a la viuda, con profunda compasión.

Y había algo en su voz que parecía decir:

–No necesitas seguir llorando; tengo una sorpresa para ti.

Entonces, tocó el féretro y habló al cadáver que yacía sobre él. Ahora su voz surgió como un mandato:

–"Joven, ¡te ordeno que te levantes!"

De inmediato, el joven muerto se incorporó. Sus ojos se abrieron. Entonces se sentó y comenzó a hablar. Aterrorizados, los portadores del féretro lo abandonaron y huyeron espantados hacia la multitud. En seguida, madre e hijo se hallaban en brazos el uno del otro, derramando lágrimas de alegría.

Los que presenciaron el asombroso milagro quedaron pasmados de temor. La mirada atónita de sus ojos debe haber sido un espectáculo digno de ver. Por un tiempo, todo el mundo, hombres y mujeres, muchachos y niñas, se quedaron mudos. Entonces, el si-

lencio fue roto por un murmullo que creció más y más, mientras una persona pasaba la noticia a la otra, hasta los últimos integrantes de la multitud.

–¡Resucitó al muerto! –la gente se decía–. ¡Resucitó al muerto!

–¡Resucitó al muerto!

–¡Ordenó al muchacho que volviera a la vida, y volvió!

–¡Devolvió el hijo a la viuda! ¡Qué hombre admirable!

–¡Interrumpió un funeral! ¡Quién ha oído cosa semejante!

–¡Se ha levantado un gran profeta entre nosotros! ¡Dios ha visitado a su pueblo!

Mientras tanto, la viuda y su hijo estaban luchando para abrirse camino de regreso hacia la ciudad por entre la muchedumbre que se agolpaba para observarlos.

¡Cuán felices estaban! Jesús había convertido su noche en día, su dolor en gozo.

El Señor del viento y de la mar

(Mateo 8:23-27)

UNA tarde, después de haber estado todo el día enseñando y sanando, Jesús les dijo a los discípulos:

–Subamos al bote y pasemos a la otra orilla del lago.

Estaba cansado, y deseaba retirarse a algún rincón silencioso donde pudiera descansar por un tiempo. Pero fue difícil convencer a la gente de que volviera a sus hogares. Sencillamente se quedaba, disfrutando cada momento que pasaba en la presencia de Cristo. Al igual que los niños a la hora de ir a dormir, continuaban pidiendo más y más historias. Por fin, los discípulos le hicieron entender a la multitud que Jesús no podía seguir hablándoles más ese día. Él necesitaba descansar.

Cuando las muchedumbres comenzaron a irse, los discípulos ayudaron a Jesús a entrar en uno de los botes y remaron, alejándose de tierra. Otros botecitos partieron al mismo tiempo, sin duda llenos de gente que había decidido seguir a Jesús dondequiera que fuera.

Dado que estaba agotado, Cristo fue a la popa del barco y se recostó sobre una almohada. Un momento más tarde, estaba profun-

damente dormido. Era una tarde hermosa. El sol se puso en las colinas de occidente en medio de un resplandor de gloria. Descendieron las tinieblas, y las estrellas aparecieron en el firmamento. Una brisa suave soplaba las velas, conduciendo a todos los botes hacia la tierra de Gadara.

Entonces, de repente, cambió el tiempo, como ocurre a veces incluso hoy en Galilea. En un abrir y cerrar de ojos, la tormenta descendió de las montañas, convirtiendo el lago pacífico en un mar salvaje y peligroso. Negras nubes se precipitaban en el cielo, borrando las estrellas. Rugían los truenos. El relámpago incendiaba la escena. La brisa se convirtió en huracán, y el agua entraba en las barcas.

Tan salvaje era la tormenta, que aun Pedro, Santiago, Juan y los otros discípulos, que se habían criado en el lago, estaban asustados. Era la peor

noche que jamás hubieran conocido. La desesperación se posesionó de ellos. Estaban seguros de que esto era el fin.

Entonces, se acordaron de Jesús.

Por extraño que parezca, todavía dormía. Aun los más fuertes sonidos del trueno no lo habían despertado. Ni siquiera el terrible bamboleo ni las sacudidas lo habían perturbado.

Cuando el agua iba llenando cada vez más el barco, a pesar de los mejores esfuerzos por desagotarla, los discípulos sintieron que ya no podían resistir todo aquello. Jesús debía ser despertado.

Gritando por encima del rugido del ventarrón, uno de ellos exclamó:

–"¡Maestro!, ¿no te importa que nos ahoguemos?"

Jesús se levantó, mientras sus pies estaban en el agua que se volcaba de un lado a otro del bote.

–"¡Señor –gritaron–, sálvanos, que nos vamos a ahogar!"

Ese es un clamor que Jesús nunca deja de contestar. Mirando alrededor hacia el cielo oscuro y furioso, y a las terribles olas espumosas, exclamó con voz imperativa.

–"¡Silencio! ¡Cálmate!"

De inmediato, en forma tan repentina como había surgido, la tormenta se calmó. "Y todo quedó completamente tranquilo".

En palabras de amarga reprensión, Jesús les dijo a los discípulos:

–"¿Por qué tienen tanto miedo? –dijo a sus discípulos–. ¿Todavía no tienen fe?"

No pudieron contestar nada. Sencillamente, continuaron achicando el agua, y susurrando el uno al otro con verdadero asombro:

–"¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?"

¡No es de admirar! Nunca habían oído que alguien tuviera poder sobre las fuerzas de la naturaleza. Nunca se había hecho esto, desde la

← ILUSTRACIÓN DE GUILLERMO HUTCHINSON

Cuando una gran tormenta amenazaba hundir el bote en que viajaban, los discípulos empezaron a gritar de miedo. Pero Jesús calmó la tempestad, ordenándole:

–"¡Silencio! ¡Cálmate!"

misma creación, cuando Dios dijo: "¡Que exista la luz!", "¡Que exista el firmamento!", "¡Que rebosen de seres vivientes las aguas!", "¡Que produzca la tierra seres vivientes... según su especie!"* Ahora, el Creador había hablado de nuevo, y la creación había reconocido su voz.

¿Qué ocurrió con todas las personas que ocupaban los otros botes? La Biblia no lo dice. Pero deben haberlo pasado muy mal. Si Pedro estaba asustado, estoy seguro de que ellos también. Es probable que hayan clamado por ayuda, y por cierto que cuando sobrevino la gran calma, ellos se vieron grandemente consolados. Tal vez Jesús pensaba también en ellos cuando ordenó al viento y a las olas que se tranquilizaran.

En todas las tormentas de la vida, Jesús nunca está lejos. La breve oración: "Señor, sálvame", hará que él acuda con rapidez a nuestro rescate.

* Génesis 1:3-24.

Los endemoniados son sanados

(Mateo 8:28-34; Marcos 5:20; Lucas 8:26-38)

EN un amanecer calmo y tranquilo, el bote en el que Jesús y sus discípulos habían cruzado el lago se deslizaba hacia una playa abrigada en la costa oriental. Todo parecía tan pacífico después de aquella noche terrible y salvaje que los que se hallaban a bordo anticipaban un día tranquilo de descanso.

Pero las apariencias engañaban. Ni bien comenzaron a recorrer el sendero al pie de las colinas, cuando dos hombres endemoniados se abalanzaron sobre ellos, procedentes de un cementerio entre cuyas tumbas se escondían.

Constituían un espectáculo terrible. La locura se pintaba en sus ojos y en sus voces. La sangre fluía por sus cuerpos desnudos en los lugares donde se habían cortado con piedras. Las cadenas rotas, que rodeaban sus muñecas y sus tobillos, sonaban mientras corrían.

La mayoría de la gente habría huido con terror de estos hombres tan espantosos y temibles. Pero no Jesús. Él no tenía miedo de nada ni de nadie. Él podía dormir en medio de una

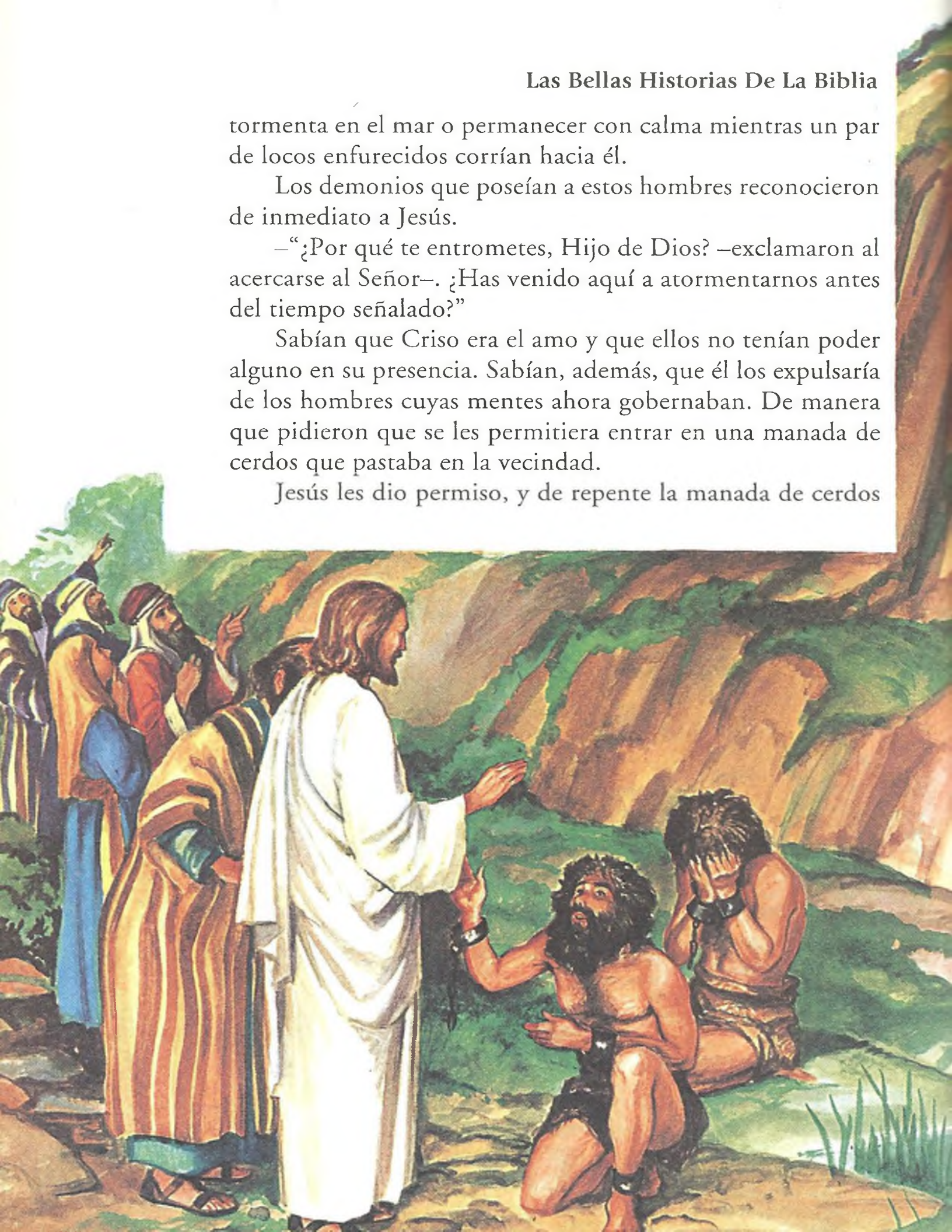
tormenta en el mar o permanecer con calma mientras un par de locos enfurecidos corrían hacia él.

Los demonios que poseían a estos hombres reconocieron de inmediato a Jesús.

–"¿Por qué te entrometes, Hijo de Dios? –exclamaron al acercarse al Señor–. ¿Has venido aquí a atormentarnos antes del tiempo señalado?"

Sabían que Criso era el amo y que ellos no tenían poder alguno en su presencia. Sabían, además, que él los expulsaría de los hombres cuyas mentes ahora gobernaban. De manera que pidieron que se les permitiera entrar en una manada de cerdos que pastaba en la vecindad.

Jesús les dio permiso, y de repente la manada de cerdos



se puso tan enfurecida como lo habían estado los dos hombres. Corriendo en forma salvaje de aquí para allá, finalmente se lanzaron en un despeñadero hacia el lago, y allí se ahogaron.

Los cuidadores de los cerdos llevaron las noticias de este milagro a la aldea más cercana, porque temían que se les echara la culpa de la pérdida de los animales. Muy alarmada, la gente vino corriendo para enterarse de lo que había ocurrido. Vio un espectáculo sorprendente. Los cerdos habían desaparecido, pero los dos locos furiosos, que por años habían sido el terror del lugar, estaban sentados a los pies de Jesús, vestidos y en su sano juicio.

Quizá los discípulos habían compartido sus propios vestidos con ellos, ayudándoles a higienizarse en las aguas del lago. De todas maneras, allí estaban, perfectamente sanos y normales.

La gente de la ciudad se llenó de temor, y rogaron a Jesús que se fuera. Temían perder otros cerdos si él se quedaba mucho más tiempo entre ellos. No se les ocurrió –por lo menos entonces– que, si él se quedaba entre ellos, podía traer ayuda a otras pobres almas en necesidad.

Tanto alboroto hicieron, que Jesús accedió a salir de inmediato. Mientras se alejaba rumbo al bote, los dos hombres a quienes él había sanado le rogaron que les permitiera ir con él. Pero Jesús no se los permitió.

–No –le dijo a cada uno–, "vete a tu casa, a los de tu familia, y diles todo lo que el Señor ha hecho por ti y cómo te ha tenido compasión".

Eran los primeros misioneros que Jesús enviaba, y por cierto que se cuentan entre los mejores. Tan bien narraron ellos su historia, que pronto, en muchos kilómetros a la redonda, todo el mundo estaba hablando de Jesús y anhelaba verlo. Los que le habían pedido que se fuera, estaban avergonzados de lo que habían hecho. Y cuando algún tiempo más tarde Jesús regresó a Gadara, había una multitud lista para darle la bienvenida.

Esto muestra cuánto pueden hacer dos personas cuando comienzan a hablar de las grandes cosas que Jesús ha hecho por ellas. Estos dos hombres, que alguna vez habían estado poseídos por los demonios, hicieron que todo el pueblo de Gadara anhelara conocer a Jesús.

¿Ha hecho Jesús algo grande por ti? ¿Ha demostrado él su amor por ti de una o de otra manera? ¿Te ha dado él una mente equilibrada cuando estabas enojado o enloquecido? ¿Te ha ayudado a dominar algún mal hábito? Entonces, ¿por qué no contar a todo el mundo esta historia?

¡Quién sabe cuáles pueden ser los resultados! Tu valiente testimonio puede conducir a miles de almas hacia él.

7

El tomo 7 de Las bellas historias de la Biblia comienza con una historia del Nuevo Testamento: "El bebé que todos esperaban". ¿Quién era ese bebé?

Jesús, por supuesto. Esta es la historia de Navidad más bella y detallada que encontrarás en algún libro para niños. Leerás acerca de la niñez de Jesús, de Juan el Bautista y la elección de los discípulos. Podrás asistir a la boda en que Jesús realizó su primer milagro y estarás en el templo el día en que expulsó a los cambistas de dinero.

La ilustración de la portada es de Harry Anderson